GLADIUS

Gladius Spiritus Quod Est Verbum Dei



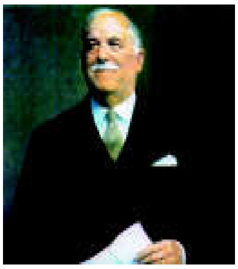
Rafael Luis Breide Obeid

La Iglesia Católica y la Masonería

80

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

GLADIUS



80

I N D I C E



ISBN 978-987-659-019-8

GLADIUS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

80



INDICE

GLADIUS

Año 27 / Nº 80
Pascua 2011

Director
Marcelo Breide Obeid

Fundación Gladius
R. Breide Obeid, M. Breide Obeid
P. Rodríguez Barnes, E. Rodríguez Barnes,
J. Ferro, E. Zancaner, Z. Obeid

Colaboran en este número
Jorge N. Ferro, Patricio H. Randle,
Ricardo Bernotas, Eduardo B. M. Allegri

ILUSTRACIÓN DE TAPA
Luis Alberto de Herrera

La compra de las obras del fondo editorial y las suscripciones se pueden efectuar por correo: C. C. 376 (1000) Correo Central, Buenos Aires, República Argentina; o personalmente: Librería Leonardo Castellani, Bartolomé Mitre 2162, Buenos Aires, tel. 4136-2555/57

Para correspondencia o envío de artículos o recensiones dirigirse a Javier Rodríguez Barnes, secretario Gladius: tel. 4136-2558, fundaciongladius@fibertel.com.ar

Los artículos que llevan firma no comprometen necesariamente el pensamiento de la Fundación y son de responsabilidad de quien firma

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Breide Obeid, Rafael Luis
La Iglesia Católica y la Masonería
1ª ed. - Buenos Aires: Gladius, 2011
160 p.; 23 x 15 cm.
ISBN 978-987-659-027-3
1. Iglesia Católica. 2. Masonería
I. Título. CDD 262:366.1

Fecha de catalogación: 01-03-2011

Impreso por Editorial Baraga
del Centro Misional Baraga
Colón 2544, Lanús Oeste,
Buenos Aires, República Argentina

Junio de 2011

Editorial

La Iglesia Católica y la Masonería [1]

en el pensamiento de Alberto Caturelli

La finalidad de estas páginas es exponer lo esencial de la concepción masónica del mundo con relación a la Ortodoxia Católica. [2]

1. **Antecedentes Históricos**

Caturelli reseña los antecedentes de la masonería. "Se puede afirmar que los gnósticos, alquimistas y cabalistas de la Edad Media son los antepasados de los masones".[3]

Pero recién en 1717 se fusionan cuatro logias anteriores y se constituye la Gran Logia de Inglaterra.

Dieron un paso de la masonería profesional o constructiva a una *hermandad filosófica o especulativa que convocaba a todos los hombres sin distinción de raza, profesión o credo a unirse en una suerte de iglesia, universal, humanitaria.*

Otras fechas importantes son:

En 1721 James Anderson redacta los Estatutos Generales que fueron presentados en 1723 como las Constituciones.

En 1738 aparecen las Constituciones de Anderson-Desaguliers.

1 Alberto Caturelli, *La Iglesia Católica y la Masonería*, Ed. Nuevo Orden, Buenos Aires, 1987, 86 pp.
2 Op. cit., p.9.
3 Op. cit., p.10.

2. **La Doctrina** [4]

Grandes líneas de una concepción del mundo:

"Un masón está obligado a obedecer la ley moral; y si interpreta el arte no será nunca un ateo estúpido, ni un libertino sin religión"

…se estima más apropiado obligarlos solamente a la *religión sobre la cual todos los hombres están de acuerdo*.[5]

Esta obediencia a la ley moral supone un iusnaturalismo racionalista, que niega la religión sobrenatural. Todas las religiones están en un plano igualitario y la masonería es el "centro de unión" de una fraternidad planetaria y de un ecumenismo secularista.

Sostiene una moral universal filosófica y progresiva.

Los símbolos masónicos constituyen verdaderas formas del entendimiento, los cuales sintetizan valores de progreso individual y social (Gran Maestre Wilson).

Dos principios surgen como evidencia inmediata de los documentos públicos: *la autosuficiencia de la razón* progresiva y gradual; y por otro la *negación radical del orden sobrenatural* (negación del misterio cristiano). Esencia misma del Iluminismo filosófico.

El naturalismo es el viejo mito gnóstico del naturalismo total, que conduce con lógica de hierro a proclamar los principios humanistas:

1. Ausencia de Revelación.
2. Afirmación de la libertad absoluta (desligada de un Dios Personal)
3. Negación del Pecado Original
4. Neopelagianismo gnóstico, niega los méritos de Cristo.
5. La salvación del hombre debe proclamar la *igualación* (no la igualdad) en orden a la suprema afirmación del cosmopolitismo, la fraternidad universal.

4 Op. cit., cap.II, p.12.
5 Op. cit., p.12.

La esencia de la Masonería la constituyen las palabras mágicas: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Libertad: no es la libertad cristiana.

Tampoco es la "*libertas maior*" de San Agustín: elección del Bien infinito en cada opción por el bien finito. Para San Agustín el Bien es el fin de la libertad, y la libertad es el medio y propiedad metafísica de la Voluntad.

La Igualdad Masónica es consecuencia de la libertad desligada y significa el aniquilamiento de las dignidades accidentales pero constitutivas del singular, a las que sustituye por una jerarquía iniciática que es contradictoria con la verdadera igualdad esencial del Cristianismo.

Fraternidad. Consecuencia de la libertad autosuficiente e igualación inmanentista conduce a proclamar una *abstracta fraternidad* inasible, suprema expresión de los *principios humanistas* y negación radical de la fraternidad Cristiana fundada en la Encarnación de Cristo.

Negación del Dios Personal

La autosuficiencia de la Razón deja sin sentido la existencia de un Dios personal.

Si admite *causalidad cósmica*, se sostiene una causalidad impersonal (el Gran Arquitecto).

Si no se admite nada más allá de las rígidas leyes de la Naturaleza material (La Mettrie, Holbach, Helvetius), lleva al *ateísmo radical*.

Médula de las Revoluciones

Los mitos Libertad, Igualdad, Fraternidad, en movimiento progresivo constituyen la médula de las revoluciones anticatólicas: "*crear en cada época y sociedad las condiciones favorables para el cambio"* (Wilson). [6]

La Masonería ha estado presente en las revoluciones:

6 Op. cit., p.16.

Revolución Inglesa de 1648

Revolución Inglesa de 1688

Revolución Americana 1776

Independencia Hispanoamericana

Revolución Francesa 1789

Reforma de Benito Juarez en México

Revolución española 1836

El objeto de las revoluciones es crear… “Condiciones favorables para el cambio en el orden a los valores” ¿Qué valores?: concepción progresiva de cambios irreversibles:

Conclusión: Religión de la Humanidad

El anhelo masónico es unir a los hombres en aquellos principios comunes a todos, lejos del fanatismo y superstición (catolicismo) practicando la tolerancia (igualación de toda religión sin distinguir la verdad, del error)

La Masonería es filantrópica, filosófica, progresiva, en la temporalidad histórica, relativizante de la verdad y el error. Religión de la Humanidad sin Revelación, sin Cristo y sin Salvación.

El Laicismo como actitud radical [7]

La plena *autosuficiencia del hombre* es el basamento de un *laicismo radical*.

La sociedad no es concebida como un corpus orgánico, sino como el resultado de un acto volitivo (pacto)

Como consecuencia de esto se afirma en primer lugar:

7 Op. cit., p.17.

“la libertad absoluta” del individuo

“el libre pensamiento”

y la moral independiente.

De ahí se conduce por un lado al teísmo y por otro a la *Religión de la Irreligión* que se llama laicismo obligatorio (P. Emenet)[8]

En el orden político social, postula un Estado por completo secularista:

- el pueblo en el origen del poder,
- postula el divorcio vincular,
- la disolución de la familia
- y el aniquilamiento de la autoridad del Padre de Familia.

El estado sin Dios lleva al ateísmo personal, lo que deriva en una *educación laica, gratuita y obligatoria* (la tolerancia es una hipocresía táctica).

Religión en la que todos los hombres están de acuerdo. Esta doctrina lleva progresivamente a *that religión in which all men agree, leaving their particular opinión to themselves* (Aquella religión en la cual todos los hombres están de acuerdo, dejando sus particulares opiniones para sí mismos, James Anderson).

No hay pues lugar para Cristo que ordenó enseñar a todas las gentes.

Iniciación y Misterio. Sociedad Secreta

Una sociedad así concebida debe ser secreta, iniciática, requiere una iniciación progresiva, con grados donde el inferior no conoce la doctrina del superior. El secreto es esencial. Ello nos permite comparar con la Iglesia Católica de la cual es su parodia.

8 Op. cit., p.17.

La Iglesia está centrada en los *Misterios sobrenaturales*, inalcanzables por la sola razón, no son contrarios a la razón y son para todos los hombres de buena voluntad. Misterios sí; pero proclamados a todos los hombres, desde el misterio de los misterios, el de la Santísima Trinidad hasta el de la Eucaristía. Todos los que han recibido la gracia de la fe cristiana asisten libremente a los misterios sobrenaturales.

Mientras el sigilo sobrenatural o la simple reserva no sacramental en el sacerdote católico o en el laico católico, es el resultado de la caridad y se practica en virtud de un bien mayor. El secreto masónico es exactamente lo contradictorio; por un lado oculta a los demás lo que aún no conviene saber (típico de las sociedades secretas iniciáticas) y, por otro, cubre con el velo de un misterio una jerarquía que realmente existe.

En el Catolicismo, por el contrario, nada hay ni puede haber oculto, y sería contradictorio con él algún tipo de iniciación. La catequesis es para todos y la jerarquía es conocida por todos.

En resumen: Iniciación, obediencia, vínculo especial entre "hermanos", sentido de progresión perfectiva.

Caturelli analiza las declaraciones de Wilson: [9]

"A la masonería se ingresa de una sola manera, mediante la iniciación.

Ella imprime un sello de *especial acatamiento* a nuestros principios y doctrina humanista.

Otorga a cada iniciado el *vínculo de la fraternidad* activa de la hermandad.

Quien llegue a la masonería no lo hace en función únicamente de sus ideas políticas, *sino de un afán de perfeccionarse"*.

3. Consideraciones Teológicas [10]

1. Esta concepción del mundo basada en la autosuficiencia de la razón, progresismo terreno, absoluta libertad individual, laicismo radical

9 Op. cit., p.20.
10 Op. cit., p.20.

y rechazo del orden sobrenatural cristiano, tiende a *sustituir el Reino de Dios por el Reino del Hombre.*

2. No sabemos quién es el Ser Supremo, y se absolutiza el mundo del Hombre o el ámbito de la *absolutez abstracta de la humanidad. Dios es el Mito Humanidad.*

3. Exaltar al "mundo" respecto del Reino solo puede tener por cabeza al *Príncipe de este mundo*, por el cual entra la muerte en el mundo (Sab. 2. 23-4)

4. Reducir el todo de la realidad al exclusivo ámbito de la plena autonomía de la razón finita manifiesta este *misterioso cuerpo de muerte* (Rom 7,25) contraimagen del Cuerpo Místico y tiene como cabeza al príncipe de este mundo (jn 14,30) de cuyo poder hemos sido rescatados por Cristo.

5. De ahí que el demonio sea homicida desde el principio (Jn 8,44) y por eso *autor de la muerte.*

6. Hay también una *antijerarquía de las tinieblas* que se muestra cuando dice: "*Legión es mi nombre, porque somos muchos*" (Mar 5.1)

7. Sinagoga de Satanás es toda sociedad secularizante. Toda sociedad que proponga la laización y secularización del príncipe de este mundo, y con tal designio no pueden dejar de "*maquinar contra la Iglesia*" (Nuevo Código de Derecho Canónico, 1374)

San Juan se refirió a estas sectas anticristianas y judaizantes como Sinagoga de Satanás (Ap. 2.9)

4. La Enseñanza del Magisterio

Concluye Caturelli su valioso trabajo con una reseña de la Enseñanza del Magisterio, a partir de sus documentos fundamentales:

* Encíclica *Humanun Genus*

* Declaración del Episcopado Argentino sobre la Masonería.

* Documento sobre la masonería de la Conferencia Episcopal Alemana.

* Declaración de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la Masonería en relación al Canon 2335, del antiguo Código de Derecho Canónico.

* Declaración de la Sagrada Congregación de la Doctrina para la Fe en relación al canon 1374 del Nuevo Código de Derecho Canónico. A continuación damos el texto de este último documento.

Congregación para la Doctrina de la Fe

DECLARACIÓN SOBRE LA MASONERÍA

Se ha presentado la pregunta de si ha cambiado el juicio de la Iglesia respecto de la masonería, ya que en el nuevo Código de Derecho Canónico no está mencionada expresamente como lo estaba en el Código anterior.

Esta Sagrada Congregación puede responder que dicha circunstancia es debida a un criterio de redacción, seguido también en el caso de otras asociaciones que tampoco han sido mencionadas por estar comprendidas en categorías más amplias.

Por tanto, no ha cambiado el juicio negativo de la Iglesia respecto de las asociaciones masónicas, porque sus principios siempre han sido considerados inconciliables con la doctrina de la Iglesia; en consecuencia, la afiliación a las mismas sigue prohibida por la Iglesia. Los fieles que pertenezcan a asociaciones masónicas se hallan en estado de pecado grave y no pueden acercarse a la santa comunión.

No entra en la competencia de las autoridades eclesiásticas locales pronunciarse sobre la naturaleza de las asociaciones masónicas con un juicio que implique derogación de cuanto se ha establecido más arriba, según el sentido de la Declaración de esta Sagrada Congregación del 17 de febrero de 1981 (cf. *AAS* 73, 1981, págs. 230-241; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 8 de marzo de 1981, pág. 4).

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, en la audiencia concedida al cardenal Prefecto abajo firmante, ha aprobado esta Declaración, decidida en la reunión ordinaria de esta Sagrada Congregación, y ha mandado que se publique.

Roma, en la sede de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, 26 de noviembre de 1983.

† Fr. Jean Jerôme HAMER, O.P.
Arzobispo titular de Lorium
Secretario

Cardenal Joseph RATZINGER
Prefecto

Sexta Estación

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Lo presintió cercano sin verlo todavía,
lo anunciaba el silbido de agónicos jadeos,
el perfume doliente que tienen las heridas,
los cuajarones rojos, los ruines clamoreos.

Fue midiendo distancias por el crujir del hierro,
el crispar del flagelo, el eco del ultraje,
más punzante que el cardo que ceñía su frente,
como corona en llagas de un trágico linaje.

A golpes de la tralla, al son de los gemidos,
contó miles de pasos hasta su cuerpo roto,
la muralla deicida le cerraba el camino,
cada piedra un escarnio, anónimo e ignoto.

Resuelta sin embargo al destino imperado,
en su nombre de griegas resonancias orondas,
el Salterio le dicta la vocación labrada:
"He de buscar tu rostro, Señor, no me lo escondas".

"He de buscar tu rostro, Señor, no me rechaces",
repitió sosteniendo con las manos un lienzo,
su andar abría surcos entre fieros caínes,
mellados en el odio que asesinó El Comienzo.

A empellones avanza, a impulsos retrocede,
por un boscaje torvo de risas fariseas,
de innombrables traiciones, cobardías, relapsos,
las furias desatadas de venganzas hebreas.

Señoreaba esas turbas la historia del pecado,
las almas condenadas del pasado y presente,
pero estaba el futuro de falsías arteras,
el próximo Iscariote estaba ocultamente.

Escuchó imprecaciones más filosas que picas,
y por mujer no quiso mirar lo que veía;
se habían vuelto viernes los hombres y las cosas,
y el viernes más luctuoso se volvió profecía.

Cuando al fin, frente a frente, ya sin tiempo quedaron,
la Varona del Paño y el Dios de los Amores,
se cumplió la palabra del vidente Isaías:
era Cristo la imagen de un Varón de Dolores.

Milagro de la tela, misterio del Via Crucis,
Berenice prolonga ese alivio fugaz:
el Gólgota te espera, todo está consumado,
pero dame Dios mío besar tu Santa Faz.

ANTONIO CAPONNETTO

Meditación sobre Eugenio Zolli y el sentido sobrenatural del pueblo judío

Alberto Caturelli

1. Lo entenderás después

Cuando leí por primera vez el libro de Eugenio Zolli, *Antes del alba*, escribí en la última página: "dieciséis de setiembre de 2006"; me quedé unos momentos con el libro entre las manos, le hice un lugar en mi biblioteca justamente detrás mío para tenerlo a mi alcance.

Y aquí estoy de nuevo. Leí también el libro de Judith Cabaud *El rabino que se rindió a Cristo*. Muchos temas esenciales que había estudiado más de cincuenta años atrás –cuando escribí *El hombre y la historia*– vinieron a mí más vivos que nunca, sobre todo al ver cómo se "fundían" en Cristo el Antiguo y el Nuevo Testamento. Quizá por eso (porque ahora no me interesa otra cosa) estas líneas no constituyen una investigación académica; lejos de ello son solamente testimonio de una meditación que prescinde de todo aparato crítico-bibliográfico porque no lo necesita ni lo desea. Sólo citaré en el contexto el lugar de *Antes del alba* y al pie de página las veces que acudo al libro de Cabaud [1].

Cuando el Señor se arrodilló para lavar los pies a Pedro, éste se opuso. Y Jesús le dijo: "lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora. Lo entenderás después" (Jn 13, 7).

1 Eugenio Zolli, *Antes del alba. La conversión del Rabino de Roma*: *autobiografía*, 323 pp., trad. Ana Corzo. Presentación y Epílogo de Enrico de Bernard (nieto de Zolli), Ediciones Palabra, Madrid, 2004; Judith Cabaud, *El rabino que se rindió a Cristo*, 128 pp., trad. de Ma.. del Mar Velazco, Prólogo de Vittorio Messori, Voz de papel, Madrid, 2004

Muchos judíos se disgustaron y muchos cristianos no tienen noticia. Pero *lo entenderán después*: el 13 de febrero de 1945, el gran Rabino de Roma Israel Zolli y su mujer recibieron el sacramento del Bautismo en la capilla adjunta a la sacristía de Santa María de los Ángeles, en Roma.

Zolli no se convirtió porque lo habían perseguido, tampoco por obra de Pío XII; "esta conversión fue motivada por el amor de Jesucristo, un amor que derivó de mis meditaciones sobre las Escrituras" (p.305); no se le debería llamar propiamente "conversión"; simplemente "irrumpió la luz en mi alma"; "Él dijo: Sígueme" (p.307). Lo llamaba como a todo hebreo desde siempre y lo encontró: *Éste es* y, como el Bautista, lo señaló. "Éste es el Cordero de Dios". Cuando era un estudioso de Isaías no lo entendía todavía; ahora Lo entendía. Después de todo, el primer expositor de la cristiandad (de la doctrina de Cristo) fue un hebreo, decía Zolli, un hebreo, Saulo, "que nunca renegó de su fe" (p.7).

2. El Crucifijo de Estanislao

Volvamos con Zolli a sus años infantiles: Israel Zoller, como era su nombre, siendo un niño, en su Galizia polaca se preguntaba: "¿Qué hacía Dios antes de crear el mundo? ¿Por qué lo ha hecho?" [2].

Intuía el niño que la forma más alta de conocimiento es el amor: pero *algo* había que no le satisfacía. Cuenta un episodio con un compañerito: al volcarse su frasquito de tinta manchó sus útiles y su ropa. No pasó más nada; pero afirma que él era malo: no estaba indignado, no sentía odio ni desprecio, ni acusó a su compañero: "no odio y no perdono"; simplemente, el otro pasa a ser nada. Es lo que Zolli llama su *mancha negra* (pp. 50-51) y ahora, que ha llegado la hora de comprender, se pregunta: "¿quién me dará la fuerza de no anular, sino de amar allí donde no he sabido acompañar; ni sé amar?". Sólo Jesucristo (p. 52). En casa de su compañero Estanislao había un Crucifijo y "en algunas ocasiones levantaba los ojos, no sé por qué, hacia el crucifijo, y luego los fijaba en él durante largo tiempo" (p. 57). El día de la Expiación (*yom kippur*) a fines de setiembre, se preguntaba: él era bueno; entonces "por qué lo crucificaron?" (p. 57). En ese tiempo Cristo *no* interesaba; sobre esa persona sólo el silencio; "de Cristo no se ha-

2 Judith Cabaud, *op. cit.*, p.24.

bla ni se pregunta. Interesa a los cristianos pero no a nosotros" (p. 69); sin embargo, "a la puerta del alma ha empezado a llamar alguien invisible" (p. 73); ¿el Siervo de Dios? No lo sé. "¿Quién era el Siervo de Dios?" (p. 75-77); alguien llama: quizá sea el Innombrable *Yhwh* (p. 78-79).

Israel sufre, espera, ahora no entiende. A veces se queda mirando interiormente el Crucifijo de su amigo Estanislao.

Paso por alto las alternativas de su preparación, de sus estudios que le conducirán a ser un doctísimo escriturista. Hay algo más que quiere germinar.

3. "Dios sufre"

Israel siente "un hambre extraño" (que no era de pan físico ni de conocimiento de los textos) "sino un deseo de paz y de muerte"; "alma herida" que se pregunta "quién es el Siervo de Dios" (según lee en Isaías); ¿sufre Dios? Sufre su Siervo… ¿quién es? "Se me vino a la cabeza la amplia habitación de Estanislao y... Él" (pp. 73, 76, 77); Él, Él, "cuya voz me llama –llama a todos" (p. 79).

Sí, Dios sufre a causa del hombre que peca; "siempre está herido", sufre por Israel en el exilio… Zolli sabe entonces que no es el Dios de los filósofos y más tarde le escandaliza que se pueda hablar del "motor inmóvil" aristotélico que asimiló Maimónides hasta donde podía hebreamente, como pasó a los escolásticos cristianos. No. El Dios que golpea a Zolli es el revelado en la respuesta de Jesús cuando le arrestaron en el monte. Él dijo: "soy yo . Los que iban en su búsqueda retrocedieron y cayeron porque en arameo les dijo: "yo soy el Señor; Yo soy Él, yo soy Dios" (Jn 18, 8). Así lo habían reconocido los discípulos en la barca (Mt 14,33) y los espíritus inmundos (Mc 3, 11; Lc 4, 41; cfr. pp.95-96).

El siervo sufriente de Isaías es el Cristo de la Pasión de los Evangelios: investido de la realeza mesiánica, "en Él, como dice Cabaud, las profecías del Antiguo Testamento encuentran su cumplimiento"; es "el vencedor de Satanás" que supera toda medida al enseñar que hay que perdonar a los enemigos[3].

3 *Op. cit.*, pp.51-53.

Es misterioso para el lector que Zolli aún no afirmara lo que él mismo había dicho años antes: “Sólo existe una religión verdadera, revelada por Dios en el Sinaí” (p.100); faltaba agregar que la religión de Israel, del Israel nuevo es la Iglesia Católica; aún podríamos retroceder mucho más, a la narración de lo acontecido en 1917 cuando Zolli dejó el lápiz súbitamente y comenzó a invocar el nombre de Jesús: “apareció como en un gran cuadro, sin marco, en el ángulo oscuro de la habitación. Lo contemplé largo rato” (p.126). Él mismo lo explica: “uno no se convierte ni antes ni después, ni cuando quiere o prefiere, *sino sólo cuando llega la llamada*” (p.127).

4. El misterio del pueblo judío y la Cruz de Cristo

La lectura y meditación de *Antes del alba* tiene la virtud de hacernos “tocar” el misterio soteriológico y mesiánico del pueblo de Israel. Cuando faltaban muchos años para su Bautismo. Zolli afirmaba el “todo armonioso” del Antiguo y el Nuevo Testamento (p. 123) y comenzaba a sentir un espontáneo amor a Jesucristo (p. 127).

El gran escriturista hebreo y a la vez el hombre pío, señalaba en su juventud la “infiltración” del mero cumplimiento de la Ley en el “amor a Dios”; podemos leer en Jeremías (31, 31-34) el anuncio de “una alianza nueva” inscripta “en las tablas del corazón humano”, pero violada, no cumplida, a la espera de la vigilia de la luz, “la Jerusalén superior” que es Cristo-Amor (p. 163). Aquí el israelita alcanza su cumplimiento, como lo dice Bergson en su testamento (su Bautismo de deseo) y como lo cumple Edith Stein (cf. pp. 124-125, 168-171); al ingresar al Carmelo se preparaba “para llevar la Cruz de Cristo que en ese momento se colocaba sobre el pueblo judío”.

Al leer los hermosos textos de Zolli, vuelve a mi memoria la doctrina de San Agustín, porque coinciden totalmente. Para el gran Hiponense Israel se parte en dos y siempre es testimonio de Cristo afirmativamente o negativamente: *Et dividetur Israel in duo*: “Israel quedará dividido en dos partes”, dice san Agustín: una contra Cristo, otra con Cristo, el Israel de la esclava y el Israel de la libre; agrega el Santo que “el Antiguo Testamento [...] tiene un solo valor, el dar testimonio del Nuevo. Mientras uno lee a Moisés (como hacía Zolli) se echa un velo sobre su corazón, y al pasar a Cristo se descorre el velo” [4].

4 *De Civ. Dei*., XVII, 7, 3 y 4; he desarrollado este tema en mi obra juvenil, *El*

El Zolli de *Il Nazareno* (Udine, 1938), siete años antes de su Bautismo, estaba todavía "dividido" aunque descorriendo "el velo" que había puesto Moisés, pero faltaba, *desde dentro* de la meditación de la Escritura, para que *descorriera* el velo y descubriera a Cristo. Mientras tanto, en su propio corazón vivía el inmenso drama sobrenatural del pueblo hebreo, como enseña San Agustín: "*in libris suffragatores, in cordibus nostri hostes, in codicibus testes*"[5]. Podríamos traducir el texto: "en sus libros nuestros sufragantes (*suffrago*, concedo por medio de un voto), en sus corazones nuestros adversarios (también puede traducirse como *enemigos*), en las Escrituras nuestros *testigos*". Aun ante el velo de Moisés, sufragantes porque votan (y esperan) a Quien ha de venir: en la medida en que la medianidad soteriológica es invertida cuando rechazan al Esperado, Anás, Caifás y quienes les han seguido son adversarios del Cristianismo; el nuevo Israel nace con Cristo (el Verbo se hizo hebreo), con Pedro y Andrés, con Santiago y Juan… y con todos nosotros que constituimos el Israel Nuevo (la Iglesia). Descorrido el velo, los hebreos que rechazan a Cristo secularizan la Promesa y el reino es el mundo y, con él, el dominio del mundo. No existe neutralidad posible para un judío. Eugenio Zolli es un perfecto testigo; él, que tan bien conocía las Escrituras, hizo como el Bautista señalando a Cristo: ¡*Éste es*! Zolli de-veló el velo de Moisés. No fue propiamente un "convertido" sino un judío, que alcanzó su hebreidad, su plenitud como judío, al re-conocer al Mesías: ¡*éste es*!

La Iglesia, los Viernes Santos, reza por los judíos. El antiguo texto era elocuentísimo: "*Oremus et pro perfidis Judaeis: ut Deus et Dominus noster auferat velamen de cordibus eorum: ut et ipsi agnoscant Jesus Christum Dominum nostrum*". El verdadero sentido y correcta traducción de "*perfidis Judaeis*" es "por los judíos que no creen" en Cristo, precisamente porque tienen un *velo* en su corazón. Recordemos que Pío XII ofreció esa aclaración. La evolución semántica ha hecho que muchos creyeran que decía algo así como los "perversos" judíos. No, siempre dijo y quiso aludir a la no creencia en Cristo porque tienen el corazón *velado.* Ahora la Iglesia lo quitó para evitar los malentendidos, pero el sentido es el mismo, el mismo que comprendió Zolli.

---

hombre y la historia, pp.133-134, Guadalupe, Bs. As., 1959, 2ª ed., pp.203-204, Folia Universitaria, Guadalajara (México, 2005).

5 *De fide rerum quae non videntur*, VI, 9,in fine.

Además la oración aludía a "la obcecación" que les impedía *creer* y rogaba que "conociendo la luz de tu verdad, que es Cristo, sean liberados de sus tinieblas". Esta oración no se pronuncia doblando las rodillas sino *de pie* como corresponde al pueblo peregrino para que, desde su diáspora de la no-fe, reencuentre el Jordán de aguas vivas y se transfigure en los *nuevos* hebreos para quienes vino primero. El Verbo se hizo Carne podría también traducirse: "el Verbo se hizo hebreo" para la salvación de los hombres.

La misión sobrenatural del pueblo sacro, esencialmente soteriológica, se cumple con Cristo. Así como San Juan Bautista al reconocerLe desaparece, así el pueblo en cuya carne vino el Mesías debe desaparecer para renacer transfigurado en la Nueva Sinagoga que es la Iglesia Católica. De lo contrario, los Anás, los Caifás harán del Reino un reino de este mundo a cuyo dominio absoluto aspiran precisamente porque es intramundano. Zolli comprendió –descorrido el velo– que el Reino es Cristo, que el Reino no es de este mundo, que el Reino está en el corazón del hombre inhabitado pr la gracia de Cristo.

5. Los dos testamentos y la Eucaristía

Eugenio Zolli, cuado era Israel Soller, había descubierto que "Dios sufre", que "alguien invisible" le llama (pp.78-79), que algo inaudito le es comunicado: amad a vuestros enemigos (pp.101-103), con sus primeros escritos que coinciden con su estancia en Florencia, *ve* que los dos Testamentos "se fundían en un todo armonioso" (p.123), que el "siervo sufriente" de Isaías (pp.49-50, 60-64) es el Mesías… y que el Mesías es Jesús de Nazaret. También sabe que debe hacer lo que quiere la Virgen Inmaculada (p.178). El Antiguo Testamento se cumple cuado *se funde* en el Nuevo, visible especialmente en la Eucaristía: cuando el Señor dice "haced esto en *memoria* mía" (Lc 22, 19) él sabe que el término hebreo significa "*un eterno presente*; el cristianismo empezaba a ser para mí, casi inconscientemente… la primavera" (p.190) y su libro *Il Nazareno*, antes de ni siquiera pensar en hacerse católico, "era una glorificación inconsciente del Cristianismo". Por eso "de repente, en 1945, un irrumpir fulgurante de luces"; Él es, Éste es: "Cristo dijo: Sígueme. Y yo le seguí" (p.192).

6. Las visiones de Cristo

Como lo vieron y "sintieron" Bergson, Edith Stein, Husserl, Reinach, Landsberg, Picard en la Iglesia Católica, única Iglesia y única religión verdadera, el *hebreo se encuentra a sí mismo en Cristo* [6]. Como Bergson, Zolli se comprendió a sí mismo como judío, sólo cuando *encontró* al Pobre de Yahvé, el Cristo.

Ahora sabemos que este acontecimiento el día del Yom Kippur en octubre de 1944, estuvo precedido y acompañado de hechos extáticos extraordinarios. Un año antes de su Bautismo, presidiendo las liturgias religiosas en la Sinagoga, se sintió alejado del ritual y "vi con el ojo de la mente un prado [...] En ese prado vi a Jesucristo vestido con un manto blanco y encima de su cabeza el cielo azul. Experimenté la mayor de las paces interiores"; Él le dijo: "estás aquí por última vez [...] la contestación de mi corazón fue: Así sea, así será, así debe ser". Una hora más tarde, su mujer Emma le reveló: "Hoy, mientras estaba delante del Arca de la Torah, me pareció como si la figura blanca de Jesús impusiese Sus manos sobre tu cabeza, como si te estuviese bendiciendo". Su hija Miriam le llamó desde su habitación y al acudir Zolli, la niña le dijo: "Sabes papá, esta noche estaba soñando con un Jesús muy alto y blanco, pero no recuerdo qué es lo que pasaba después" (p. 313-314). Zolli sí lo sabía (Cfr. también J. Cabaud, p. 94-96).

7. La persecución y la figura gigantesca de Pío XII

Mientras tanto, los judíos padecían la más atroz persecución y las leyes antijudías de la Alemania de Hitler habían sido impuestas a Italia. Paso por alto los detalles de las penurias sufridas por el gran Rabino de Roma (que el lector puede seguir en la obra de Cabaud) para concentrar la reflexión sobre la santa figura de Pío XII. Zolli escribió en 1945: "El judaísmo tiene una gran deuda de reconocimiento con Su Santidad el Papa Pío XII" (Cabaud, p.83) que había comenzado en 1938 cuando advertía a peregrinos belgas: "es imposible para un cris-

6 Cfr. el hermoso libro de otro converso hebreo, John M. Oesterreicher *Siete filósofos judíos encuentran a Cristo*, 485 pp., Pról. de Jacques Maritain, trad. de M. Fuentes Benot, Aguilar, Madrid, 1961.

tiano tomar parte alguna en el antisemitismo [...] en el nombre de Cristo; nosotros somos la progenie espiritual de Abraham" (p.84). Es casi imposible enumerar cuanto hizo Pío XII sin alargar excesivamente este ensayo: el mensaje de 1942, el de 1943, año de la toma de Roma por el Reich, la secreta advertencia del embajador alemán en el Vaticano; la intervención de Pío XII podría desencadenar una violencia aún mayor (p. 85); la apertura de los lugares de culto, de conventos, monasterios, familias amigas, suspensión de las clausuras en casas religiosas, muchas veces con gran riesgo personal (p. 86). Se sabe que más de 400.000 judíos salvaron su vida gracias a Pío XII, como lo proclamó y agradeció Golda Meier. El Papa disponía de información que le hacía saber que si condenaba en público la persecución, la violencia contra los judíos y católicos alemanes sería mucho mayor. Como dice Cabaud, "el Papa era como un hombre obligado a trabajar entre los locos de un hospital psiquiátrico. Hizo lo que pudo" (p.103).

Una parte importante de los judíos "caracterizados" bajo la *potestas diaboli* en la vieja Sinagoga *vacía* porque no tiene a Cristo, continuaron siendo "*in cordibus nostri hostes*"; por eso se desató, por un lado, una lluvia de calumnias contra Pío XII y hoy se rebelan (¿con qué derecho?) contra la beatificación del Papa Pacelli; por otro, un manto de silencio y también de calumnias cae sobre Zolli (cf. Cabaud p. 98-103).

Anás y Caifás no quieren verLo, aunque Le hayan visto hacer milagros… en sábado. Y parece que no saldrán de las tinieblas del sábado del mundo hasta que llegue el luminoso Domingo del fin de fines.

8. La muerte santa de Eugenio Zolli

Dios ha querido que los judíos sean "*in cordibus testes*", en las Escrituras nuestros *testigos*, más aún: ellos son los *testigos* positivamente como *kefas* (Roca), negativamente como Anás. Pero *siempre testigos*. Zolli tuvo viva conciencia de ello. Por eso decía: "yo no he renunciado a nada. El Cristianismo es el cumplimiento de la Sinagoga. La Sinagoga era una promesa y el Cristianismo es el cumplimiento de esa promesa. La Sinagoga señalaba al Cristianismo; el Cristianismo presupone la Sinagoga. Ver, por tanto, cómo la una no puede existir sin la otra".

Por eso para mí (hebreo de la Nueva y eterna Alianza) no tienen sentido esas "oraciones compartidas" de un pseudo ecumenismo sen-

siblero. *Nosotros* tenemos que rogar por los judíos, nuestros hermanos mayores, para que *reconozcan* al "Dios que sufre" que es Cristo Jesús y a la única y definitiva Sinagoga Verdadera que es la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Todo esto ocurrió misteriosamente en el corazón de Eugenio Zolli. Sintió que el Señor ya quería tenerlo en la morada que le estaba reservada y le permitió profetizar su propia muerte. Una semana antes confió a una monja que le atendía: "Moriré el primer viernes de mes a las tres de la tarde, como Nuestro Señor". Después de recibir a Cristo Eucaristía, "murió a las tres de la tarde, como Cristo. Era el primer viernes de mes" (Cabaud, p.113).

Esperemos que nuestro hermano Eugenio transite pronto el proceso de beatificación.

Así se cumplirán para nosotros peregrinos, sus propias palabras con las cuales concluye su libro *Antes del alba: "¡Ven Señor Jesús!* Te espero".

Las transfiguraciones

Blas Piñar

La lectura atenta del capítulo primero de la Carta de San Pablo a los Colosenses nos invita a reflexionar y meditar sobre las transfiguraciones. Empleo esta palabra en plural porque generalmente se utiliza tan solo cuando pensamos o nos referimos a la de Cristo en el monte Tabor.

De los versículos 13 al 19 de la mencionada Epístola se deduce que puede hablarse de otras tres transfiguraciones: la de María, la de los hombres y la del cosmos.

De acuerdo con tales versículos, para la segunda persona del Dios trino, que se hizo hombre al encarnarse, es decir, para Jesucristo, fueron creadas todas las cosas: las visibles y las invisibles; las del cielo y las de la tierra, y las mismas en Él alcanzan por voluntad del Padre la plenitud de su ser. Fue Cristo el que reconciliando con Él todas las cosas, restableció la paz entre el cielo y la tierra por medio de su sangre, que para redimir al mundo derramó en la cruz.

Voy a ocuparme de las cuatro transfiguraciones, comenzando con la de Jesús.

1. La transfiguración de Jesús

Es cierto que sin transfigurarse, Cristo dio a conocer su divinidad a través de los milagros, y no a través de los signos, que por sí mismos no lo son. La revolución semántica que ha penetrado en la liturgia, llevando la confusión a los fieles, nos habla de los milagros, llamándolos

signos, olvidando que signos son también, por ejemplo, un trapo blanco, que se utiliza como petición de paz; un semáforo en rojo, verde o ámbar, colores que sirven para regular la circulación en las calles; un papel en el balcón de un piso, que quiere decir que alquila, etc.

Por si los milagros, sobre todo los de la resurrección de los muertos, que ponían de relieve la divinidad de Cristo, no fueran convincentes, la transfiguración la confirma. He aquí lo que nos dicen Mateo, Marcos y Pedro.

"Tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y subiendo con ellos solos a un monte se transfiguró en su presencia, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la nieve… una nube resplandeciente vino a cubrirles y al mismo tiempo resonó desde la nube una voz que decía: «Éste es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias»" (Mt. 17, 1. 2. 5).

Con palabras parecidas Marcos escribe: "Tomó Jesús a Pedro y Santiago y a Juan, y los condujo solos a un monte elevado, y en un lugar apartado se transfiguró en presencia de ellos. Sus vestidos aparecieron resplandecientes y de un candor extremado como la nieve y tan blancos que no hay lavandero en el mundo que así pueda blanquearlos… En esto se formó una nube que les cubrió y salió una voz que decía: «Éste es mi Hijo carísimo»" (Mc. 9, 1 y 5).

Lucas reitera la transfiguración de Cristo en el monte Tabor, y la compañía de Pedro, Santiago y Juan. Allí, y mientras Jesús estaba orando, apareció diversa la figura de su semblante y su vestido se volvió blanco y refulgente, (y) Pedro y su compañeros vieron la gloria de Jesús. Formóse una nube, que les cubrió, y salió de la nube una voz que decía: "Éste es mi Hijo querido" (Lc. 9, 28. 29. 32. 34).

El propio San Pedro, como "testigo ocular" cuenta que estando con Jesús en el monte santo, o sea, en el monte Tabor, apareció con brillantez la gloria de Dios y una voz venida del Cielo, la de Dios Padre, decía refiriéndose a Jesús: "Éste es mi Hijo amado, en quien estoy complaciéndome" (Pe. 1, 17).

Es curioso que ya en el Antiguo Testamento, presentando a Dios como un anciano de muchos años, sentado sobre un trono, se diga también que "sus vestiduras eran blancas como la nieve" (Daniel 7, 9).

En la transfiguración del monte Tabor, verdadera teofanía, Jesús se da a conocer como Dios. Allí, escribe Hans Urs Von Balthasar, "resplan-

deció su eterna divinidad escondida para todos los momentos temporales de su vida, y ante los ojos de sus discípulos se hizo visible como siempre existió en él y le acompañaba" [1].

2. La transfiguración de María

Esta transfiguración se pone de manifiesto al verla exclamar ante el anuncio del ángel Gabriel de su maternidad divina, siendo virgen, "*ecce ancilla Domini*", ("He aquí la esclava del Señor", como nos dice Lucas 1; 38) y ser luego la "*Regina angelorum*" y la "*Regina sanctorum omnium*", según la letanía lauretana, y la "Reina y Señora de todo lo creado", como se la llama al comenzar el quinto de los misterios gloriosos del Rosario, comprendiendo, pues, tanto a la creación visible, como el firmamento y nuestro planeta –la tierra y su cortejo (Gn 2, 1)– como la invisible de la "*Civitas Dei*" [2].

Pío XII, en su Encíclica *Ad caeli Reginam*, del 11 de octubre de 1954, publicada con motivo del año mariano, habla de los teólogos que ensalzaban la realeza de María (nº 6), y se refiere a Ella como reina de los coros de los ángeles y de los santos del cielo y de la tierra, e instituye la fiesta del Reinado de María, que se celebra el 31 de mayo.

No cabe duda que donde con mayor claridad se aprecia la transfiguración de María es en el Génesis y en el Apocalipsis. En ambas se emplea la palabra mujer. En el primero, para designar a María, que con su linaje aplastará la cabeza de Satanás (3, 15). En el segundo, identificándola con la "mujer vestida de sol y la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de 12 estrellas" (12, 1).

Tampoco cabe la menor duda de que la Mujer a la que tanto el Génesis como el Apocalipsis se refieren, es la que Cristo en la cruz, poco antes de morir, mirando a María y a su discípulo Juan, dirigiéndose a Ella, le dice: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn. 19, 25)

1 *Teología de la Historia*. Guadarrama. Madrid, 2ª edición 1964 (p. 101)

2 Conviene constatar que, en la llamada Creación visible, hay cosas que no lo son, aunque de algún modo se detectan. Así ocurre con el aire que respiramos, con la electricidad y con las ondas que nos permiten, sin verlas, hablar por teléfono móvil o abrir la puerta del garaje. También hay galaxias en el cosmos que no vemos aunque ello se deba a que están tan lejanas, a millones de años luz, que de nada sirven los mejores telescopios que hoy manejamos.

Ya sé que la mujer a la que alude el Apocalipsis, sufrió "dolores de parto", y que por ello algunos teólogos entienden o dudan de que esa mujer pueda identificarse con María. Yo opino, sin embargo, que sufrir tales dolores no lleva inevitablemente a perder la virginidad. Una cosa es dar a luz sin esa pérdida, en virtud de un don preternatural, y otra sufrir los dolores propios del alumbramiento; como los sufrió San Pablo, siendo un hombre, como él mismo nos cuenta en su Epístola a los Gálatas (4, 19): "Por otra parte, María, que es Madre virginal, no sólo del Cristo que llevó en su seno, sino de su Cuerpo místico, es también Nuestra Señora de los Dolores (La Dolorosa, sin excluir los dolores del parto, por su corredención compasiva).

De algún modo a estos dolores compasivos y corredentores del alumbramiento del Cuerpo místico de Cristo alude Simeón, cuando en el Templo, al ser presentado al niño Jesús, bendice a María y le dice: "una espada traspasará tu alma" (Lc. 2, 35), aunque no se refería, ciertamente, a una espada de acero.

Por eso, Pablo VI, durante el Concilio Vaticano II, proclamó a María Madre de la Iglesia, reiterándolo así en "El Credo del Pueblo de Dios", y añadiendo en su "Exhortación Apostólica sobre el culto a la Virgen María" que "los fieles son hijos de la Virgen". Juan Pablo II, en idéntica línea, en su encíclica *Redemptoris Mater* nos dijo que "la maternidad de María respecto de la Iglesia es el reflejo y la prolongación de su maternidad respecto del Hijo de Dios".

Creo que así se prueba, o al menos se puede mantener, la opinión de que la Mujer del Apocalipsis es María. Tengo la impresión de que Juan Pablo II lo opinaba así, toda vez que en la Encíclica que acabamos de citar, leemos: "La Santísima Madre de Dios permanece como la Mujer indicada por el libro del Génesis y por el Apocalipsis al final de la historia de la salvación".

3. La transfiguración del hombre

Hay, sin duda, una transfiguración del hombre. No seremos como Dios, según la promesa de Satanás, que engañó así a nuestros primeros padres en el Paraíso (Gn. 3, 5). Lo consiguió, porque no en balde ha sido y es el Príncipe de la mentira (Jn. 8, 44). Pero "¿quién como Dios? nos dice el Arcángel San Miguel gritando su propio nombre.

Ciertamente que no seremos como Dios [3], ni seremos, con pérdida de nuestra identidad, absorbidos y diluidos en Él, como el terrón de azúcar en el agua, tal y como lo entiende el deísmo panteísta [4].

No seremos dioses, ni en Dios desapareceremos, integrados y sin personalidad; pero la Revelación nos asegura que seremos como los ángeles, en cierto modo iguales a ellos. Así nos lo enseñan los evangelistas (Mt. 22, 30; Mc. 12, 25; Lc. 20, 35).

Esta transfiguración se lleva a cabo en cuerpo y alma (I Tes. 5, 23), pues cuerpo y alma son constitutivos del hombre. Ahora bien; si el "alma viviente" (I Cor. 15 , 46) "aliento de vida" (Gn. 2, 7), espíritu, es por ello inmortal, el cuerpo del hombre solo lo era por un don preternatural del que fue privado cuando Adán y Eva comieron el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Se cumplió así lo que Dios les dijo, que morirían; y morimos los que somos descendencia suya (Gn. 2, 17), pues como leemos en la Epístola a los Romanos, del Apóstol de los gentiles, "por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte" (6, 22). Así lo reitera el propio San Pablo en la primera de las Cartas a los Corintios: "el aguijón de la muerte es el pecado" (15, 56). Por eso nuestro cuerpo muere –"vasija de barro" (I Cor. 4, 7)– y vuelve a la tierra de la que fuimos formados por el divino alfarero (Gen. 3, 19).

Sin embargo, la muerte del cuerpo, convertido en cadáver, no es el fin, aunque hubiera sido echado al mar (Apc. 20, 13) o hubiera sido incinerado, pues "Dios no lo es de muertos sino de vivos" (Mc. 12, 27; Lc. 20, 38).

3 Juan Pablo II en su tesis "La Fe según San Juan de la Cruz" recuerda que este niega la "semejanza esencial" entre lo que Dios es y lo que es cualquier criatura, por muy alto que sea (ya que entre una y otra hay una infinita distancia). Esta carencia de semejanza esencial radica en la naturaleza misma, ya que el ser se constituye por su propia naturaleza" (B.A.C., Madrid 1959, pp.27 y 29).

4 Un ejemplo de cómo es posible la conservación de la identidad sin que la semejanza exista, la exponen los místicos al referirse al hierro que en la fragua está envuelto y traspasado por las llamas, pero permanece como tal, aunque el calor lo ablande para ser moldeado. Lo mismo puede decirse –y así lo entiende Juan Pablo II, en su tesis doctoral, ya citada (p. 41), recordando a San Juan de la Cruz, que escribía: "Si los rayos solares chocaran con una vidriera transparente, tanto mejor le comunicarían su propia claridad, su influjo luminoso, sus específicas cualidades; y si la vidriera fuese absolutamente pura, absolutamente transparente, entonces el sol se le comunicaría en tal grado que le haría «más luminosa», luciente como la misma luz del sol, tanto que la confundiríamos con él, aunque no se haya transformado en sol, ya que no ha perdido su naturaleza de vidriera, distinta evidentemente de la naturaleza del sol".

La muerte corporal, desde un punto de vista cristiano, no es otra cosa que un parto doloroso mediante el cual, después de una gestación en el tiempo, el alma se desprende del cuerpo, al que dio vida, y pasa a la vida eterna, en la que aguarda, para reunirse con él, a que el tiempo termine. El prefacio de la Misa de difuntos nos lo anuncia: "*vita mutatur non tollitur, et soluta terrestre hujus incolatus domo, aeterna habitatio comparatur*" (la vida no perece, se transforma, y al deshacerse la casa de nuestra habitación terrenal, se nos prepara en el cielo la eterna morada).

A esta separación temporal de alma y cuerpo, que es la muerte, alude de alguna manera el Salmo 127, 7: "Nuestra alma es como un pájaro que escapa de la red de los cazadores, rompiendo la red y quedando en libertad".

Esperamos, por consiguiente, la resurrección del cuerpo "que ha de verificarse" (Hechos 4, 24) en el "último día", el del juicio universal (Jn. 11, 24), con la Parusía, y el Señor, descendiendo del cielo (I Tes. 4, 15), "venga sobre las nubes con gran poder y majestad" (Mt. 24, 30), como "relámpago que sale del oriente y se deja ver hasta el occidente" (Mt. 24, 27).

Pero "¿cómo resucitará nuestro cuerpo?", se pregunta en la primera Carta a los Corintios, añadiendo: "¿con qué cuerpo vendrán?" (15, 35). La respuesta la tenemos en la misma Epístola: "Nuestro cuerpo resucitará incorruptible, glorioso, lleno de vigor, espiritual, celestial, inmortal" (15; 42/53). Será "Jesucristo el que transformará nuestro cuerpo miserable y lo hará conforme al suyo glorioso" (Filp. 3, 21) y como ciudadanos del cielo definitivos hombres nuevos. Dios, escribe Rahner, "nos concederá su vida eterna" [5] de tal forma que nuestros cuerpos resucitados no puedan morir (Lc. 20, 36; Rom 5, 4 y s.).

Por otra parte la resurrección del cuerpo es fruto de la resurrección de Cristo (Rom. 6, 4 y s.) que, como Dios, es la Vida que venció a la muerte (Jn. 11, 25); y nosotros, en cuanto miembros de su Cuerpo místico, somos hijos de Dios en su Hijo, de tal manera que la resurrección será de todos "que ya no podremos morir otra vez" (Lc. 20, 36), "aunque los que hicieron el bien saldrán para la vida y los que hicieron el mal para la condenación eterna" (Jn. 5, 29).

5 Rahner, *Escritos de Teología*, Taurus, Madrid 1951, p.217.

Es preciso –y por ello no renuncio a reproducirlo– como Charles Arminjon describe a los cuerpos resucitados, que "entran en un modo de existencia infinitamente diferente de la manera de ser aquí abajo, que serán ennoblecidos, embellecidos, transfigurados hasta tal punto que habrá, entre este nuevo estado y el estado presente, una diferencia infinitamente mayor que la que hay entre una roca inerte y los más brillantes rayos del sol, entre el oro más puro y el cieno más grosero y más negro. (Estos cuerpos) transformados en la nueva vida ya no están sujetos ni dominados por las leyes de la naturaleza física actual" [6].

El tema apasionante de las transfiguraciones, y en concreto la de los hombres, nos lleva a releer lo que San Juan nos dice en su primera Epístola (3, 2), en la que luego de subrayar que en el tiempo y en el espacio "somos hijos de Dios" nos dice que no aparece aún "lo que un día seremos", aunque agregando que aparecerá cuando "le veamos cara a cara" (y no como ahora "en un espejo"), escribe San Pablo en I Cor. 13, 12), o sea cuando Jesucristo se manifieste claramente (en su segunda venida) haciéndonos (como los ángeles) semejantes a Él".

Esta semejanza con los ángeles nos lleva a preguntarnos cómo serán los hombres que hayan muerto en gracia después de la resurrección de sus cuerpos. La respuesta no será otra que la de mostrar cómo son los ángeles. Tratamos de hacerlo.

Los ángeles son seres personales, inteligentes, con voluntad y libertad, incorruptibles, inmutables, inmortales, creados por Dios para su servicio (Col. 1 ,16; Hb. 1, 14), carentes de materia como pone de relieve Santo Tomás, rectificando a San Agustín, pues "la materia no es parte de la substancia angélica" [7].

Los ángeles son imágenes y semejanza de Dios, pero más evidente e intensa que la del hombre, "ya que por su naturaleza intelectual, escribe Rafael Breide Obeid, de acuerdo con Santo Tomás, lo es en cuanto a la naturaleza divina y en cuanto a la Trinidad de las personas" [8]. No puede olvidarse la superioridad angelical, en este aspecto, a que alude Juan Pablo II en su Catequesis de 9 de julio de 1986, ya que los

6 *El fin del mundo y los misterios de la vida futura*, Gaudete, Larraya (Navarra) 2010, p.122.

7 *Las criaturas espirituales*, Gladius, Buenos Aires 2004, pp.59 y 67.

8 "Las ideas ejemplares", *Gladius* nº 75, 2009.

ángeles son “la obra más perfecta de la Creación, en frase de Máximo Torres Marco [9] que reitera el P. José Luis Torres Pardo [10].

Los ángeles conocen y contemplan de forma continua “*facie ad faciem videntes*” (Mt. 18, 10) al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, es decir, a las tres Personas singulares que son un solo Dios en una sola substancia, participando de la vida divina en la luz de la Gloria, como nos enseña también Juan Pablo II en su Catequesis de 6 de agosto de 1986. Esta participación de la vida divina es plena para cada uno de ellos, aunque no sea en igual medida pues depende del coro de la jerarquía angélica al que pertenezcan, siendo la máxima la de los Serafines. Esta participación de la vida divina será también distinta para los hombres, como lo es la de los ángeles. Pensemos en vasijas llenas de agua, pero con cantidad de agua diferente, por razón de su tamaño.

Los ángeles adoran a Dios (Hb. 16) y le alaban, recordándonos el Apocalipsis que “millares y millares (de ellos) en alta voz proclaman: “Digno es el Cordero que ha sido sacrificado de recibir el poder y la divinidad y la sabiduría y la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición” (5; 11/12). Por su parte, son los ángeles los que cantan el Trisagio “Santo, Santo, Santo. Está la tierra llena de tu Gloria” (Isaías 6, 3 y Apc. 4, 8) y los que apareciéndose a los pastores de Belén exclamaron: “Gloria a Dios en lo más alto de los cielos” (Lc. 2, 14).

Los ángeles –como recuerda Marcello Stanzione, en el libro que luego se cita (p.31), mencionando a O.M. Aivanhov, no sufren, porque el sufrimiento es algo desconocido para ellos, ya que el mismo proviene siempre de la naturaleza inferior que lo conlleva.

Los ángeles son bienaventurados, y nadie mejor que San Bernardo describe esta bienaventuranza para demostrar cómo ha de ser en su día la de los hombres que gocen de la visión beatífica, diciendo que “gozarán de ella sin que deseen ya, ni puedan desear cosa alguna que les sea más adorable y atractiva [...] y nunca jamás el ansia y avidez de verle quedarán saciadas [...] y siendo eterna la voluntad y la facultad de gozar de esta visión [beatífica] la felicidad que ahí se sigue será completa y perfecta [11].

9 Francisco López Hernández, *Revelación divina e Iglesia*, Zamora 1991, p.472.

10 “El maravilloso mundo de los ángeles”, Revista *Cristo Rey,* julio/septiembre 1978.

11 *Obras completas,* Tomo III, sermón XXXI, Ed. Rafael Culleras, Barcelona 1925, p.274.

Ya San Pedro experimentó esta bienaventuranza, aunque fuera por breves momentos. Fue en el monte Tabor, cuando Jesús se mostró transfigurado. Por eso, sin duda, dijo: “Bueno es estarnos aquí”, en frase de San Mateo (17, 4), o “qué bien estamos aquí”, en frase de San Lucas (9, 23).

Los ángeles tienen un lenguaje que no precisa de palabras que se pronuncian o escriben o de signos, ya que se entienden por intuición. Así dice Santo Tomás: “un ángel entiende a otro” [12]. En idéntica línea Ana Catalina Emmerick nos dice que los ángeles “jamás se comunican por medio de la palabra”: los unos se dirigen a los otros y se compenetran íntimamente; así leen en el otro lo que piensan” [13].

Los ángeles, finalmente, tienen una belleza extraordinaria ya que reflejan la belleza infinita de Dios, reflejo más intenso que el resto de la Creación, ya que son, precisamente, como hemos dicho, su obra más perfecta. Y, por consiguiente, de todo lo que existe y de todo lo que vive, vegetal o animal, y del hombre. No es posible con lenguaje humano dar a conocer la belleza de los ángeles. Sólo por aproximación y apelando a la metáfora. Lo hace de este modo el profeta Ezequiel al presentarlos “de la cintura para arriba como el fulgor de un metal reluciente, y de la cintura para abajo como el resplandor del fuego, todo en derredor suyo resplandecerá (con) la apariencia de la imagen de la gloria de Yavé” (1, 28/29). En el Nuevo Testamento, utilizando el mismo sistema, San Mateo, refiriéndose al ángel que corrió la piedra del sepulcro en que se enterró a Cristo, nos dice que “tenía el aspecto de un relámpago [y que] su vestido era blanco como la nieve” (28, 3). San Lucas da cuenta de un ángel con el resplandor de una luz divina que anuncia a los pastores el nacimiento de Jesús (1, 29) y de dos personajes con vestiduras resplandecientes que aparecen junto al sepulcro mencionado (24, 4), y San Juan nos recuerda que “dos ángeles vestidos de blanco” dialogaron con María Magdalena (20, 12).

Por su parte, una vidente como Ana Catalina Emmerick dice que los ha visto “mucho más esbeltos, nobles, de rostros más finos e inteligentes que las criaturas humanas [...] transparentes, todo luz” [14]; y Marcelo Stanzione citó en una entrevista a San Juan de la Mata, que

12 *Las criaturas espirituales*, ob. cit., p.451.
13 *Visiones y revelaciones*, Guadalupe, Buenos Aires 1954, tomo IV, p.428.
14 Ob. cit., p.428.

vio a un ángel con cara más luminosa que el sol y sus túnicas como la nieve [15].

4. La Transfiguración del Cosmos

Antes de entrar a fondo en este tema apasionante me parece oportuno hacer unas consideraciones semánticas para evitar confusiones que puedan producirse por el uso de algunas palabras con las que pueden significarse cosas distintas. Así ocurre con "cielo" y "mundo".

Cuando se habla de "cielo" nos podemos referir tanto a la "*Civitas Dei*", como al firmamento colmado de estrellas. El firmamento forma parte de la Creación y constituye el "cortejo de la tierra" [16], como nos dice el Génesis (2,1) de tal forma que nuestro planeta, desde una perspectiva no astronómica sino sobrenatural, puede ser llamado la capital del Cosmos. Dios se hizo hombre en el tiempo y el espacio de la Tierra, y no solo habitó entre nosotros, integrado en la historia humana, sino que sigue viviendo entre nosotros mediante su presencia real en la Encarnación eucaristiada. Fue positiva la respuesta de Jesús, Dios y hombre verdadero, a los discípulos de Emaús "quédate con nosotros" (Lc. 24, 29); y se quedó.

Por lo que respecta a la palabra "mundo", aludimos con ella a uno de los tres enemigos del alma. Como lo son también el demonio y la carne. Así sucede al calificar a una persona de mundana por su conducta nada ejemplar. Pero también la palabra "mundo" la utilizamos fuera del campo ético, cuando decimos que "estamos en este mundo" y entendemos que se trata objetivamente de este astro que gira en torno al sol y en el que estamos.

Dicho esto estimo que, a partir de la doctrina revelada en los textos sagrados, la transfiguración del Cosmos debe contemplarse desde una consideración global, es decir, integrada en la de toda la Creación llamada visible, que comprende no solo al hombre sino a todo lo que

15 La entrevista la hizo llegar la Agencia Zenit el 6 de junio de 2006. Stanzione era entonces párroco de la Abadía de Santa María de Campagna (Italia).

16 "Cielo –dice Romano Guardini– significa amplitud del espacio del Universo, donde se despliega la creación, moviéndose hacia remotos objetivos" (*Meditaciones teológicas*, Cristiandad, Madrid 1965, p.36).

en ella tiene existencia y vida [17]. De la liberación de la Humanidad y del cosmos nos habla Juan Pablo II en *Redemptoris Mater*.

Si, como se ha escrito, en el Antiguo Testamento está la información de la Teología de la promesa, no será difícil ver en el Desierto el valle de lágrimas, y en la Tierra Prometida, que mana leche y miel, el Paraíso al que fue Dimas, el buen ladrón, conforme a la promesa de Cristo crucificado.

De la catástrofe cósmica habrá signos que la anuncien proféticamente, aunque "nadie sabe cuándo será y en qué hora; ni aún los ángeles, sino sólo lo sabe el Padre" (Mt. 24, 35).

¿Pero desaparecerá la Creación visible, víctima de su destrucción por el hombre y las catástrofes naturales? A esta pregunta, que lógicamente nos hacemos, se dan tres respuestas muy distintas. Una pesimista, otra optimista, ambas intrahistóricas, y otra, que podemos llamar teológica, basada en la Revelación .

El P. Alfredo Sáenz [18], resumiendo lo que han escrito otros teólogos, recoge tanto la opinión pesimista, según la cual el Cosmos, y la tierra, por consiguiente, terminarían en un gran desierto, en una catástrofe aniquilante y terminal, después de la cual no cabe ningún tipo de salvación, como la opinión optimista que contempla un Cosmos en continuada evolución perfectiva y también inmanente, que le llevaría a la perfección, como escribe Teilhard de Chardin, es decir, al punto Omega [19].

La tercera respuesta, que comparto, arranca de una afirmación de principio, que hemos insinuado, a saber que "todo el mundo creado tiene un destino común con el hombre". De aquí que sea necesario fijar nuestra atención en la inocencia del hombre cuando aún no existía el pecado. Entonces, la situación del mundo material era como un reflejo de una situación espiritual y el hombre vivía en paz y familiaridad con Dios en el jardín del Edén (Gn. 3,22). "La armonía en todo el mundo material y animal era una manifestación secundaria de la armonía entre Dios y el hombre". Ahora bien, si todo el mundo creado

17 Así se revela "la intención salvífica de Dios, que todo lo abarca, escribe Hans Urs Von Baltasar en *Teología de la Historia*, p.152.

18 *El fin de los tiempos y seis autores modernos,* Gladius, Buenos Aires 1996, p.268.

19 Es curioso que desde el campo católico se asuma, de algún modo, la idea marxista del futuro paraíso terrenal del proletariado, o, la capitalista del Estado del bienestar.

es solidario en su destino con el hombre, resulta evidente que la obra redentora comprenda la del hombre y la del Cosmos; y si aquel, redimido del pecado, resucitará corporalmente y será un hombre completo, (cuerpo y alma), y nuevo, (semejante a los ángeles), el resto de la Creación visible será una tierra y un cielo, nuevos también (II. Pedro 3,13; Apc. 21,5). El hombre, y con él el Cosmos, recreados, transfigurados, serán inmortales y eternos, en un estado de espiritualización [20].

Escribe Joseph Pieper que ese fin catastrófico no significa ni perdición ni aniquilación, ya que hay una "transformación", que no es realizable por fuerzas intrahistóricas pero que no carece de relación con el curso interno de la historia. El final de esta poseerá un carácter totalmente catastrófico, tanto interior como exteriormente, pero la salvación venida de fuera viene del más hondo fundamento del ser de la creación, fundamento que, por supuesto, la trasciende por completo [21].

Trayendo a colación, otra vez, al P. Sáenz, destaco lo que, siguiendo a Joseph Pieper, y también a Leonardo Castellani, escribe: "no es lo mismo término que meta, ya que puede haber un término que no sea al mismo tiempo meta. Alguien por ejemplo en una carrera de automóviles se estrella: alcanzó su fin, pero no llegó a su meta. El Apocalipsis habla de un nuevo Cielo y una nueva Tierra realizada desde fuera, es decir por una intervención inmediata de Dios, ya que el Espíritu es quien renovará la faz de la tierra, e irrealizable por fuerzas intrahistóricas, aunque tengan relación con el curso de la historia, por lo que no hay que separar este proceso con la intervención salvadora de lo alto".

"Hay que distinguir por lo tanto entre el fin intrahistórico y una meta fuera del tiempo y de la historia. El fin intrahistórico [...] tendrá carácter catastrófico, lo que no quiere decir que con ello se malogre de manera definitiva la meta y la realización del sentido de la historia. Algo parecido pasó en la Cruz: "el mayor triunfo de la historia se realizó en la figura catastrófica del máximo fracaso" [22].

Ello no obstante nos enseña Benedicto XVI: "así como el pecado original sólo arrebató al hombre los dones preternaturales, así también

20 H. Renckrens, *Creación, Paraíso y Pecado Original*, Guadarrama, Madrid 1969, pp.157 y ss.

21 *Sobre el fin de los tiempos*, Rialp, Madrid 1955, pp.85, 98, 99 y 110.

22 Ob. cit., p.268 y ss. Leonardo Castellani coincide con el P. Sáenz, al ocuparse de la redención (transfiguración) del cosmos, en su libro *El Apokalypsis de San Juan*, del que hay edición española (Homologens, Madrid 2010, con prólogo de Juan Manuel de Prada, pp.315 y ss.).

el Diluvio universal, como castigo, no acabó por completo con la belleza original del Cosmos, con la gloria de Dios en la creación visible, con su belleza" (verdaderamente paradisíaca, añado, en algunos parajes) [23].

Insistiendo en el tema, lo que es lógico por su importancia trascendental, cabe decir que de algún modo se homologan el dolor y la muerte corporal del hombre con la catástrofe cósmica del último día, y la transfiguración del ser humano en el juicio final con la transfiguración del valle de lágrimas en "*Civitas Dei*".

"Todo lo atraeré a mí" dijo Jesús (Jn. 12,32), y esta atracción de la Creación visible, como escribe Leonardo Castellani, y, recuerda el P. Sáenz, no depende de "fuerzas humanas sino de la potencia suprahistórica que gobierna la Historia" [24].

En ello coincide con Romano Guardini, que con toda claridad afirma: "El Padre ha decidido que en Cristo toda la Creación viva en la escondida eternidad" [25].

Karl Rahner resume cuanto hemos escrito y lo confirma con estas frases: "Este mundo tiene un principio y una historia; se encamina hacia un punto que no es el fin de su existencia, pero sí el fin del cielo inacabado y continuamente engendrado de su historia. Sabemos por el testimonio de Dios que esta historia del mundo tendrá fin, y que este fin no será un sencillo cesar, un dejar de existir del mundo mismo, sino en la participación en la realización del espíritu. Este, en efecto, tiene por ley el comenzar, pero siempre para tender a Dios. El mundo continuará [...] y halla su consumación definitiva en la comunión con Dios, y por eso ha consumado su historia" [26].

Cierto es, por ello, lo que se nos dice: "no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la que está por venir" (Heb. 21, 27).

De esa catástrofe parece ser un anticipo lo que sucedió al morir Cristo en la cruz. Así lo narra San Mateo: "El velo del templo se rasgó en dos partes, de alto abajo, y la tierra tembló y se partieron las piedras y los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron" (Mt. 27, 5).

23 Durante su viaje a España, el 6 de noviembre de 2010.
24 Ob. cit., p.373.
25 *Die letzten Dinge*, Imn Werkbund, Verlag Wüzburg, 1952, p.101.
26 *Escritos de teología*, tomo II, Taurus, Madrid 1961, pp.218-220.

La transfiguración de todo lo creado (del cielo, como firmamento), y de la totalidad del Cosmos, incluyendo a nuestro planeta, y a todo lo que en él existe o tiene vida, como el hombre, parte de una "*renovatio*", es decir de una restauración perfectiva de lo que habiendo sido sacado inicialmente de la nada, Dios (que es "*factor caeli et terrae*", Gn. 1, 1), manifestó que era bueno (Gn. 2, 31).

Esta bondad de lo creado, desde una cosmovisión cristiana, se debe a que, como nos enseña H. Renckrens, el hombre fue dotado de "prerrogativas sobrenaturales, ya que Dios quiso librarlo de las dolorosas consecuencias del parentesco con el barro, a la vez que le entregó el dominio vicario de la naturaleza, que puso a su servicio (Gn. 2, 28-30). La armonía feliz del hombre con la gracia del Paraíso y de la naturaleza ("pacífica" servidora del hombre), se puso de manifiesto en el jardín del Edén, del que nos habla el Génesis (2, 15).

El pecado original y originante del hombre trastornó su armonía interior (con la lucha entre la carne y el espíritu de la que San Pablo nos habla en la Epístola a los Gálatas (5, 15), y de la que tenemos todos experiencia personal), y la del hombre con la naturaleza, que, maldecida, y comenzando a producir espinas y abrojos (Gn. 3, 17-18), dejó su pacífica servidumbre, no como castigo, sino como castigo a quien había desobedecido al que con ese fin lo sacó de la nada y había perdido la gracia y el amor de Dios [27].

En la cosmovisión cristiana, la Revelación nos dice que esta desarmonía concluirá cuando al cierre de la historia y el tiempo termine, se produzca la segunda venida de Cristo. Hasta este momento –en el que como hemos dicho la Creación alcance su meta– "el mundo, escribe Charles Arminjon, es un gran laboratorio en el que la naturaleza está en fermentación y desarrollo hasta el día en que libre de toda servidumbre y de toda corrupción, se abra en orden radiante y renovado. Pero ¿cómo tendrá lugar esta transformación? ¿Cuáles serán las condiciones y la forma nueva de nuestra tierra, una vez que, destruida por el fuego, ya no sea regada por los sudores de los hombres y haya dejado de ser la arena agitada y sangrante de nuestras luchas y pasiones?" [28].

27 "La naturaleza infrahumana se volvió así contra el hombre", dice Hans Urs Von Baltasar (obra citada, p.152), y las "espinas y abrojos", de que nos habla el Génesis, comprenden las erupciones volcánicas, los terremotos, los maremotos, los corrimientos de tierra, las inundaciones, las sequías, los huracanes y las epidemias, etc.

28 *El fin del mundo y los misterios de la vida futura*, Gaudete, Larraya (Navarra) 2010, pp.19- 20.

San Pablo, en la Epístola a los Romanos (8, 19-21), refiriéndose a este tema nos dejó escrito: "las criaturas todas están aguardando con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios. Porque se ven sujetas a la vanidad, no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujeción, con la esperanza de que serán también ellas libertadas de esa servidumbre a la corrupción para participar de la libertad y la gloria de los hijos de Dios".

El propio San Mateo habla de la "abominación desoladora" y de la "terrible tribulación que no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás" (24, 15 y 21). San Marcos, por su parte, luego de insistir en "la abominación de la desolación", confirma el anuncio de "las tribulaciones que no se han visto desde que Dios creó el mundo, hasta el presente, ni se verán" (13,19). En el Apocalipsis podemos leer que con la venida de Cristo "desaparecerán la tierra y el cielo, y no quedará nada de ellos" (20,11). San Lucas pone en boca de Jesús, refiriéndose a "las cosas que han de sobrevenir a todo el universo, que se verán fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas, secándose los hombres de temor y sobresalto, porque las virtudes de los cielos estarán bamboleando" (21, 25-26).

San Pedro, en su segunda Epístola, nos anuncia que "Los cielos que ahora existen y la tierra serán abrasados por el fuego en el día del juicio y el día del Señor vendrá como un ladró y entonces los cielos con espantoso estruendo se disolverán y la tierra y las obras que haya en ella serán abrasadas... con el ardor del fuego" (3, 7, 10, 12).

El Apocalipsis, también hablando de la catástrofe cósmica, nos cuenta que: "Las islas desaparecerán, que no quedará rastro de los montes, que caerá del cielo granizo, como plaga grande en extremo, del tamaño de un talento" (16,20).

Ya en el Antiguo Testamento se lee: "Los cielos con gran estrépito pasarán, los elementos se disgregarán por el calor de la tierra, y lo que hay construido en ella, se quemará" (Salmo 2; 3,10).

Es cierto, pues, que la catástrofe cósmica ha de producirse como acontecimiento intrahistórico, como su fin. Pero también es verdad que "*caeli et terra transibunt, Verba autem mea non praeteribunt*" (Mt. 34, 35 - Mc. 13,31 - Lc. 21,33); porque la meta del cosmos, de toda la creación visible, alcanza después, en virtud de un acontecimiento metahistórico y sobrenatural –como ya hemos dicho– su verdadero destino.

Son los mismos textos sagrados los que nos lo aseguran: “Esperamos nuevos cielos y tierra nueva” (Salmo 2; 3,13). Habrá “nuevos cielos y nueva tierra” (II Pedro, 3, 13), y que aún cuando el primer cielo y la primera tierra desaparezcan, habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. Las cosas de antes son pasadas. Pero Dios dijo: “renuevo todas las cosas” (Ap. 31, 1 y 5).

La transfiguración del Cosmos, que sucederá a la catástrofe cósmica, y que se vincula al último día del tiempo para su entrada en la eternidad, se relaciona con la tarea redentora de Cristo, que se hace universal, y que ascendido a los cielos, “vendrá de nuevo como anunciaron los dos personajes con vestiduras blancas (en realidad dos ángeles con forma humana) para la restauración de todas las cosas” (Hechos. 1; 11 y 21).

El Señor, Jesucristo, en la Parusía, “vendrá de repente” (I Tes. 5,3), “sobre una nube con gran poder y majestad”, (Lc. 21.27), y con él –y esto tiene especial significación y trascendencia, para la transfiguración cósmica- la ciudad santa, la nueva Jerusalén descendiendo del cielo por la mano de Dios”. (Apc. 21,2), “la ciudad de sólidos fundamentos, cuyo arquitecto y fundador es el mismo Dios” (Hechos. 11,3; 3,21).

La “*Civitas Dei*” desciende con Cristo desde el cielo. Cristo incorpora a su Cuerpo Místico, del que es cabeza, los cuerpos resucitados que une a las almas de los hombres, y a los que murieron en gracia los confirma en ella en el Juicio universal. La “*Civitas Dei*”, “la ciudad santa de Jerusalén descenderá del cielo con la claridad de Dios” (Apc. 21,10-11), para incorporar a ella el Cosmos, transfigurándolo, e integrándolo en el “tabernáculo de Dios entre los hombres; en el que el mismo Dios habitará y en la que no habrá ya muerte ni dolor” (Apc. 21, 4).

La Jerusalén celestial, prefigurada en la tierra prometida que mana leche y miel; el nuevo Edén; el país de la Vida, es decir, de Cristo, que se identifica con la Vida (Jn. 11, 25); la “Civitas Dei”; el Paraíso al que, como hemos dicho, se refiere el Señor al hablar desde la Cruz con Dimas, (y no al Paraíso perdido, que nos muestra John Milton en su poema), que “no tiene necesidad de sol, ni de luna, para que alumbre en ella, porque la gloria de Dios (“*Lumen Dei*”), la ilumina” (Apc. 21,23). Por consiguiente “no habrá jamás noche, ni se necesitará luz de antorcha, ni luz del sol, ya que el Señor Dios lo alumbrará todo y reinará por los siglos de los siglos” (Apc. 22,5), es decir eternamente.

El Cosmos –escribe Hans Urs Von Baltasar– será así transformado en el Reino de los cielos” [29].

Al fin, “todas las cosas que todavía no vemos sujetas a Cristo” (Heb. 2,8) quedarán instauradas en Él. Así nos lo enseña San Pablo: “Cumplidos todos los tiempos presentes restaurará Cristo todas las cosas de los cielos y de la tierra” (Ef. 1,10); lo que reitera cuando nos dice que “Cristo restablecerá la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz” (Col. 1,20). “Dios será todo en todos”. (Cor. 15,28), y, por tanto, Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra, como decimos en el Credo, Dios Hijo encarnado (Col. 3,11), Dios Espíritu Santo, que renovará la faz de la tierra (Salmo 103 (104), 30).

De este modo todo será de Dios (I Cor. 15,28) y como nos dice Santo Tomás de Aquino: “Todas las obras de Dios permanecerán eternamente” [30].

29 Citada por Marcello Stanzione, en ob. cit., p.243.
30 *Questiones disputatae de Potencia Dei*, 5, 9. vol.1.

¿Signos cristianos bajo la lava del Vesubio?

María Delia Buisel

Objetivo

Trataremos un tema arqueológico, no por curiosidad sino porque sus resultados tienen directa atingencia con la crisis de fe que vive la Iglesia, con los fundamentos históricos del cristianismo y con los textos sagrados del Nuevo Testamento. Como lo dice san Pio X en la *Pascendi,* de la que no ha mucho se ha celebrado su centenario, en la destrucción de la fe primero viene el filósofo, luego el historiador y en tercer término el exegeta o biblista.

Pues bien, nosotros nos detendremos en un dato arqueológico que confirma la redacción tempranísima del N.T. y su difusión en el área mediterránea. Con esto se destruye una objeción importante a la enseñanza constante del Magisterio de la Iglesia.

Caesarem appello!

La frase pronunciada por el ciudadano romano[1] Saulo de Tarso (*Hechos* 25, 11), tuvo eco afirmativo cuando el procurador Porcio Festo le replicó *Caesarem appellasti? Ad Caesarem ibis!* (¿Al César apelaste? ¡Al César irás!).

La apelación al emperador es requerida por san Pablo pues sus compatriotas judíos del Sanedrín querían juzgarlo en Jerusalén por tres cargos que podemos resumir así:

1 También hijo de padres judíos que gozaban de la ciudadanía romana.

1) Agitador público y por ende reo de alta traición.

2) Caudillo de una secta sin derecho legal, la de los nazarenos, y por eso reo de *religio illicita.*

3) Profanador del templo y reo según la ley romana[2].

Ante la reiteración de esa acusación realizada tanto en Jerusalén como en Cesarea marítima ante las autoridades romanas con cargos que no podían probar, Pablo, guardado prisionero por más de dos años en el pretorio de Herodes, se defendió replicando que no había cometido delito alguno ni contra la ley judía, ni contra el templo y menos contra el César. Ante la posibilidad de ser enviado nuevamente a Jerusalén por la naturaleza religiosa del litigio que también tenía su aspecto político, el apóstol reitera que nadie puede entregarlo a ellos, sino que debe ser juzgado por la ley romana.

Para Pablo el Sanedrín no era autoridad competente para su litigio, porque no podía decidir sobre la verdad de su doctrina, eso competía a una autoridad superior y divina; en lo político se debía examinar si había violado el derecho romano, de allí su apelación. Pero antes el apóstol, por pedido del procurador pudo defenderse delante de Herodes Agripa, rey del norte de Palestina, judío de nacimiento, romano de formación y competente en cuestiones sobre las creencias de sus ancestros; éste terminó diciendo: "Podría ponérsele en libertad, si no hubiese apelado al César" (*Hechos* 26, 32). De acuerdo con el juicio de Agripa, Festo redactó un informe y un dictamen para Nerón.

Éste es el origen de su cuarto viaje apostólico –recogido por san Lucas en los dos capítulos finales, 27 y 28, de los *Hechos*– y de su instalación en Roma, donde ya estaba san Pedro, tal vez desde el 44-45 aproximadamente o del 55[3].

En el cap. 27 comienza el llamado 'capítulo náutico'[4]. Avanzado el otoño en septiembre, partió de Cesarea hacia Roma una nave con prisioneros a cargo del centurión Julio de la cohorte 'Augusta', o sea,

2 Cf. *Hechos de los Apóstoles* 24, 5-6 y Flavio Josefo. *Bellum Judaicum,* 6, 2, 4.

3 Eusebio de Cesarea. *Hist.Ecc*., II-IV y Holzner, J. San Pablo. *Heraldo de Cristo,* Barcelona, Herder, 1978, p. 358.

4 Es considerado el más valioso documento náutico de la antigüedad compuesto por un testigo ocular. El almirante Nelson, hijo de un pastor y familiarizado con la lectura de la Biblia, lo releyó en la mañana de Trafalgar para encontrar fortaleza (cf. Holzner, J., *op. cit.,* p. 410).

de la tropa policial del Imperio. El buque contratado era un mercante que iba al norte de Asia Menor, de donde los varios cambios de nave que hubo; san Pablo viajó acompañado de Lucas, Timoteo y Aristarco. Al día siguiente llegaron a Sidón y con anuencia del centurión Pablo pudo visitar a sus amigos locales; pero el mar se embraveció con los vientos del noroeste impidiendo proseguir el curso planeado, así costearon Chipre y con trabajo, después de dos semanas, llegaron a Mira en Licia, un gran puerto cerealero del sur de Asia Menor; una semana tardaron en ganar Gnido en otro transporte. La borrasca les impidió el rumbo oeste siendo empujados hacia la costa sur de Creta donde se detuvieron esperando mejor tiempo; el apóstol propuso invernar allí, pero el patrón de la nave se opuso para no perder su cargamento; embarcados otra vez, apenas partieron, los enfrentó el euraklión o aquilón, viento huracanado que casi parte la nave debiendo aligerar la carga. La oscuridad, días sin sol ni estrellas, en una época sin brújula, les impedía saber dónde estaban y temían encallar en los bancos de la costa norafricana, por lo que arriaron el velamen y se dejaron llevar por la furia de la tempestad, aligerando de carga y aparejos la nave en todo lo que pudieron y perdiendo toda esperanza de salvación además de pasar un largo tiempo sin alimentos.

Pronto tuvo el apóstol la visión de un ángel del Señor que le confirmó su arribo a Roma, la gracia de la vida para todos los náufragos y la llegada a una isla; catorce días más las olas del Adriático hicieron de los 276 pasajeros y tripulantes su juguete, hasta que después de varias peripecias encallaron en un banco de arena entre dos islas; la violencia del oleaje partió en dos el mercante y se salvaron como pudieron, nadando o asidos a tablones, restos del naufragio. Ya estaban en Malta (el Santo Padre Benedicto XVI ha recordado largamente el viaje y la presencia paulina en su reciente viaje a la isla).

La acogida de los lugareños fue excelente; el santo realizó adoctrinamiento y múltiples curaciones, por lo que algunos lo tomaron como un dios, y no era la primera vez que eso le ocurría. Habiendo invernado tres meses, en otra nave alejandrina llegaron a Siracusa. Luego costeando Sicilia por el estrecho de Messina desembarcaron en Reggio, hasta que finalmente arriban a Pozzuoli, donde el apóstol permanece junto a una pequeña comunidad cristiana una semana, para luego llegar por la Vía Appia a la tan ansiada Roma donde le dan casa propia con custodia.

La importancia de este viaje reside para nosotros en los contactos de variado tipo hechos con romanos de todos los niveles sociales y las

comunidades engendradas a cada arribo a un puerto; si bien es cierto que San Pedro ya se había ubicado en Roma, se puede decir que la cristianización de la gentilidad itálica es la siembra y cosecha de ambos apóstoles, con una temprana expansión particularmente hacia la Campania y zonas aledañas al golfo de Nápoles, lo que permite suponer, como lo hizo en 1862 el arqueólogo G.-B. de Rossi[5] (1822-1894), descubridor de la catacumba de San Calixto, que la lava petrificada del Vesubio cubría indicios y pruebas de un cristianismo incipiente.

El Vesubio entra en escena

La mayoría de los lectores de *Gladius* recuerda el célebre estallido del Vesubio en agosto del 79 d.C., siendo Tito emperador, que sepultó bajo la lava hirviente cuatro importantes poblaciones romanas ubicadas en el golfo de Nápoles: Herculano, Oplontis, Pompeya, y Stabia; puede incluso recordar varios testimonios antiguos, en poesía algún epigrama de Marcial o un fragmento de Estacio, en prosa textos de Suetonio, Plutarco, Dion Casio o principalmente, las cartas VI, 16 y 20 de Plinio el Joven al historiador Tácito contando el final de su tío, Plinio el Viejo, el autor de la *Historia Natural*.

Éste, como prefecto de la flota anclada en Miseno, dirigió las naves hacia el centro del golfo para auxiliar a los perjudicados y, atenaceado por su enorme curiosidad científica, comenzó a ascender por la ladera quedando envuelto y ahogado en torbellinos de polvo, piedras ardientes, humo y ceniza según la última imagen que sus siervos, eximidos de acompañarlo, nos dejaron de este investigador impenitente.

Sabemos cuánto se ha encontrado desde las excavaciones comenzadas en el 1748 en Pompeya[6] y aledaños bajo el patrocinio del rey Carlos de Borbón, después Carlos III[7] de España, con un cuerpo de ingenieros militares españoles[8]; también sabemos que todavía hay zonas

5 Holzner, J., *op. cit.*, p. 526.

6 En la actualidad afectada por graves derrumbes debidos a la filtración de aguas, la incuria, la desidia y la corrupción (*Corriere della Sera*, 27-11-10, p. 21 y *La Nación*, 13-11-10, p. 25).

7 También promovió en 1734 la primera expedición arqueológica a América que descubrió y desenterró las ruinas de Palenque (México).

8 Roque Joaquín de Alcubierre († 1780), mayor del real Cuerpo de Ingenieros de Nápoles, transferido en desde España, cuando ésta recuperó el reino en manos de Austria en 1734, dirigió excavaciones en nueve sitios del golfo desde Cumas a Sorrento.

detectadas sin explorar o analizar o reservorios como la biblioteca de Pompeyo, cuyo contenido está en estudio, pero para responder a la pregunta del título debemos prestar atención a la fecha y relacionarla con otras. No vamos a descubrir nada nuevo, sino a reunir testimonios diversos cuya fecha temprana debe reclamar consideraciones serias y no elucubraciones subjetivas.

Antes del 79, *terminus ad quem*, los viajes misioneros de san Pedro, quien llega a Roma entre el 41 y el 44[9] huyendo de la tiranía de Herodes Agripa, y de san Pablo, éste ciudadano romano, habían alcanzado Roma donde ambos apóstoles padecieron el martirio uno tras otro o en la misma fecha, entre el 64 y el 67, lo que significaba una comunidad asentada en la Urbe y con bastante poder difusivo, tanto que en los primeros tiempos la enseñanza no encontró obstáculos (al César se le pagaba lo que correspondía, se respetaba y obedecía a las autoridades, Pedro le devolvía visita al centurión Cornelio, etc.)

En cambio, Pablo llegó a Roma después de haber apelado al César en Jerusalén, unos años después, tras un largo y accidentado viaje, el cuarto, narrado en los *Hechos* 27 y 28, previo naufragio en Malta y en etapas que lo llevan antes a Siracusa (Sicilia), Reggio (Calabria), Puteoli (Campania) y finalmente a su destino jurídico y último.

No obstante, la acusación sobre el incendio de la ciudad y la persecución de Nerón, la primera que los llevó a las catacumbas, cambió en los cristianos, que ya eran numerosos en la capital del Imperio, su perspectiva sobre el poder romano y los colocó a la defensiva; repensaron la historia, tanto respecto de los judíos considerándose el nuevo y verdadero Israel[10], como de los romanos, incluyendo la historia de Roma dentro del plan divino[11].

Herculano

En las excavaciones[12] de 1939, se descubrió en el *paedagogium* o habitación de los siervos encargados de la instrucción de los niños, en

9 Cf. Eusebio de Cesarea. *Historia Eclesiástica* II, 15; III, 19 y IV, 14.

10 Simon, Marcel. *Verus Israel. Études sur las relations entre chrétiens et juifs dans l'Émpire Romain,* Paris, 1964.

11 Inglevert, Hervé. *Les Romains chrétiens face a l'histoire de Rome,* Paris, Institut d'Études Agustiniennes, 1996, pp. 25-33.

12 Herculano comenzó a ser desenterrada en 1783.

una villa patricia que no ha sufrido restauración, la marca de una cruz *capitata* en un muro; en torno de la cruz se encontraron los clavos empleados para sujetar una portezuela o cortinado[13] que seguramente, ya en época de persecución ocultaba el símbolo venerado con lo que podemos remontarnos a la época neroniana, por lo menos para la portezuela simultánea con la cruz, si ésta no era un poco anterior. Cruz incisa en la piedra y grafitada, Un *unicum* en el s. I.

No sólo eso, sino también un mueble de madera, tipo reclinatorio[14] colocado bajo la cruz que contribuye a consolidar algo más que un signo: pequeños actos de culto, por muy modestos que fuesen, al modo de un humildísimo oratorio. La casa susodicha está abandonada y prohibido su acceso, aproximadamente desde 1976; de la cruz y el reclinatorio no se venden postales y privilegiado es el que posee una fotografía del conjunto.

¿Cómo llegó allí la fe en Cristo y su resurrección?

Posiblemente desde Roma donde podría morar habitualmente la familia poseedora de esa servidumbre o directamente por la existencia de una vigorosa comunidad cristiana en la zona, ya que san Pablo según *Hechos* 28, 14, desembarcó en Puteoli (hoy Pozzuoli), población de las cercanías entre Miseno y Nápoles, en el año 61 para visitar a algunos hermanos y permanecer una semana con ellos o de cualquier otra manera.

No necesitamos conjeturar mucho; la Cruz está allí testimoniando fe y persecución bajo el polvo y las cenizas de los siglos y dando fuerza y convicción a nuestra debilidad, aun cuando está prohibida la entrada.

Pompeya

En las cercanías de Herculano, también en el faldeo sur del Vesubio, se ubica Pompeya, que asimismo nos entrega un testimonio precioso

13 Messori, Vittorio. *Padeció bajo Poncio Pilato,* Madrid, Rialp, 1994, pp. 353-7. Otra referencia en *Hipótesis sobre Jesús,* B.A., Ed. Don Bosco, 1987, p. 294, cuya 1ª edición italiana es de 1976, a partir de la que comenzó la divulgación del hecho.

14 Bojo, Jean. "Missionaires, ils l'étaient… Soyons-le aussi" en *Credo* nº 176, août-septembre 2006, Ennery y comentario en *Lectures françaises* nº 595, novembre 2006, Chiré-en-Montreuil.

e invalorable hallado en la palestra[15] porticada frente al anfiteatro de la ciudad: un cuadrado misterioso de 25 letras desenterrado en 1936 por M. della Corte[16] en una columna recién sacada a luz[17], inscripción completa que permitió la lectura total de otro cuadrado que fracturado y con gran deterioro había sido hallado en 1925 por Maiuri y datado por el mismo M. della Corte como del 62 d.C. en la casa de un funcionario municipal Publius Paquius Proculus; ambos podían ser comparados con otros semejantes excavados en la década de 1920 en diversos lugares de la cuenca mediterránea, ej. en Egipto, Nubia, Etiopía y aun en zonas más alejadas como el muro de un edificio romano en Cirencester (Inglaterra) al norte de Bristol, en Italia, Francia, en edificios de los caballeros templarios, en monedas austríacas del s. XIV y en Doura Europos.

Se trata éste de un sitio relevante sobre el Éufrates medio, hoy territorio entre Siria e Irak, a un poco más de 400 km al norte de Damasco, donde se han descubierto una sinagoga, una iglesia cristiana, manuscritos y además cuatro de estos cuadrados en distintas expediciones arqueológicas dirigidas por el belga Franz Cumont (1922-23), gran investigador de la religión greco-romana y maestro de figuras tan destacadas como George Dumézil y Jérome Carcôpino, y también por M. Rostovzeff (1928-37), muy conocido por su interpretación económica de la historia de la Grecia helenística y de Roma.

Desde 1900 con Klein hasta fines del s. XX, no sin intentos anteriores, esta figura de anónima autoría ha sido estudiada por casi unos 150 investigadores pasando por Ernst, Cumont, Carcôpino, Margheritta Guarducci, la descubridora de la tumba de San Pedro en el Vaticano, etc.

Las interpretaciones se han dividido en dos líneas:

a) los que sostienen una significación cristiana (Carcôpino[18], Guarducci, Messori, etc.) y

15 Palestra que guarda numerosos *graffiti* y que fue edificada en 59 d. C., fecha que nos provee el término *a quo*; un terremoto acaecido en el 62 d.C. dañó seriamente las construcciones. Cf. de Franciscis, A. *Pompéi,* Naples, Interdipress, 2000, pp. 3-10.

16 Ruta, Juan Carlos. *El Ágape hasta el fin. La Pascua de Jesucristo,* La Plata, Fundación Santa Ana, 2006, tomo III, vol. 4 C III, pp. 764-5 y 931-4.

17 Columna cuya cronología va del 59, año de construcción de la palestra hasta la erupción del 79.

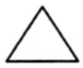
18 Carcôpino, J. "Le Christianisme sécret du carré magique", *Museum Helveticum*, 1948, pp. 16-59; corregido y aumentado junto a *Les Fouilles de Saint Pierre et la Tradition,* Paris, Albin Michel, 1963.

b) los que la niegan dándole una no cristiana, tal vez de origen mitraico, cabalístico o judeo-gnóstico, alquímico[19], etc. (ej. Dornseiff, Cumont, Moeller, etc.), o vinculándolo con cultos de misterios o con grupos neopitagóricos señalando que no existe simbolismo cruciforme en Pompeya y Herculano, mientras que las cruces de las catacumbas serían recién del s. II d.C. Ya hemos visto que la cruz del '*paedagogium*' de Herculano desdice dicha argumentación.

Algunos pensaron sin mucho fundamento en una fórmula enigmática de época judía o pagana a.C., pero en general fueron datados *circa* siglo III d.C.

El hallazgo de Pompeya remonta su datación al s. I d.C., ya que allí todo lo hallado es anterior al 79, obligándonos a deducir ciertas consecuencias o a derrumbar ciertos esquemas –de los que después hablaremos.

No olvidemos un dato importantísimo: este misterioso cuadrado, único de todos los encontrados, está coronado por un triángulo equilátero que nos remite sin dudas a la Ssma. Trinidad, lo que no se da en otras representaciones del mismo, pero vayamos ya a él:



S	A	T	O	R
A	R	E	P	O
T	E	N	E	T
O	P	E	R	A
R	O	T	A	S

No se necesita ser muy perspicaz para advertir que las 25 letras constituyen en lengua latina un palíndromo tanto horizontal como vertical, es decir se leen de izquierda a derecha, a la inversa, de arriba hacia abajo y de aquí hacia arriba, además en 'boustrophedon', es decir,

19 Pérez-Rubín, Carlos. "The sunken ruins of Pompeii and an age-old enigmatic specimen of Roman incidental epigraphy" en *Documenta e instrumenta* 2, 2004, pp. 173-192, La Rioja, España. Ver en este autor el estado de la cuestión.

como ara el buey de izquierda a derecha, en el renglón o surco siguiente de derecha a izquierda y así sucesivamente; cuatro de esas palabras son conocidas y no cuesta encontrarlas en el diccionario:

Sator: sembrador, del verbo *serere y* del supino *satum,* de donde proviene el sustantivo. Para algunos, apócope de *Salvator.*

Tenet: 3ª persona singular, presente del Indicativo, del verbo *tenere* que significa sostener, sujetar, etc.

Opera: trabajo, labor (*opera-ae*) en caso Ablativo como complemento circunstancial de instrumento y no de *opus-eris* con el mismo significado.

Rotas: ruedas (rota-ae) en caso Acusativo como objeto directo.

Hasta aquí tenemos una aproximación que nos da: *El sembrador sostiene con su trabajo las ruedas.* Uno se pregunta qué ruedas, pueden ser las del carro o las de un arado, ya que algunos estaban provistos de las mismas para facilitar el empuje.

El problema se presenta con **arepo**, que para algunos puede ser:

a) un sustantivo propio, en este caso, aposición de *sator,* es decir, el nombre del sembrador;

b) también puede corresponderse con el nombre de un ángel, por lo que el texto va elevando sus niveles de significación[20];

c) o un sustantivo común de origen celta, conocido entre los romanos con el significado de 'arado', instrumento de labranza –según J. Carcôpino–, asimismo símbolo de la cruz, como el ancla, el mástil de una nave con el travesaño para sujetar las velas, la doble segur, etc., según suelen verse en las catacumbas[21];

d) también basándose en testimonios arqueológicos, AREPO puede ser una sigla[22] formada con las iniciales de *Aeternus Redemptor et Pastor omnipotens*. Siendo así, la semántica continúa enriqueciéndose, ya no es el nombre de un cultivador cualquiera, ni el de un ángel que

20 Ruta, J.C., *op. cit.,* p. 932.

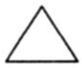
21 En las catacumbas la figura humana del orante con los brazos extendidos es un símbolo más cumplido de la cruz.

22 Messsori, V. *Padeció bajo Poncio Pilato*, pp.356-357.

siembra carbones encendidos tomados de entre las ruedas del carro de Dios, como imagen funesta para el juicio de la Urbe, derivada de Ezequiel, ni un instrumento para la siembra literalmente entendido, sino que el sembrador se identifica con Nuestro Señor Jesucristo y el texto se profundiza quedando así:

> El sembrador / Salvador (Cristo, labrador del buen trigo), Redentor eterno y Pastor omnipotente, sostiene con su trabajo (el sacrificio de la Cruz o con el arado, que también es crucífero) las ruedas (del destino del hombre y del mundo).

Evidentemente el tal cuadrado, creído 'mágico'[23]. por algunos en el medioevo, nada tiene de esas prácticas, y resulta ser un símbolo cristiano por el contenido del discurso, pero además, es un símbolo crucífero, porque observando bien descubrimos indicios claros de una cruz. Veamos otra vez la disposición de las letras:



S	*A*	**T**	*O*	R
A	R	**E**	P	***O***
T	**E**	**N**	**E**	**T**
O	P	**E**	R	***A***
R	*O*	**T**	*A*	S

23 La interpretación judeo-gnóstica de Pérez-Rubín llega a este resultado después de analizar el valor numérico de cada letra: *Satornilo sostiene (el secreto de) las ruedas (celestiales) y los trabajos (alquímicos);* '*sator*' es contracción de Satornilo, nombre propio equivalente al latino Saturninus, identificado con algún gnóstico de Antioquía; *'opera'* lo ve como plural de *opus-eris*; para 'tenet' admite el valor de 'sostener'; *'arepo'* es una ' *nonsense word',* es el reverso de *'opera',* necesario para completar la frase (*Op. cit*., p. 186), pero queda sin traducir; *'rotas'* se refiere a una rotación simbólica, con más precisión a una rotación espiralada que representa la evolución espiritual. El autor concede especial importancia a la letra N (p. 182), única que no se repite, ubicada en el centro del cuadrado, que según la *Enciclopedia Judía,* ocupaba el lugar nº 13 del alfabeto proto-sinaítico, representada como una serpiente hembra que se desliza significando la corporeidad de la iluminación; en la cábala judía significa transmutación y metamorfosis o renacimiento espiritual. Aquí el lugar central coincide con el nº 13. Otro autor de influencia guenoniana, Manrique M. Mom, en un artículo titulado "Ciclos cósmicos de la Humanidad" traduce el palíndromo así: *El Creador gobierna los procesos cíclicos con un trabajo inverso*. Entiende 'rotas' como

Los dos TENET forman una cruz, intensificada semánticamente por la letras T de los extremos; sabido que la T griega o TAU, más frecuente en los cementerios romanos subterráneos que la cruz latina también presente, es asimismo un símbolo de la Cruz, de modo que todo el discurso del palíndromo está visiblemente sostenido por la Cruz. Además las cuatro palabras restantes encierran todas una A y una O (en cursiva), símbolo del *Alfa* y el *Omega*, referidos por N.S. a Sí Mismo en *Apocalipsis* I, 8; como el latín tiene una sola O en su alfabeto, las dos O del griego, la breve y la larga, se transliteran a la lengua del Lacio con la única O que éste posee, enmarcando junto con la A, la cruz de los dos TENET.

Sin embargo no todo acaba en ese plano; más de un estudioso creyó que inserto allí se ocultaba otro nivel significativo, motivada su oscuridad por un código cifrado pensado para la persecución. En efecto la sospecha era cierta, y se verificó con el descubrimiento en 1925 realizado por Félix Grosser, alemán, y Sigurd Agrell, escandinavo[24], quienes estudiaron el palíndromo como un anagrama, o mejor dicho, como un criptograma encontrando repetida en forma de cruz el inicio de la oración enseñada por Jesús y registrada por Mateo y Lucas: *Pater noster,* disponiéndose las letras así:

```
          P
          A
    A     T     O
          E
          R
P A T E R N O S T E R
          O
          S
    O     T     A
          E
          R
```

los fenómenos de rotación de la Tierra sobre su eje, de traslación alrededor del Sol y de precesión de los equinoccios; 'arepo' como trabajo inverso al que el Creador realiza con otros fines (sin aclarar cuáles); en fin, se trata de un proceso de regulación de los ciclos cósmicos de la humanidad, a los que se refería Cicerón como el 'Gran Año' (cf. *Somnium Scipionis* XXII, 24). Véase http://www. geocities.com/findeciclo/ciclos cosmicos. No es la única explicación de este tipo, que en general se caracterizan por su ingeniosidad, esquematismo, y a veces falta de confrontación con otras soluciones, en particular la cristiana.

24 Messori, V., *op. cit*., p. 355.

Por otra parte en este ‘carré’ y no en otros, se ven junto a él, en uno de los laterales, tres letras muy claras que constituirían la clave del desencriptamiento: la N en el centro, la del Pater Noster, flanqueada de la A y la O, es decir el Alfa y el Omega, hecho omitido por la mayoría de los intérpretes, salvo muy pocos como Messori, García Olmo, etc.

Conclusiones

Los resultados de dicha investigación confirman:

1) La existencia de comunidades cristianas tempranas en la 2ª mitad del s. I en Roma y otros puntos de Italia.

2) La antigüedad de la cruz como símbolo paleocristiano, refutando a los que la consideraban como de aparición constantiniana o del s. II; la de Herculano es compatible en edad y significado con la escondida en nuestro cuadrado.

3) Cuadrado que además nos permite otras inferencias, como la simbología del alfa y el omega, de proveniencia joánica y considerada más tardía.

4) El texto del *Pater noster*, la oración que N.S.J.C. enseña a los apóstoles, registrada en Mateo 6, 9-13 y en Lucas 11, 1-4 en circunstancias levemente diferentes, implica que existía una versión latina de la plegaria por excelencia, aún cuando ésta se hubiera independizado del contexto neotestamentario.

5) La noción de filiación adoptiva de cada hombre, se desprende de la invocación inicial como una novedad absoluta en pleno respeto por la libertad humana. Recordemos las condiciones asentadas en el prólogo de San Juan: a los que Lo recibieron, a los que creyeron en Su nombre y a los que por el bautismo nacen de Dios, ésos tienen una *potestas*: *filios Dei fieri*.

6) No sólo la oración, sino los evangelios enteros o sus capítulos más relevantes eran conocidos y traducidos desde el griego a la lengua de Roma denotando su redacción primitiva una antigüedad compatible con los testigos directos de la vida del Señor, según lo señala el P.

Carmignac[25] y tantos otros, como incluso los sorprendentes papiros 4 y 5 de la cueva 7 de Qumrân analizados por el P. José O'Callaghan y por Carsten Peter Thiede con fragmentos de Marcos 6, 52-53 y de la primera epístola a Timoteo, 3. Resulta así que el N.T. no es el producto de comunidades cristianas tardías según el querer de los discípulos de R. Bultmann.

7) El triángulo sobremontado indica que para el 79, a más tardar, ya los cristianos vislumbraban y veneraban tanto el misterio del Dios encarnado como el del Dios Uno y Trino y distinguían sus creencias de las de los paganos piadosos que creían en un dios único o en las figuras más nobles del panteón mitológico.

8) Todavía no está clausurada el área de investigación en ninguna de esos cuatro fondos arqueológicos, por lo que las futuras indagaciones, especialmente en el campo de la epigrafía, nos pueden deparar sorpresas, pero ya con lo que tenemos basta para dejarnos mudos.

25 Carmignac, Jean. *A l'écoute du Notre Père,* Paris, O.E.I.L., 1988. El autor señala para san Lucas un original griego, pero para san Mateo, sostiene una primera redacción en una lengua semítica: arameo o hebreo (pp. 6-12). Por otra parte, si bien Marcos no registra el *Pater Noster*, alude al mismo en 11, 25-26; esta presencia en los tres sinópticos lo lleva a imaginar una existencia recortada de la plegaria, anterior a la redacción de los mismos, incorporada con posterioridad a los Evangelios (idem, pp. 92-103).

Iconos

Gregorio III, Patriarca de los Católicos Greco-Melquitas

Patriarcado griego melquita católico de Antioquía
y todo Oriente de Alejandría y Jerusalén

Buscamos entender la espiritualidad y el símbolo del icono, su sentido teológico en la Iglesia. El icono es un vasto mundo de teología, de espiritualidad y de belleza; en efecto, el arte del icono es la teología de la belleza, y el icono es la teología en color. El icono es el resumen de la teología y de la historia de la salvación, de la economía de la salvación. Esta conferencia ha sido dada en Tierra Santa más de una vez, desde el 27 de noviembre de 1974, apenas arribado a Jerusalén, y después en el año 1976, y también en el convento del santísimo Salvador.

"Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos. Porque la Vida se hizo visible, y nosotros la vimos y somos testigos, y les anunciamos la Vida eterna, que existía junto al Padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes" (1 Juan 1, 2-3).

En este texto encontramos las primeras huellas del icono en la Palabra del Verbo, el Cristo encarnado. Es el Apóstol Juan, ya anciano pero aún bajo la impresión de aquella visión del Verbo, de la convivencia con el Verbo, de la comunión con Él, en el don de la vida. Revisa en esta Epístola la quintaesencia de su experiencia espiritual, que ha impregnado su personalidad humana con una impronta de la divinización (Θέωσις). Así aparece el Apóstol San Juan el Teólogo. Ha sido una experiencia espiritual profunda, en la cual han participado todos sus sentidos interiores y exteriores, sensibles y espirituales. Ha sido una experiencia-visión, porque no hay experiencia sin visión, y la visión es la introducción a la experiencia espiritual, como Jesús lo ha dicho a

los dos discípulos de San Juan Bautista que lo han seguido y Le han preguntado: "Maestro, ¿dónde vives?". Y les responde Jesús: "Vengan y lo verán" (Juan 1, 38-39).

La visión es el fundamento del icono junto a una experiencia espiritual que es, a su vez, la finalidad del icono. Es aquello que cantamos en el tropario de la Transfiguración: "Te has transfigurado sobre el monte, oh Cristo Dios, haciendo ver a tus discípulos tu gloria, en cuanto fueron capaces. Haz resplandecer también sobre nosotros pecadores tu eterna luz, por la intercesión de la Madre de Dios, oh dador de luz, gloria a Ti".

1. Definición del icono

"Icono" es una palabra griega que significa imagen, retrato, semejanza. Todas las formas latinas, árabes y de otra lengua de esta palabra son transcripciones de la forma griega. Semejanza: es natural que, cuando vemos una pintura, un retrato, súbitamente buscamos la semejanza de aquel rostro en la pintura con el original que representa. Es lo mismo con una fotografía. Las pinturas son logradas si, en el rostro representado en la pintura, hay una semejanza con el original. El éxito de una pintura es su fidelidad al original que representa.

En cuanto al arte y a la espiritualidad del icono, la pregunta es cuál sea la semejanza que el icono quiere representar delante de nuestros ojos. ¿Es una representación que tenga cualquier similitud con aquello que se busca pintar en el icono? La finalidad del icono, ¿sería mostrar las huellas de las diversas líneas del rostro de Jesús, de la Madre, de los Apóstoles y de los otros Santos, con exactitud y fidelidad, como si fuese hecha de la naturaleza humana? ¿Atiende el icono a las reglas de la biología? ¿Busca el icono reproducir y subrayar las partes del cuerpo de modo biológico, físico y científico?

Oriente es la cuna del icono y su verdadera patria de origen. Sin embargo, observamos un cierto "alejamiento" entre los orientales, muchos de los cuales han devenido casi extraños al icono; no ven más con placer un icono que muestra trazos duros en el rostro, pero les gustan en su lugar iconos bellos, dulces, con un poco de polvo y de rojo.

Aquella extrañeza en la consideración del icono clásico es el motivo por el cual, durante un cierto período, hubo un abajamiento del nivel

del icono, incluso en Rusia y en Grecia. Y es también éste el motivo por el cual, por la calle, en los negocios para los turistas, hay tantos iconos simples, dulcísimos, griegos y rusos, que son muy "a la moda" y han de alguna manera invadido muchas de nuestras iglesias, expulsando los verdaderos iconos. Observamos esta extrañeza, y al mismo tiempo la creciente presencia en el Occidente cristiano de iconos clásicos, mientras los hijos del Oriente adquieren iconos "bellos" y no quieren más los clásicos. Así se verifica el adagio según el cual la peregrinación cercana no puede curar, y aquel que dice que ninguno es profeta en su propia tierra, y también aquel según el cual la sabiduría es desconocida por los hijos.

Estas consideraciones nos inducen a dar respuesta a la pregunta que hemos expresado al inicio, esto es: si el icono es semejanza, ¿de qué semejanza se trata? ¿Y cuál similitud quiere subrayar el icono?

Para responder a estas preguntas, debemos sumergirnos en el corazón y en los flujos de la teología oriental, la cual es una teología bíblica, una teología de la Sagrada Escritura. La semejanza que el icono quiere subrayar la encontramos en el inicio del Evangelio de San Juan:

> Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. [...] De su plenitud, todos nosotros hemos participado y hemos recibido gracia sobre gracia: [...] Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el seno del Padre (Juan, 1, 14, 16 y 18).

Y San Pablo dice de Cristo:

> Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz (Filipenses 2, 6-8).

El icono es, pues, una tentativa de alcanzar aquella semejanza. Ella encarna la imagen del Verbo que "se hizo carne y viene a habitar en medio de nosotros", si bien permaneciendo imagen de Dios. El icono,

así, es la encarnación de la Encarnación y el lugar de la presencia del Dios encarnado. Es, pues, una mezcla de divinidad y de humanidad. Además, es como el misterio de la Encarnación, en la cual, como lo ha dicho el Concilio de Calcedonia, se realizó la unión de la divinidad y de la humanidad (Θεος και ανθρωπος).

Por ello no se puede ni se debe buscar en el icono trazos de Jesús-hombre, del Jesús biológico. Sin embargo se quiere que el icono sea en sí mismo un instrumento de la Encarnación, que se realiza en el tiempo y toma forma y color según la cultura de los diversos pueblos, pero haciendo siempre resplandecer la sustancia de la divinidad, su gloria, su luz y su esplendor. Así, podemos entender la gran majestad del icono de Cristo, su seriedad, su quietud, su ascetismo, su claridad, su profundidad, su sublimidad, pero también su carácter irreversible, incomprensible y no-accesible.

Tal análisis puede aplicarse al icono de Jesucristo. En cuanto a los iconos de la Santísima Virgen María y de los Santos, los iconógrafos han buscado, en aquellos iconos, expresar el fundamental pensamiento teológico oriental, esto es, aquello que los Santos Padres siempre han repetido: Dios se hizo hombre para que el hombre devenga Dios. Al respecto, quisiera citar lo que dice el escritor y sacerdote rumano Virgil Gheorghiu en las primeras páginas de su novela *La hora vigésimo quinta (La vingt-cinquième heure)*:

> Una fotografía, que es una imagen terrestre, también si es aquella de un Santo, no puede nunca servir de icono. Si un día se descubre la fotografía de un Santo, esa no podrá nunca ser puesta en el lugar del icono de aquel venerado Santo, porque la fotografía es la imagen exclusivamente terrestre del hombre. El icono, al contrario, es la imagen primordial e integral del hombre con todas sus dimensiones terrestres y celestiales.

Aquí está la tentación de buscar, en los iconos de los Santos, figuras bien determinadas, una biología, cuerpos bellos, con carne, huesos y nervios. El iconógrafo oriental, al contrario, quiere representar mayormente los cuerpos de los Santos divinizados por la gracia. Al respecto, podemos recordar aquello que dice la *Filocalia* de los Santos Padres a propósito de San Antonio, el gran monje del desierto egipcio, el cual, según los escritos de San Atanasio de Alejandría, estaba siempre alegre y luminoso, y sus compañeros monjes siempre veían, en el rostro

de Antonio, el rostro de Dios transfigurado. En el icono de los Santos esplende la imagen antigua que nos recuerda el libro del *Génesis* (1, 27): “Y Dios creó al hombre a su imagen”.

Así, la semejanza o bien la similitud que subrayan los iconos no es aquella del hombre terrestre, sino aquella del hombre divinizado, glorificado, del cual habla San Pablo en su primera Epístola a los Corintios (I Corintios 15, 42-44): “Lo mismo pasa con la resurrección de los muertos: se siembran cuerpos corruptibles y resucitarán incorruptibles; se siembran cuerpos humillados y resucitarán gloriosos; se siembran cuerpos débiles y resucitarán llenos de fuerza; se siembran cuerpos puramente naturales y resucitarán cuerpos espirituales. Porque hay un cuerpo puramente natural y hay también un cuerpo espiritual”.

Es así que se ve, para entender, a través de los símbolos, el sentido de transparencia de los iconos de los Santos, su forma oblonga y sutil, cubierta de hábitos muy amplios que niegan las apariencias de los cuerpos biológicos.

Aquello que decimos de los iconos y de su semejanza, de aquello que transmiten delante de los ojos de los fieles, es aquello que indican las plegarias litúrgicas greco-bizantinas. He aquí algunos extractos.

Lucernario de las Vísperas del Domingo de la Ortodoxia (primer domingo de la Cuaresma): “Tú que por tu divina naturaleza no puedes ser circunscripto, siéndote al final de los tiempos encarnado, oh Soberano, Tú te has dignado hacerte circunscripto: asumiendo en efecto la carne, has aceptado todas las propiedades. Nosotros en cambio pintando la figura que intenta representarte, rendimos homenaje a tal imagen en vista de aquel a quien remite, elevándonos al amor por Ti”.

Stikos de las Laudes del mismo domingo: “Exponiendo, oh Señor, tu efigie según la carne, nosotros la saludamos por aquello que representa, manifestando el gran misterio de tu economía: no es en apariencia, como dicen los adversarios de Dios, partidarios de Mani, a quien Tú te manifestaste, oh amigo de los hombres, pero en la realidad y en la naturaleza de la carne, para elevarlos, por medio de ella, al amor y a la divina pasión por Ti”.

Kontakion del mismo domingo: “El incircunscriptible Verbo del Padre, encarnándose en ti, Madre de Dios, ha estado circunscripto, y devuelta a la antigua forma la imagen desfigurada, la ha fusionado con la divina belleza. Nosotros, por lo tanto, proclamando la salvación, con hechos y palabras queremos describirla”.

Lucernario de las Vísperas de la Transfiguración (6 de agosto): "Transfigurado sobre un alto monte, oh Salvador, mientras estaban contigo los corifeos de los discípulos, gloriosamente has brillado, indicando que cuantos resplandecen por elevación de la virtud, también de la divina gloria serán hechos dignos".

En los cantos de las celebraciones del tiempo de Navidad, se repite el tema del restablecimiento de la primera belleza de la creatura, habiendo el nacimiento terrestre del Verbo levantado el icono que había caído (Paramonía de Navidad o de la Teofanía).

En los "Evloguitarias" del Orthros de los difuntos, cantamos: "Soy imagen de tu gloria inefable, aun si llevo los estigmas de la culpa. Oh Tú que un tiempo desde la nada me has plasmado, de tu imagen divina me has honrado, y después, por la transgresión del mandamiento, a la tierra de la cual fui hecho me has enviado nuevamente; elévame a tu semejanza, para que sea restablecida la belleza antigua".

De una oración de consagración de un icono de la Santísima Trinidad: "No solamente Te confesamos con nuestros labios como el único Dios que glorificamos, sino que también pintamos la imagen, no para hacernos un Dios, sino para que mirándola con nuestros ojos de carne podamos, con nuestra mirada espiritual, allí contemplarte, oh nuestro Dios, y que, venerándola, podamos glorificarte y exaltarte como nuestro Creador, Redentor y Santificador, y recordar tus innumerables beneficios, ya que la veneración de la imagen lleva a su prototipo".

De una oración para la consagración del icono de un Santo o bien de diversos Santos: "Señor, nuestros Dios, Tú que has creado al hombre a tu imagen y semejanza, y que, cuando se corrompió con la desobediencia del primer Adán, has renovado esta imagen haciéndola encontrar por el hombre por medio de la Encarnación de tu Cristo, tomando el aspecto de siervo, y así lo has llevado a su primera dignidad entre tus Santos, y nosotros, que piadosamente veneramos la imagen, en ellos honramos a aquellos que son tu imagen y semejanza; honrándolos, eres Tú, su prototipo, que veneramos y glorificamos".

De todo esto podemos concluir con la respuesta a la pregunta expresada al inicio de esta conferencia, esto es: ¿cuál es la similitud que el icono busca representar? Esta respuesta la sintetizamos con esta afirmación de los Santos Padres, ya citada más arriba: Dios se hizo hombre para que el hombre devenga Dios. El hombre santo es, a su vez, icono de Cristo, y así como Cristo ha devenido el icono del Padre, el hombre santo deviene, por su santidad, un icono.

La santidad, precisamente, no es otra cosa que volverse un icono –y esto vale para ti, para mí– y una transformación asemejándose a Dios en Cristo.

El arte del icono es la encarnación de esta riqueza espiritual y teológica de la cual se ha hablado más arriba.

2. El simbolismo del Icono

El icono es un símbolo. Es el misterio de la Encarnación pintado. En sí, el icono es un lenguaje, pero muchos, sobre todo en Oriente, no conocen mucho este lenguaje, ni sus principios fundamentales, su encanto y su belleza. En efecto, los expertos dicen: lo que se explica con la palabra, el icono lo demuestra con su silencio; agrego yo: y con sus símbolos.

Sin embargo, el lenguaje de los símbolos del icono es un lenguaje difícil. La visión del icono es una visión difícil. Y no puede entender nada del icono el que pasa delante del icono como si fuese un mero espectador, como si se encontrase delante de una pantalla de cine o bien de televisión, esperando ver un "show". Recuerdo, cuando estuve una vez en Berlín, había una muestra egipcia sobre Nefertiti, que había tenido un gran éxito de visitantes: mientas contemplaba a Nefertiti, apareció una señora con una cámara fotográfica que de repente dirigió hacia Nefertiti; pero un empleado del museo le dijo que no estaba permitido fotografiar, y aquella señora se fue rápidamente sin mirar a Nefertiti con sus propios ojos ni siquiera un instante.

Los iconos deben ser vistos con los ojos interiores, purificados por el agua de la meditación. La visión de los iconos ayuda a aquellos que los miran para alcanzar la meditación. Miramos los iconos en la meditación y nos llevan a la meditación.

Los Símbolos de los Iconos

Ahora, veamos velozmente algunos símbolos característicos de los iconos. Mejor, queremos meditar estos símbolos a través de algunos iconos. Quisiera insistir sobre la expresión "meditar", porque el icono es más que un símbolo. Es una presencia de aquello que simboliza,

una κοινονία, una participación, una comunión del objeto con quien mira el objeto. El icono, con sus símbolos, es el lugar de la experiencia espiritual que nace de una experiencia artística, estética. Sin embargo, es necesario no detenerse en la experiencia artística.

Los símbolos más conocidos son aquellos de los cuatro Evangelistas: el hombre para Mateo, el león para Marcos, el ángel para Lucas y el Águila para Juan.

Luego están alfa y omega, que simbolizan el principio y el fin.

La aureola dorada no es solamente un signo de que la persona representada es un Santo o bien una Santa; simboliza así la luz de la gracia, y por lo tanto la gloria de los Santos.

Las tres estrellas en los iconos de la Madre, sobre la frente y sobre los dos hombros, representan la virginidad antes, durante y después del nacimiento de Cristo; distinguen así a la Santísima Virgen de los otros Santos.

Los colores son otro aspecto de los símbolos. Generalmente, el rojo y el púrpura profundo simbolizan la gloria, mientras que el azul simboliza la humanidad y la materia, el oro indica la divinidad y el cielo espiritual, y el azul oscuro simboliza las tinieblas, etc. Tenemos así las dimensiones del icono, en el cual no vemos la profundidad ni el relieve. Esto se debe a la voluntad de hacer ver la transparencia del Santo, su elevación y su carácter espiritual.

Otro aspecto es el hecho de que, en los iconos bizantinos, no se encuentra Jesús niño, en pañales, sí, pero no niño, aun cuando es llevado en brazos por la Madre o San José; siempre está representado con más años, un niño-adulto. Esto quiere expresar y mostrar la divinidad de Jesús, aun cuando es niño. Es por esto que, en los himnos del tiempo de Navidad, cantamos “El niño recién nacido que ha aparecido, Dios antes de los siglos”. Este niño recién nacido es la nueva creatura.

En los iconos, el rostro es en general bastante serio, austero, con trazos muy duros. Esto es el monaquismo y el ascetismo del icono. La boca y los ojos son chicos.

Está también el largo. Desde los Romanos y los Griegos, la regla era que el rostro fuese representado en la misma escala del resto del cuerpo. Pero, en los iconos bizantinos, el cuerpo es más largo. Incluso en este caso, es para caracterizar la espiritualidad y la elevación. Los vestidos son amplios y largos, para esconder los aspectos físicos y biológicos de los cuerpos.

Todos estos aspectos, estas características y estos atributos del icono, tienen la finalidad de mostrar que el cuerpo está glorificado, que el hombre está divinizado, porque éste es el objeto de la Encarnación. Los movimientos de las manos, que están en relación con la cabeza, son la expresión del silencio interior del hombre.

El icono es el lugar y el centro de la luz, y en él no hay tinieblas. Irradia la luz, como indica el Evangelista San Juan en su primera Epístola (I Juan 1, 5):

“La noticia que hemos oído de él y que nosotros les anunciamos, es ésta: Dios es luz, y en él no hay tinieblas.”

Otro aspecto es aquello que yo llamo el icono-microfilm. Hay muchos iconos que representan las diversas etapas del misterio (Icono de Navidad), o bien el objetivo del icono (Cristo rodeado por los Profetas anunciantes del Mesías y de otras personas de la Sagrada Escritura), o bien la vida de los Santos (sobretodo de los más venerados, como San Nicolás o San Jorge), o bien el himno *Akathistos*, etc.

El icono de la Deisis –modelo del icono bizantino– es uno de los más bellos. Aquí es representado Jesús en el medio, acompañado de la Virgen y, generalmente, del Apóstol San Juan, estos dos en una actitud de oración, de petición, de intercesión.

Está también el icono del Encuentro.

Otro aspecto es aquel de las manos, generalmente cubiertas. En el icono del Bautismo de Jesús, es el signo del Espíritu, de la Revelación. A veces, es más fácil para el iconógrafo pintar las manos cubiertas.

Las costumbres y las tradiciones, sobre todo aquellas provenientes de los Evangelios apócrifos, han tenido influencia sobre los iconos.

Hay símbolos difíciles de entender, pero que son muy importantes para los santos iconos; son reflejos de usos del Antiguo Testamento y del Evangelio, y también de los Evangelios apócrifos, como los iconos del Nacimiento, de la Huida a Egipto, de la Presentación de la Virgen María en el Templo, de la vida de la Virgen, de la infancia de Jesús, etc.

Existen también, especialmente, los símbolos de los Profetas del Antiguo Testamento que se refieren a la vida de Jesús y de su Santísima Madre.

Conclusiones

He querido, con esta presentación, llevar alguna luz sobre los símbolos del icono. No soy un experto en los iconos y en su arte, pero amo el icono. En efecto, son pocos los verdaderos especialistas de los iconos, pero son muchas, en cambio, las personas que están interesadas en los iconos, porque están de moda. Pero aquello que es más importante es que son muchas las personas que aman los iconos, que aman el misterio nacido y esclarecido delante de sus ojos por los iconos.

Ojalá que aquellos que escuchan esta conferencia, o bien que lean su texto, puedan formar parte de aquellos que aman los iconos, partiendo de su fe en el misterio que el icono representa.

San Juan Damasceno dice, en su tratado sobre la fe ortodoxa, que el solo nombre de la Theotokos contiene todo el misterio de la economía de la salvación.

El icono, pues, es símbolo y presencia; es el lugar de la presencia divina. Es la visión del misterio nacido desde hace siglos, del misterio de la economía divina, que deviene una imagen en la persona de Jesús, la imagen de Dios Padre, que es la aureola de su gloria sobre esta tierra. El icono es una visión teológica, y por esto el icono es una invitación a la oración. El icono, en la Iglesia, es el símbolo de la presencia de Dios, como la lámpara delante del Santísimo Sacramento en la Iglesia latina. Entre nosotros, las lámparas son puestas delante de los iconos, son una invitación a participar de la vida de Dios.

Como en la iglesia, el icono en la casa del sacerdote o de los laicos es siempre la presencia de Dios. Los Eslavos tienen la costumbre de colocar un icono en un ángulo de la casa, que llaman "el rincón rojo", o bien la "esquina bella", porque es la esquina de la belleza; en efecto, el arte del icono, como dice el teólogo ruso Paul Evdokimov, es el arte de la belleza, la teología de la belleza. Estemos todos invitados a tener un icono en nuestra casa, y también en nuestra oficina, como símbolo de la presencia de Dios, para que podamos orar a través del icono y en torno al icono, para sentir que estamos en comunión con Cristo y con los Santos.

Los Santos son aquellos que han arribado a una perfección espiritual de tal modo que en ellos se ha hecho realidad la finalidad de la Encarnación, esto es que el hombre devenga Dios. Los Santos han devenido iconos, similares a Dios. Una de las características del icono es que

crea un vínculo entre su objeto, esto es el misterio de los Santos, con aquel que mira, que lo contempla, de modo que el icono deviene una gracia e introduce la vida de la gracia en el alma.

Como se ha dicho más arriba, el icono es una presencia, la presencia de Dios, una *teofanía*, también la presencia de los Santos (*haghiofania*), y es por esto que es capaz de crear, en la persona que lo mira y lo medita, una atmósfera de oración-diálogo, de oración-presencia.

Antes de finalizar, una pequeña historia. Se dice que Bernadette Soubiroux, la vidente de Lourdes, cuando se le pidió que eligiera, en un álbum de fotografías de iconos de la Virgen aquella que sería la más similar a aquella que había visto en la gruta de Massabielle, indicó un icono bizantino del siglo XI, representando la Virgen con el Hijo en brazos.

En los tiempos del Antiguo Testamento estaba prohibido pintar imágenes de personas. Aquella prohibición ha permanecido en el judaísmo y en el Islam. El icono, como he dicho más arriba, está fundado sobre el misterio de la Encarnación y sobre la fe en Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre. Es la imagen del Padre en su esplendor. Si nuestra fe en Jesús Salvador y encarnado es débil, no hay lugar para el icono en nuestra vida y en nuestra espiritualidad. Solamente en el cristianismo es posible encontrar un lugar para el icono, porque nuestra religión está fundada sobre el misterio de la Encarnación del Verbo y en la persona de Jesucristo, primer y último icono (alfa y omega), a través del cual podemos ascender hacia Jesús y su Pasión.

Mi deseo, para todos nosotros, es que podamos verdaderamente dar en nuestra vida un lugar a Jesús encarnado, un lugar preferencial, y también un lugar para el icono de la belleza y de la luz; que podamos devenir nosotros mismos iconos, mediante la gracia y la acción fundada sobre el Evangelio, iconos vivientes, que irradian la luz y la vida de Jesús.

Al final de la Divina Liturgia, cantamos: “Hemos visto la verdadera luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe, adorando la Trinidad indivisible, porque Ella nos ha salvado”.

Quiero también citar de nuevo el tropario de la fiesta de la Transfiguración: “Te has transfigurado sobre el monte, oh Cristo Dios, haciendo ver a tus Discípulos tu gloria, en cuanto fueron capaces. Haz resplandecer también sobre nosotros pecadores tu eterna luz, por la intercesión de la Madre de Dios, oh Dador de luz, gloria a Ti”.

Quisiera agregar un apéndice. Los iconógrafos son generalmente monjes. Todos los monjes y los sacerdotes son llamados a pintar los iconos de Jesús en las almas confiadas a su cuidado pastoral. Son llamados a ayudar a sus fieles a pintar el icono de Jesús en su alma. El monje, en su monasterio, en la iglesia, en su celda, y el sacerdote en la iglesia en que actúa, en todas las etapas de su vida, deben vivir en una atmósfera iconográfica. Esta espiritualidad iconográfica la he descubierto en nuestra catedral de Jerusalén, llena de bellísimos iconos rumanos que transmiten un mensaje espiritual. La he comentado a miles de peregrinos, siempre conmovidos por esta belleza del icono, y espero que el icono pueda ser una escalera que nos ayude a ascender hacia la gloria del Dios uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El icono es la teología de la belleza. Todos somos llamados a la belleza. Ninguno tiene el derecho de ser malo. El icono es el lugar del cumplimiento del misterio de la Redención y de la salvación, de la economía divina salvífica. Todos –religiosos, sacerdotes y laicos– somos llamados a devenir santos, esto es a preservar el icono en su belleza y a reasumir su belleza original; todos somos llamados a devenir iconos.

Esto quiere decir que debemos restaurar la belleza del icono según el modelo de Aquel que nos ha creado a su semejanza, y esto en la ascesis, la virtud y la búsqueda de la santidad. El religioso, la religiosa, y también el laico, deben estar dispuestos a pintar un icono, un icono bello, espléndido, un icono de Cristo, de su Madre, de los santos, el icono de nuestra alma, según la semejanza del Creador, dejando al Espíritu Santo Él mismo pintar aquel icono en nosotros.

Damasco, diciembre de 2010

El auténtico significado de la embestida contra el Crucifijo

Juan Carlos Monedero (h)

> *Su memoria está por doquier. En las paredes de las iglesias y de las escuelas, en las cimas de los campanarios y de los montes, en las ermitas de los caminos, a la cabecera de las camas y sobre las tumbas, millones de cruces recuerdan la muerte del Crucificado.*
>
> *César ha dado, en sus tiempos, más ruido que Jesús, y Platón enseñaba más ciencias que Cristo. Todavía se habla del primero y del segundo; pero ¿quién se acalora por César o contra César? Y ¿dónde están hoy los platonistas o los antiplatonistas? Cristo, por el contrario, está siempre vivo entre nosotros. Hay todavía quien le ama y quien le odia. Hay una pasión por la Pasión de Cristo y otra por su destrucción. Y el encarnizamiento de tantos contra Él dice que no está todavía muerto. Los mismos que se esfuerzan en negar su existencia y su doctrina se pasan la vida recordando su nombre.*
>
> Giovanni Papini

Cuando Plutarco Calles levantó triunfante su copa, exclamando que la guerra desatada contra la Iglesia *ya llevaba dos mil años*, el desdichado no tenía idea de lo importante que serían sus palabras para recordarles a los católicos –cuando ellos lo olvidaran– la sentencia de Job: la vida sobre la tierra no puede ser sino milicia.

Lo que ayer fue amenaza, leído hoy consuela sobrenaturalmente a los que observan perplejos cómo los referentes religiosos optan sistemáticamente por la omisión de toda hipótesis de conflicto cuando las cuestiones de la fe y las públicas comienzan a rozarse, tal como está ocurriendo a propósito del debate en torno a los símbolos religiosos en

los espacios públicos, concretamente el crucifijo. Tanto la frase de Calles como las palabras de Voltaire –que pronosticó la muerte de la Iglesia– desempolvan en el momento actual viejas verdades, que de tan olvidadas que estaban parecen nuevas.

El odio al crucifijo nos recuerda la guerra al Crucificado.

* * *

Los mencionados proyectos provenientes de Europa han sido objeto de distintas declaraciones; también en nuestro país algunas figuras se pronunciaron. No es sorpresa observar –en uno y en otro territorio– a las fuerzas socialistas, socialdemócratas y liberales unidas en pos de un mismo objetivo: la erradicación del crucifijo. La misma liga de ateos racionalistas del viejo continente impulsa esta medida. Si todas estas fuerzas combaten al catolicismo, éste a su turno condenó sus principios, ideología, praxis, sus innumerables crímenes, sus bajezas conocidas, su moral acomodaticia, su ambición desordenada.

El proyecto abreva en el espíritu laicista: la pretensión moderna de separar (no sólo distinguir) lo sobrenatural de la naturaleza, relegando lo primero al ámbito privado y subjetivo, mientras que lo segundo sería el ámbito de *las cosas como son,* independiente de las "respetables" pero, al fin de cuentas, íntimas y subjetivas creencias. Así definida, la religión –siempre y cuando se guarde de trascender esas fronteras– no sería criticable.

Pero los crucifijos están en zonas públicas. De esta suerte, el laicismo –luego de pretender destronar a Cristo como Rey de las sociedades– busca eliminar los vestigios de un Orden Social que fue cristiano. Si este proceso pasó, entre otros momentos, por la supresión los nombres cristianos tales como *María, Bautista, José, Trinidad, Isabel, Magdalena* (como lo admitieron anarquistas y comunistas), hoy el movimiento de "desmitificación" de la realidad encuentra nuevos adversarios.

Quienes profesan las ideologías mencionadas se atribuyen una autoridad para "fiscalizar la realidad", criticando sobre lo criticado y objetando todo aquello que remita a una "realidad problemática", cuya existencia se permiten dudar o negar. Según ellos, la humanidad habría sido víctima fatal de las alienaciones religiosas, de superestructuras de dominación ancladas en la fe; pero esta esclavizante superstición –por suerte– encontraría su freno gracias a ese *quitar la máscara,* pro-

pio de las directivas laicistas. De ahí que todos los signos que remitan a lo religioso, que religuen con lo Absoluto, sean vistos como una amenaza.

Corrijamos: no sólo son vistos.

Lo son, realmente.

Son una amenaza para los que pretenden silenciar el Nombre del Salvador; son un índice admonitor que señala inequívocamente una culpa; son testimonio de una Ciudad Católica que adoptó la fe no por casualidad sino por convicción. Cada signo, cada palabra, cada nombre cristiano, cada crucifijo, es un rugido de la memoria. Un testigo insobornable.

Podemos comparar este nerviosismo ante los crucifijos con la actitud de quien pretende borrar las huellas de su propio crimen. Así como el asesino suele volver a la escena para eliminar cualquier indicio, pista, señal que pudiese denotar su presencia y acción, los que han eliminado a Dios de la conciencia –o quieren creer haberlo hecho– necesitan ahondar en este deicidio. A tal fin, pretenden borrar todo vestigio, toda huella, toda sugerencia que pudiera mover a cualquiera a pensar en Aquél, más íntimo a nosotros que nosotros mismos.

Nos dimos cuenta de lo que significa el crucifijo cuando lo pretendieron quitar.

* * *

Este error del laicismo y sus secuaces conserva, a pesar de todo, su propia lógica: un estado laico –neutro en materia religiosa, escéptico o deísta respecto a la existencia de Dios; en la práctica ateo, ciertamente– no puede tolerar los símbolos religiosos. Son contradictorios con su esencia. Y por ello tiene lugar la *intolerancia* laicista. Y al señalarla no estamos –como quizá alguno pudiera pensar– pronunciado una descalificación. Porque esta intolerancia es un efecto inevitable de haber percibido dos contradictorios: el relativismo –camaleónico por definición– y la cosmovisión católica, defensora de lo inalterable.

La intransigencia señalada es consecuencia de la percepción de una suprema evidencia: entre el símbolo del Dios que no cambia, por un lado, y la Ciudad Plural, Democrática, Escéptica y Relativista contemporánea, por otro, no puede haber convivencia posible.

Que no nos duela decirlo: tienen razón. Cristo no puede coexistir con la filosofía del cambio por el cambio, propia de la polis contemporánea. He aquí una premisa inicial –y compartida con nuestros adversarios– pero cuya conclusión no debiera llevarnos a retirar el crucifijo, sino a mandar directamente al retrete esa mentalidad relativista y su ordenamiento político.

Debido a esta irreductibilidad en el origen, a esta incompatibilidad inicial y radical, resultan endebles ciertas reacciones ante este proyecto, puesto que siguen discutiendo dentro de un margen signado por la misma mentalidad a la que supuestamente deberían enfrentarse. La Comisión Permanente del Episcopado español emitió una *Declaración sobre la exposición de símbolos religiosos cristianos en Europa* [1], en la cual afirma:

> [...] la presencia de símbolos religiosos cristianos en los ámbitos públicos, en particular la presencia de la cruz, refleja el sentimiento religioso de los cristianos de todas las confesiones.

Son varias las observaciones que podrían hacerse. Leemos que el crucifijo –entre *otros* símbolos– tiene que estar presente en lo público debido a motivos sentimentales, subjetivos. No ciertamente por un derecho real de Cristo a encabezar la sociedad, en tanto Rey de las naciones. Veamos: ¿A qué cosmovisión obedece tal afirmación? Ciertamente, a la relativista. Ahora bien, ¿no cabe acaso una réplica? ¿Por qué no aceptar entonces la posibilidad que los laicistas quieran eliminar el crucifijo *también* por alegadas cuestiones sentimentales? ¿Habría forma alguna de medir qué sentimiento prima sobre otro? Por lo demás, la frase desliza la igualación de los cristianos no católicos con los católicos, olvidando que el protestantismo tuvo su origen histórico en un pecado contra la fe, llamado herejía.

El crucifijo no es –como continúa diciendo la declaración– "expresión de una tradición a la que todos reconocen un gran valor y un gran papel catalizador en el diálogo entre personas de buena voluntad". Su carácter simbólico excede y trasciende una cuestión sociológica, para enmarcarse en un significado propiamente religioso. Simboliza al Redentor del hombre, que convirtió al madero de tormento en madero de

1 http://www.conferenciaepiscopal.es/actividades/2010/junio_24.html

salvación. La Cruz simboliza la oposición inflexible entre Dios y el mundo que lo ha crucificado. Por eso la maldice el judío retratado por José María Pemán[2]:

> Maldita porque el cruce de tus rayas
> es el punto sin forma: pura idea
> sin carne, ni materia, ni medida;
> centella del espíritu
> que se me escurre, como un pez, por entre
> mis dedos temblorosos de poder.

Por eso, ni *todos* le reconocen un gran valor, ni ha tenido el papel de *catalizador en el diálogo*: no es el instrumento bonachón que permite a dos buenazos tomar juntos un café y discutir algunas ideas sin matarse. Como lo ha profetizado Simeón, Cristo –que luego del Viernes Santo ya es indivisible de la Cruz– es signo de contradicción. Por eso se permitió decir: "Yo no he venido a traer la paz, sino la espada".

La declaración continúa alegando que los símbolos religiosos que se pretende retirar han sido la fuente de la ética y del derecho, "fecundas en el reconocimiento, la promoción y la tutela de la dignidad de la persona".

Curiosamente, este argumento se esgrime frente a liberales, socialdemócratas y socialistas, los cuales sólo ven en el hombre una *pasión inútil*, cuando no lo reducen a un bípedo que ingiere hidratos de carbono sin olvidar que también puede ser visto como un puro animal capaz de realizar cálculos racionales o –¿qué lo impide?– el resultado azaroso de una evolución seleccionada sin seleccionador. Entonces, cuando pronunciamos la palabra *persona,* ¿pensamos en las mismas cosas? ¿Basta la unidad de la palabra para que estemos hablando de la misma realidad? Pero entonces, ¿de qué sirve *promover* la dignidad de la persona si *aquello que se promueve* no es lo mismo?

* * *

¿Cuál es el significado de la embestida laicista contra el crucifijo? Creemos que la clave se halla aquí: el laicismo no quiere quitar el cru-

2 "La maldición de la cruz", en *Poesía. Antología (1917 a 1941),* Escelicer, Buenos Aires, 1941, pp.189-191.

cifijo porque no haya sido esencial "en la cultura y tradición europea", ni porque impida "el altruismo y la generosidad" o porque violente la "libertad religiosa" de otros.

No, no, no. Aquí los laicistas tienen razón. Interesa quitar el crucifijo no a pesar de lo que significa, sino por todo lo que significa.

No les interesa como expresión anecdótica de una respetable pero perimida cultura cristiana; les interesa en cuanto puede suscitar en el siglo XXI las gestas del XI, cuando los hombres guerreaban por las más altas causas y no –como hoy– por el petróleo en Medio Oriente. Importa el crucifijo en tanto reflejo de la consigna constantina: *In hoc signo vinces*. La imitación de tales ejemplos, hoy día, sería objeto de nerviosismo. Imaginemos una presencia que proclama objetividad en un mundo signado por el subjetivismo, una convicción férrea en un mundo donde todo se negocia, un lenguaje claro e inequívoco en un espacio donde éste servía únicamente para construir "efectos de verdad", unido indisolublemente al consenso. Habría motivos para preocuparse.

Aclarémoslo una vez más: no les interesan los "sentimientos" que subjetiva, parcial y relativamente pueda causar el crucifijo. Importa en tanto vehículo y emisario de realidades, no de interpretaciones. No hace levantar la guardia en virtud de su valor subjetivo, sino a causa de su potencia objetiva. El crucifijo los acosa debido a su carácter testimonial, porque las palabras que el Crucificado pronunció le valieron la muerte tanto a Él como a los millones de mártires que desde hace 2000 años las vienen repitiendo.

A los escépticos, relativistas y democráticos –entonces– les inquieta la presencia de un símbolo que remita a una Verdad inflexible, que ni todas las lucubraciones ideológicas podrán tumbar. Una caridad sobrenatural, llena de ardor, celo y santa cólera –no una solidaridad mundana– es aquello que les quita el sueño. Una caridad que ve en el crucifijo el símbolo de lo inalterable.

Les aterra el testimonio de lo que no muta en un mundo que cambia constantemente. Por eso quieren quitar el crucifijo.

> Maldita tú la Cruz porque tú tienes
> la esbeltez de los álamos junto a la paz del río
> en el amanecer.
>
> Maldita tú porque eres
> recta y sin curva como la Verdad.

Los laicistas no pueden ser entendidos por aquellos que, pretendiendo contradecirlos, incurren en contradicción. Porque el planteo contrario al crucifijo es lógico: monstruosamente lógico. No hay diferencia entre conceder el principio del Estado Laico, negando sus consecuencias, a enfrentar un tiburón con una pistola de agua: todo lo que podamos decir cae dentro de sus postulados en calidad de consecuencia derivada. Lo más que podremos hacer es *demorar* el mal. Pero dentro del esquema laicista no es un mal –sólo *fuera* puede serlo– sino una posibilidad lógica en concordancia con la premisa inicial.

¿Por qué es malo algo incluido en un principio que libremente acepto? Si la consecuencia no deseada está ligada al principio, ¿por qué no niego el principio? Pero si consiento el principio laicista, ¿por qué es mala la conclusión que se deriva lógicamente de él?

* * *

Para oponerse a esta embestida laicista contra el crucifijo, es necesario comprenderla. Todo esto se trata de la Revolución Permanente. Como han explicado autores como Chesterton, Hello, Pascal –entre otros– presenciamos la locura del hombre abandonado a la sola razón, divorciado a priori de la fe, que naufraga en el mundo como nadando con un solo brazo. Asistimos a la desvergonzada demencia del idólatra de la crítica, quien hincando su rodilla ofrece sus sacrificios.

Tal tipo de hombre es víctima de los criterios modernos, según los cuales el objeto de conocimiento no importa tanto como su certeza. Por eso exige que todo dato –antes de ser admitido– pase por su aduana fiscalizadora criticista. Anhela que toda verdad se prosterne ante su ambición de juzgarlo todo. Demanda que las cosas sean deglutidas por esa razón golosa que, víctima de la sofística, reclama que absolutamente todo sea probado antes de ser aceptado.

> Por una demencia inconcebible y por una aberración inexplicable, el hombre, hechura de Dios, cita ante su tribunal al mismo Dios, que le da el tribunal en que se asienta, la razón con que le ha de juzgar y hasta la voz con que le llama.

La actitud de estos hombres es la de juzgar la verdad con su razón, en lugar de someter dócilmente su razón a la verdad. Su único modelo

de racionalidad se halla reducido a técnica y praxis, refractarias de la sana filosofía y de la verdadera fe, incapaz de dirigirse a ellas sin sospechas –ya en su faz marxista, ya en su faz psicoanalítica y siempre en su faz psicótica. Una razón que ha construido en su solitaria factoría un discurso que vive de volver odiosas todas las cosas buenas. Esta razón adulterada no puede sino pronunciar sucias palabras respecto de Dios:

> Y las blasfemias llaman a otras blasfemias, como el abismo a otro abismo; la blasfemia que le emplaza va a parar a la blasfemia que le condena o a la blasfemia que le absuelve. Absuélvale o condénele, el hombre que en vez de adorarle le juzga, es blasfemo [3].

El laicismo acaba siendo una ideología de víctimas y victimarios destinados al manicomio: padecen la asfixia del que se niega por principio a la acción santificadora de lo sobrenatural, del que se cierra a la sola posibilidad de la gracia, del que se amputa el oído, *principio de la fe*; del que castra su deseo inagotable de lo Absoluto.

Pero quitado lo sobrenatural –al decir de Chesterton– la naturaleza misma queda también herida, tambaleante. Por eso vemos que los hijos de aquellos que empezaron negando la Revelación en pro de "la racionalidad", hoy descienden vertiginosamente hacia tesis cada vez más irracionales. Por eso deifican ese derecho egoísta, infértil, estéril y narcisista a la duda y a la crítica de todo.

Hay en ellos como una oscura e irracional *fe* en la nada. Encontrarían la salud si aceptaran, humildemente, que ni todo puede ser probado, ni hay necesidad de ello: "es imposible comprobarlo todo", dice Aristóteles desde las páginas de la *Metafísica,* puesto que para ello sería necesario caminar hacia el infinito. Aquella pretensión es fruto del orgullo. Que "hay" una verdad es evidente: negándola, la afirmamos. Pero esta afirmación no debe ser juzgada, sino que debe convertirse en la base, el cimiento, para poder juzgar:

> La inteligencia, como presencia de la verdad en la mente, está siempre en la verdad; mi mente y toda mente humana, en este sentido, es como una *libre prisionera* de la verdad. Aunque quisiera deshacerse

3 Donoso Cortés, *Ensayo sobre Catolicismo, liberalismo y socialismo,* en *Obras escogidas,* Poblet, Buenos Aires, 1943, pp.574-575.

de ella, llevada por un odio a la verdad, no podría hacerlo: la verdad habita en nosotros y al hacerlo está en su propia casa [4].

Por eso concluye Sciacca:

> Es evidente que no hay juicio con el que pueda destruirse la verdad: ¡aún queriéndolo, no podría destruirse la verdad del juicio con el que se pretendiera destruirla! No puedo destruir mi *mente* (no puedo anular en mí al *hombre profundo*), aun cuando puedo destruir mi razón: no destruyen el profundo espíritu ni la locura, ni la demencia, ni la violencia desatada de las pasiones, aun cuando sacudan o anonaden mi razón. Mi yo profundo, perenne, inmortal –como la verdad, perenne, eterna– no es el yo *racional* propiamente dicho, sino el yo *inteligente*, que está más allá de la razón y por lo mismo más allá de la ciencia, de la locura y de la muerte [5].

No es la batalla entre la razón y la fe ni entre la racionalidad y la religión. Es la batalla entre dos modos distintos de *confiar:* los que apuestan a la nada y los que apuestan a la verdad. Por eso dice el precitado Donoso Cortés: "el hombre vive siempre sujeto a la fe [...] cuando parece que deja la fe por su propia razón, no hace más sino dejar la fe de lo que es divinamente misterioso por la fe de lo que es misteriosamente absurdo"[6].

¿Acaso no asistimos a esta borrachera de lo absurdo, de lo irracional? ¿Derechos de los animales? ¿Maestros que no enseñan? ¿Alumnos que no aprenden? ¿Cultura de lo feo, de la náusea, de lo marginal? ¿Matrimonio entre dos varones? ¿Derecho al filicidio? ¿Varones que quieren ser mujeres? ¿Mujeres que quieren ser varones? ¿Delincuentes sin castigos? ¿Fuerzas del orden que no ponen orden? ¿Padres que no quieren tener hijos? ¿Sacerdotes que desean tenerlos? ¿Dónde está lo ridículo, lo disparatado? ¡Qué proféticas resultan las palabras de Chesterton!:

> en la acción de destruir la idea de la autoridad divina, hemos destruido sobradamente la idea de esa autoridad humana [...] Con un rudo y

4 Sciacca, Federico Michele. *La existencia de Dios*, Richardet, Tucumán, 1955, p.65.
5 Idem, p.66.
6 Donoso Cortés, *Ensayo sobre…*, *idem,* p. 817.

> sostenido tiroteo, hemos querido quitar la mitra al hombre pontificio, y junto con la mitra le arrebatamos la cabeza [7].

* * *

Coinciden los demonólogos en señalar como indicio probable de infestación demoníaca la aversión a lo sagrado, sobre todo al crucifijo.

En un mundo que se ha enfriado para todo, el repentino e imprevisto rechazo hacia el símbolo de la Cruz señala una tremenda potencia que anida en el corazón del hombre, por más anestesiada de bienestar que se la suponga: el odio. Y ese odio es un timbre de alerta para los que reconocemos en el crucifijo la salvación del mundo. El odio a Cristo nos recuerda la guerra contra Cristo. Y la guerra contra Él nos recuerda la guerra por Él. Si la civilización actual se encuentra bajo los signos de la posesión demoníaca, mal puede expulsarse al Adversario que ha tomado posesión de ella en nombre de tradiciones históricas y culturales, mayorías accidentales, tratados internacionales u otros débiles argumentos. Sólo en Nombre de Dios es posible ejecutar el exorcismo.

7 Chesterton, *Ortodoxia*, Excelsa, Buenos Aires, 1943, p.55.

Luis Alberto de Herrera, hidalgo y caudillo

Luis Alfredo Andregnette Capurro

Decía el gran Thomas Carlyle que "los grandes hombres del pasado nos llaman afectuosamente". Ese requerimiento fue el que sentimos arder en nuestro corazón para bucear en las enseñanzas que en el impreso y el accionar nos dejara la juvenil longevidad de Luis Alberto de Herrera. El objetivo que nos propusimos posee un ancho campo para los que amamos la historia y porque no somos ni archivistas ni hurgadores rogamos a Dios Nuestro Señor nos concediera, por unos minutos, detener la segunda muerte del pasado. Pero cuidado, esto no al modo de los embalsamadores, sino para asir las amarras que componen la santa tradición y atisbar el futuro. Con estas frases resumimos lo que nos mueve a valorar a Luis Alberto de Herrera como figura rioplatense e hispanoamericana. Hoy, cuando la Patria Grande Rioplatense parece hundirse en la negación inmanentista gramsciana se hace necesario volver al Gran Señor que vivió en guerra con el nihilismo enemigo natural de nuestra alma dinástico-histórica.

La vida física de Don Luis Alberto se desarrolló entre el 22 de julio de 1873 y el 8 de abril de 1959. Sumaron sesenta y cinco años de actividad como periodista, ensayista, historiador, político, diplomático. Su enemigo fue, como se ha dicho, todo lo disolvente. Así, las modas, como las ideas perversas, las costumbres y los fariseos que, al decir de Eduardo Víctor Haedo: "como buen hidalgo español después que vencía los olvidaba".

De sus antepasados y niñez escribió en el primer tomo de la Edición Homenaje titulado *Sin nombre*: "En estos países todo es nuevo y todos somos de ayer. La mejor genealogía es la de la conducta. Así tomamos la pregunta, mejor contestada en el libro de Azarola Gil, *Veinte estirpes del Río de la Plata*. De todas maneras no podemos dejar de

exponer al lector algunas expresiones nacidas de su pluma: "Por padre, abuelo el coronel Luis de Herrera, Ministro de Guerra, Oficial de la escolta de Alvear en Ituzaingó, participa con Rivera en la Conquista de las Misiones Orientales, antes en Ombú y Camacuá. Senador, mue-re expatriado". "Fue su padre [mi bisabuelo] Luis de Herrera, argentino trasladado a Montevideo como funcionario de la Real Hacienda. Fue su madre [mi bisabuela] Gervasia Basabilbaso, argentina, hija del primer Director de Correos de Buenos Aires. [...] Mis tíos, Alfredo, educado en París, luchador, industrial, muy criollo, vivió en el campo. Mi otro tío, Luis Pedro, ultimado malamente por los sublevados del general César Díaz, a los 26 años. Dispersos sus soldados quedó solo con su asistente, siendo degollados sin rendirse. Por él me pusieron Luis".

Mi madre, Manuela Quevedo y Alsina. De padre argentino y madre Oriental. Ella nos imprimió su sello. Era señora de su casa atenta, siempre y sobre todo, a la devoción familiar. Cordial y sonriente en lo externo, era inflexible en el abono de una conducta regida por una inconmovible religiosidad. Cuando chico me estaba impuesto leer antes de dormirme una parábola de los Evangelios… Ciertamente entonces no comprendía su profundidad, pero aquella fue piedra –de la buena– echada a carradas en los cimientos […] Era mi padre, grave, callado, parecía siempre abstraído. Yo le tenía un respeto idolátrico que lo colocaba en un plano superior al modo de los españoles". "Físicamente un noble ejemplo humano. También así en lo espiritual. Repudio instintivo a las cosas inferiores. Orgánicamente austero. Sin empaque, sin arrogancia, sin embargo su presencia llamaba a preguntar: ¿Quién es? Parecía que naturalmente sólo se le podía decir «Don Juan José»".

Los que conocimos a Herrera podemos dar fe que en nada faltaron a la verdad quienes hablaron de una personalidad con elementos altamente atractivos. Alto y recto como una lanza. Aguileña la nariz luciendo un impecable y recortado bigote blanco. Unos ojos fulgurantes que podían sonreír o ser muy duros. Se comprendía su ascendiente al observar esa mirada que podía asomarse al alma de los demás. Humor a flor de labios, con una picardía criolla con la que amenizaba la conversación haciéndola muy agradable.

Quien esto escribe lo recordará siempre con el gesto amplio y reposado. Parecíame, en mis veinte y pocos años, estar delante del mismísimo Alonso Quijano por la firmeza y decisión con que planteaba la estrategia para la victoria de los altos ideales. Concebía la Patria con las pautas clásicas. Comunidad Organizada y aliento telúrico. Legado

de los muertos, en comunión con las generaciones del presente. Desconfianza en las corrientes de los recién llegados porque pudieran torcer la forja. Respecto a esto doctrinó con acerada firmeza: "Me refugio en mi raza, yo no tengo interés en que vengan otras aunque sean muy adelantadas a imponerse como cuerpo con plan ulterior –cuanto más plutocráticas más temibles– en el campo de nuestros sentimientos, de nuestros afectos que queremos sean inextinguibles, castizos, que no pierdan su profunda huella". En alguna oportunidad al llegar, en horas de la mañana, a la Quinta, se nos daba licencia para invadir la intimidad de la casa y subir los veinticinco escalones de la planta baja al primer piso donde, en su habitación, el Caudillo leía. Bien pronto, llegando al dormitorio, se echaba de ver una franciscana cama de hierro entre dos mesillas de noche cargadas de libros. Entonando con el austero lugar, y colgadas en las paredes, las bendiciones de Benedicto XV, Pío XI y Pío XII. Al lado de ellas la oración "Señor, hazme instrumento de tu Paz". Con su cordial recibimiento de "siéntese amigazo" y su conversación sobre algún tema histórico que estaba releyendo pude redondear mi convicción de estar identificado con la divisa Blanca. Aquella que, en sentido de antipartido, el Presidente General Manuel Oribe y Viana dispuso, en agosto de 1836, la llevasen las Fuerzas Armadas y los funcionarios del Estado como Símbolo de Unidad ante la anarquía convocada por los cipayos de casa. Sin duda hubo en la elección de este distintivo, por parte de quien llevaba por línea materna sangre del Cid Campeador, una definición tradicionalista que brotaba de los manaderos de la raza. Por ello con el correr de las décadas he advertido la pureza que surge de su blancura con tonalidades de Carlismo Defensor de Fueros. Entrañas que nos conducen hasta la Verdad que Donoso Cortés resumió para los siglos: "todo planteo político tiene debajo una posición teológica" Desde aquellos lejanos días pues, ser Blanco fue y deberá seguir siendo rechazar el ateísmo, el liberalismo con el marxismo, repudiando la servidumbre a intereses inconfesables.

Las patriadas de Aparicio Saravia tuvieron al joven Luis Alberto como combatiente. Primero en 1897 y nuevamente en 1904, cuando renunció a su cargo de Secretario de la Embajada Oriental en Washington para ponerse el poncho patrio, calzar la bota militar y empuñar el sable, la tacuara o el máuser junto al Caudillo gaucho cuyo retrato y definición nos dejara Manuel Gálvez en la magnífica biografía que dedicara a Luis Alberto de Herrera. Llegados a este punto conviene una atenta consideración de nuestra historia en el filo del siglo XX. En la base, una dicotomía entre ciudad y campo. Las facciones políticas (no

deberíamos llamarlas "partidos" pero lo vamos a hacer para una mejor comprensión) sufren una ruptura lenta pero profunda. El Partido Colorado originalmente de Fructuoso Rivera y luego de Venancio Flores acusa y acelera un cambio hacia la disolución de su estructura tradicional. Sus nuevos prohombres se habían formado en las abstracciones del racionalismo y estaban embebidos del delirio liberal positivista tan en boga en las últimas décadas del siglo XIX.

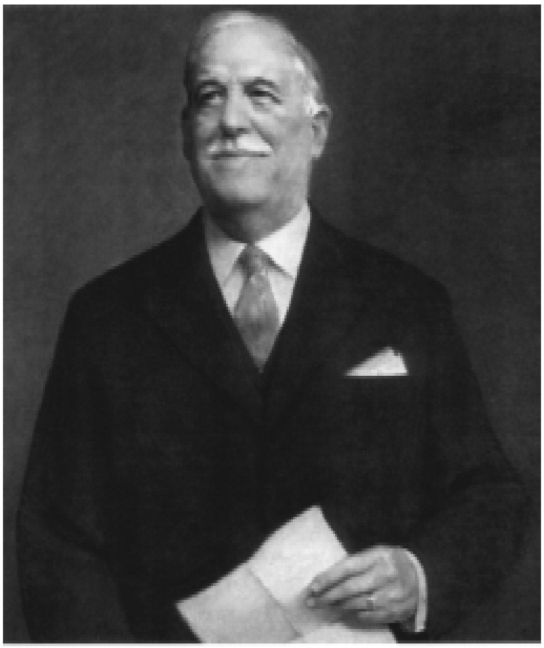
Ya era la agrupación política de la ciudad. La fracción blanca, como dijimos anteriormente, surgida como antipartido en tiempos de Oribe se la reorganiza como Partido Nacional en 1872 enfrentándose a los tradicionalistas que no querían olvidar a Oribe y Rosas. Esta es una de las razones del cambio de nombre que lleva adelante el elemento doctoral principista. Y lo reafirmarán el 5 de junio de 1872: "El Partido Nacional seguirá llamándose así a despecho de los que quieren encontrar Blancos donde no hay más que nacionalistas". Desde esta perspectiva se comprende que la llamada dirigencia nacionalista poco podía disentir en punto a lo doctrinario de sus congéneres del coloradismo en el gobierno. Se sentirían incómodos y hasta indignados por la falta de transparencia electoral, pero estaban conformes con los mecanismos organizativos del país. Cuando la dirigencia "nacionalista" viajaba al interior a entrevistarse con el General Saravia en pocas horas se desplazaba entre el naciente siglo XX y los tiempos medievales. Dos mundos difíciles de conciliar, sus visiones e intereses eran absolutamente opuestos. En la campaña Oriental, como en toda nuestra América rural, la presencia hispánica había dejado una concepción política de fundamentos medievales. La manera de concebir la vida incluía una alta valoración de los fueros que amparaban los estamentos y cuerpos sociales cuya consecuencia era el frecuente enfrentamiento con el poder central absolutista. Con justeza, un estudioso de estos temas, a quien atendemos con respeto, el Capitán de Fragata (RE) don Juan José Mazzeo Rocha, lo señala con claridad. Escuchémosle: "pensar que la paisanada vivía en un orden de cosas compatible con la democracia liberal y sus prácticas, es un error histórico si se lo piensa, y una mentira lisa y llana si se lo enseña. El campo no era una escuela de principios democráticos. Sus habitantes poco podían compartir las preocupaciones de los señores ilustrados con visos masónicos simplemente porque ocupaban dimensiones distintas. En la mentalidad de aquellos criollos, aunque no lo expresaran con fiorituras, era el sistema mismo al que cuestionaban". Y continúa en párrafos que suscribimos en su totalidad: "fueron la hondura extraña al alma nativa los cambios injer-

tados por el batllismo marxistoide en el tronco colorado los que abrieron brecha en la sociedad, y el talante prepotente de José Batlle con su "ingeniería política" los que precipitaron las hostilidades!" Ellas fueron deseadas por ese hombre de la ciudad a la que tan fielmente representaba. "De allí que no sea correcto hallar esas causas en "pucherazos electorales" que por lo demás sería una excusa infame para ir a una guerra cuyas inevitables calamidades resultarían desmesuradas si se las compara con la provocación". Fue así, en la defensa de valores y fueros supremos que les pertenecían y dentro de los cuales sabían vivir, que se alzaron los Blancos con Saravia, lo que legitimó en modo pleno el pronunciamiento de 1904 que finalizaría con la derrota, al caer, mortalmente herido en la Batalla de Masoller, el Arquetipo de las Virtudes de Nuestra Raza, que la campaña gaucha llamará por siempre "El Águila Blanca del Cordobés" Todo lo antedicho fue intuido por el apostólico sentido caudillesco del joven Luis Alberto en las campañas a lanza y sable y en los fogones blancos con sus camaradas. Allí aprendió a valorar a los Caudillos de la tierra, lo que lo llevó a engrosar la primera fila del Revisionismo Histórico. Herrera a través de los años irá redescubriendo lo Blanco en las raíces imbricadas con sentido hispánico en las tradiciones federales que informaron y nutrieron el tronco de ñandubay de Nuestro Ser: José Artigas, Manuel Oribe y Juan Manuel de Rosas. En este punto, se hace necesario resaltar la dimensión intelectual del "Gauchi-Doctor" Tal como señalara el doctor Carlos María Velázquez: "Un verdadero Señor de las Ideas que nunca supo disimular el desprecio que le merecía el tipo de pedante semiculto que suele ser característico de parte de nuestra clase universitaria y «doctoral»". Como Conductor fundó su política en una metafísica "vertebrando esa metafísica en una sistema de pensamiento riguroso".

Levantar y pulverizar la pesada lápida puesta sobre Oribe y Rosas fue tarea fundamental. La Patria Grande desconocía su pasado, y como afirmaba Unamuno, "para realizarse hay que conocerse" De esta manera lo decía Herrera en un artículo de abril de 1944: "No se concibe una buena política si no se apoya en la sólida base que proporciona la Verdad histórica".

Consideramos merece especial destaque señalar en las concepciones herreristas la influencia del tradicionalista francés Maurice Barrés. El análisis de la importante obra de este autor, *Los desarraigados*, que realizó en 1906, le mostró hasta qué extremos puede conducir a los jóvenes del campo el abandono de los lares, la conducta y las tumbas de los antepasados. El desarraigado de la obra tenía por causa un

profesor kantiano que desde la cátedra infundía "una moral universalista e inmanentista" Respecto a ellos Herrera gustaba decir que "son renegados en su medio y bastardos en el ajeno", afirmando en su libro *Sin Nombre*: "¿Acaso penetran y se independizan del núcleo social desdeñado para ganar plaza en el que se anegan con absurdo delirio? Nada de eso, cristalizan en el no ser y para disimular su impotencia parasitaria agudizan el comentario hostil… Cráteres apagados, donde en sustitución del calor patrio anidan los fríos glaciales del egoísmo". Los veintinueve volúmenes de su obra son de definición y compromiso con Hispanoamérica, en especial con las personalidades de la Ecumene Platense. De los excelentes tomos titulados *Seudo Historia para el Delfín*, donde llama a Don Juan Manuel de Rosas el Luis XI criollo, extraemos este párrafo definitorio: "El mitrismo y sus agentes apendiculares vestidos de la gravedad infalibles de las logias, declararon baldío la época de Rosas. Con inspiración propia no se podía entrar a leer su expediente, había que repetir su sentencia inapelable. ¡¡Lo que no debe la Argentina y América en sus aspectos centrales al poderoso varón de tanta capacidad como temple!!". La comprensión de Manuel Oribe, como Oficial le Artigas, Segundo Jefe de los Treinta y Tres Orientales, significó además descorrer la Leyenda Negra, mostrando al Estadista y al Estratega "cuya Espada cansó a la Victoria" sellando, en la batalla de Arroyo Grande, la Unidad Argentina. Después, desde Villa Restauración, en Alianza con Don Juan Manuel, enfrentó al cañón de Inglaterra y de Francia. Al Crimen de la Triple Alianza contra el Paraguay y la epopeya del Mariscal Francisco Solano López le dedicó varios y muy importantes estudios. La base incuestionable: los archivos de su padre Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Berro. En *El Drama del 65*, como en *Antes y Después de la Triple Alianza*, dio plena demostración a la "íntima concordancia de intenciones existentes entre las dos cancillerías: la que asintió el atentado y la que lo consumó". Bartolomé Mitre, los Braganza y el sicario Venancio Flores desnudados en la conspiración comenzada con el martirio de Paysandú. Ante la labor de Herrera, Primer Revisionista de esa trágica etapa, el Paraguay reconocido lo hizo, en 1912, Ciudadano de Honor, concediéndole el grado de General de su Ejército. A comienzos de la década de los treinta se le vio, voluntario, en los esteros guaraníes, luchando en lo que el mundo llamó Guerra del Chaco. Cumplía con una deuda de honor y probaba "su pertenencia a un pueblo de soldados". Toda su obra es de significación, pero *La Revolución Francesa y Sud América* fue uno de sus mayores éxitos. Unamuno saludó su aparición y Teodoro Roosevelt tiró el guante para una entrevista en el Ateneo de nuestra Capital que conmovió a San



Felipe y Santiago de Montevideo. Todo el libro es un alegato contra el ideologismo abstracto y racionalista que atomiza la sociedad. La Nación es una suma de individuos. El autor, realista en un todo, definía esta concepción "como soberbia destructora de los universitarios". Pero mejor leamos algunos párrafos de la obra: "Las quimeras de 1789 y el modelo de sus fulminaciones de toda especie al sedimento social aportado por las generaciones, nos apartaron de la ruta experimental, olvidadizos de que las hojas y las flores deben su esplendor a la savia traída por las raíces de lo hondo de la tierra"

Por esa razón, Herrera tira certero a la antropología roussoniana:

"Siempre el evangelio de Juan Jacobo inspiraba el derrumbe total".

"En nombre de esa retrogradación a la fraternidad pura, se llevó contra la sociedad el ataque más pavoroso que registra la historia".

"Con locura sectaria se persiguió hasta en sus raíces más hondas al orden establecido legitimando a pretexto de beneficio final, los más increíbles atentados".

"Sólo se quiso la propaganda de la muerte, de la confiscación y el saqueo".

"El civismo trágico ha recibido su mejor empuje de las intransigencias jacobinas".

"También de ellas deriva el odio de clases. La Revolución Francesa rompe todas las armas morales de la sociedad a título libertario o filosófico. Con posterioridad el anarquismo ha hecho suyas semejantes tendencias".

"Los absolutismos igualitarios de 1789 atacaron en su base el concepto de disciplina social. De ahí nace la persecución vulgar a todos los elementos representativos de la sociedad y la irritación sorda contra las clases dirigentes que está a la vista de cualquier observador".

"Bajo ese contagio implacable vemos erigirse a generales sudamericanos en celosos agentes de la represalia jacobina".

"¡Ay de quienes se opongan al éxito republicano! Idéntico anhelo de copia llevó al ensayo de los ejércitos bajo la vigilancia civil de un delegado, un convencional revestido de facultades extraordinarias, y la ejecución nefanda de Liniers –nuestro Luis XVI– y de sus compañeros, apunta otra semejanza con la intransigencia terrorista".

En todo el libro que nos ocupa, en la fuerza que le imprime Herrera al término jacobino, están presentes Barrés, Maurras y Taine. Con esa palabra designa a la ideología negadora del pasado, así como la estampa para condenar la nefanda violencia anticatólica. El estudio y el trabajo no le impidieron presentar como Diputado (febrero de 1906) un proyecto de ley para limitar la jornada obrera de diez a ocho horas. Su lucha contra el batllismo no cejaba. Vaya el ejemplo de una nota editorial de 1932 publicada en su diario, la que curiosamente parece escrita para los días que corren. Hela aquí, en sus párrafos claves: "¿Qué no han hecho para destruir el orden, romperlo deshacerlo e incitar a todas las anarquías? ¿No se ha atacado despiadadamente la propiedad privada? ¿No hemos visto a las autoridades escolares editar y recomendar lecturas anárquicas a maestros y niños? ¿No se ha hecho acaso tesis de la repartición soviética del haber de los particulares? ¿No se fomentó la barbarie espiritual quitando los crucifijos de los Hospitales? ¿No se agotaron en la disolución de la familia llegando al extremo tres veces culpable de incitar a las uniones irregulares como signo de avancismo? ¿No se ha convertido el país en cuartel general de los indeseables del mundo? ¿No han destruido al Ejército?". Denuncia descarnada que tituló "El Peor Enemigo".

Caballero de estirpe hispánica, nunca desconoció su ascendencia. Sin dudar se pronunció favorable a la Cruzada de 1936. La fuerte afinidad con el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera afirmada en la "Unidad de Destino en lo Universal" lo hizo integrar la Falange como simpatizante hispanoamericano. José de Torres, dirigente de la Falange Española, le escribía en 1940: "Quiero aprovechar esta ocasión para testimoniar cuánto le agradecemos Falange y yo personalmente el afecto con que usted mira esta organización, como así su labor en el terreno político a favor de la Falange. Recibiré con mucho gusto y como un honor los donativos que en forma periódica u ocasional Ud. haga para la Obra Social de la Falange en el Uruguay". Así habló en 1939 en momentos que visitaba Burgos: "El Generalísimo Franco realiza el destino de los hombres Providenciales. Está haciendo historia. Saldré de España con un íntimo goce filial. Esta sí, es España. Esta sí, que es la España concebida por los mejores ensueños de sus buenos hijos". En 1946, desde su diario *El Debate*, como desde todas las tribunas, la defendió cuando la siniestra conjura internacional utilizaba la ONU para bloquearla y ahogarla por hambre.

Afirmando su racial latinidad estaba consustanciado con la itálica progenie que, civilizando, siempre derramara su sudor y sangre en el trabajo y el combate desde el Septentrión al Austro. La luz de estos valores marcaron la simpatía que mostró por Benito Mussolini. La posición del Caudillo Oriental ante la Italia del Lictóreo la señaló de frente y sin cortapisas. Decía en julio de 1937 en discurso público: "En ninguna parte de Europa he presenciado más convincente un espectáculo. Los ideales ya hechos polvo, y dispersados como los mármoles del Foro mutilado, reocupan su puesto ostentando otra vez el broncíneo vigor de una epopeya civil, grande, maravillosa. Se trata de un nuevo *Risorgimento*, puesto que en lugar de la lucha entre facciones es la Comunidad marchando hacia nuevos destinos. Al centro de este formidable movimiento de almas, civil, patriótico y social, como propulsor de la inmensa obra se destaca la figura extraordinaria de Benito Mussolini que llena la época contemporánea".

Años después de terminada la contienda mundial, en una de las salas de la Quinta, los que visitábamos al Viejo Caudillo podíamos ver una gran fotografía del Duce de Italia. Conmovedora lealtad para el amigo cuando ya no estaba en "olor de popularidad", y no era redituable exhibir la efigie del asesinado César. Allí estuvo hasta que fallecido el veterano Jefe, un "historiador y museísta" ya desaparecido y del que no queremos recordar su nombre, la llevó a ocultos desvanes

o tal vez al incinerador. Produce tristeza pensar que en la misma casa del Adalid de la Verdad Histórica se le haya tergiversado orwellianamente por razones de rastrera política comiteril. El período 1940-1947 fue de grandes conmociones y no sólo en el campo internacional, sino en la vida de la República Oriental. El régimen antibatllista instaurado por la Revolución de Marzo de 1933 con el acuerdo del Dr. Herrera y el Presidente Dr. Gabriel Terra comenzó su agonía con la defección del Presidente General Baldomir (sucesor de Terra) y la formación de un frente "democrático" aliadófilo distante del neutralismo que por dignidad debía mantener la República. La tensión de 1940 llegó a su punto máximo cuando *La Nación* de Buenos Aires publicó una nota tomada del *New York Times* en la que se daba cuenta de negociaciones entre el gobierno uruguayo y los EEUU para la instalación de bases militares en Punta del Este, Montevideo y Colonia. El 21 de noviembre de1940 el Jefe Civil junto a sus quince Senadores presentó batalla y fue victorioso. He aquí algunos conceptos de su intervención en la Cámara Alta.

"Esas bases serán para los EEUU [...] Precisamente por proyectarse y por pensar que esas bases son para los Norteamericanos, tengo mayores motivos como latino y como filial de españoles y sudamericano para temerlas [...] cada día siento y comprendo más a nuestra raza. Nosotros somos latinos ibéricos y también bastante italianos –en este Senado la mitad de sus componentes llevan esa sangre magnífica–, nosotros no pertenecemos a las razas rubias, somos ramas de las ibéricas y a mucho honor".

La política obsecuente cayó pulverizada. El rotundo NO del Caudillo Blanco conmocionó a los hispanoamericanos que "no querían ser peones del ajedrez ajeno". La Patria Grande lo saludó de pie. En este sentido y con gran nobleza lo visitó (diciembre de1 40) para homenajearlo una delegación argentina encabezada por el General Juan Bautista Molina e integrada entre otras personalidades por el Dr. Manuel Gálvez. Comenzó entonces contra el herrerismo y su Jefe Civil el más formidable embate conocido entre nosotros. Todos los grupos políticos encabezados por batllistas y comunistas, con socialistas, democristianos y liberales anti-blancos agrupados en el Partido Nacional Independiente, junto a las agencias internacionales, la prensa, y hasta los servicios de inteligencia de los aliados, emprendieron una acción total contra Herrera que enfrentó la "embestida baguala" diciendo: "La quilla de nuestro barco hiende mejor las aguas embravecidas". Mientras tanto Baldomir, pensando en su continuidad en el Sillón Presidencial, con la bendición

de Londres, tejía la trama para el "Golpe bueno" (sic) que se produjo finalmente en Febrero de 1942.

Un mes antes, (enero de 1942), haciendo gala de una gran obsecuencia, fue el primero en acatar la "recomendación" de la reunión de Cancilleres en Río de Janeiro interrumpiendo las Relaciones diplomáticas con el Eje. En el contexto internacional los hechos estaban cambiando. La Alianza de las finanzas y el capitalismo con el leninismo stalinista comenzaba a campear victoriosa. Se dieron entonces sucesos en la vida interna argentina, que adquirió nueva tonalidad con la Revolución que encabezada por militares nacionalistas estalló el 4 de junio de 1943. De inmediato se aprobó una "Comisión de Actividades Antinacionales". De esos días son las "Listas Negras" donde se declaraba el total boicot a los comerciantes de origen alemán o italiano. De hecho marcaban además la muerte civil hasta de los que se atrevían a entrar con alguna regularidad en esas tiendas. Estaban en escena lo que el Caudillo llamó "Tribunales Venecianos". Se estableció el delito de opinión en nombre de la tolerancia. Atentados y amenazas de muerte lanzadas por los libelos bolcheviques. La Casa Quinta de Herrera debió ser custodiada por la "Juventud Herrerista", que se turnaba noche y día. Mientras tanto el intento de instalar las "Bases Malditas" (Herrera *dixit*) reaparecía en 1943-44 para evitar la consolidación en la Argentina de una situación que se ubicaba lejos de los cánones del "Orden" de quienes se estaban preparando para repartirse el mundo. Con esos objetivos el mejor situado geopolíticamente era el gobierno de Montevideo que presidía el batllista Dr. Juan José de Amézaga (1943-1947), ex abogado de la Compañía Británica de Tranvías. Nuevamente negociaciones secretas para una instalación militar, con pistas para operaciones aéreas en Laguna del Sauce. Otra vez Herrera presentó batalla con sus viejas rotativas de *El Debate*. Así decía: "Sin una sola vacilación toda nuestra simpatía con la República Argentina tan injustamente atacada". Incansablemente martillaba: "Esas bases de Laguna del Sauce no pueden ser instaladas frente a los canales del Plata porque sofocan toda la red fluvial y la autonomía de la Argentina mil veces hermana", y continuaba en forma aún más categórica: "Lo deplorable es que se quiera asociar a las Patrias americanas y latinas a la gran farsa de los plutócratas neoyorkinos que a río revuelto aprovechan la oportunidad para pescar". La segunda intentona finalmente abortó su engendro por el accionar y el coraje de aquel incansable Caudillo a la vieja usanza. La Guerra agonizaba y la República Oriental entraba en la órbita de influencia norteamericana. Ya estaban restable-

cidas las relaciones diplomáticas con la URRSS negociadas por el Canciller Guani con el embajador Livitnoff, que representaba a Stalin en Washington. En tanto se pactaban deudas con el EximBank y se tomaban millones de dólares de la Ley de Préstamos y Arriendos para equipar las FFAA uruguayas. El nuevo Canciller Eduardo Rodríguez Larreta, autor de la humillante Doctrina de Intervención Multilateral, continuó la línea de sus antecesores (Guani y Serrato), que no era otra que sumisión a las nuevas potencias hegemónicas. En el orden internacional la reunión de Yalta desde el 6 al 11 de febrero de 1945 entre Churchill, Roosevelt y Stalin con sus ministros, nos mostró una nueva y lamentable expresión de obediencia a los que, repartiéndose el mundo, hacían marcar el paso en nombre de las libertades democráticas. No es bueno hurgar en las miserias, pero a veces es preciso hundir el escalpelo para extraer el pus evitando repetir errores. Así le daremos verticalidad a la política de una Cancillería que, como la nuestra, cayó por debajo de la horizontal. De esta manera comprobaremos como se llegó a la declaración de Guerra a los ya vencidos, mostrando las sinuosidades de la reunión inicua. Para ello debemos observar a la delegación norteamericana.

Ella se desplazó hacia Crimea por mar y aire manteniéndose en permanente contacto con Washington por medio de la estación inalámbrica del barco *U.S.S. Catoctin*. Entre los acompañantes de Roosevelt figuraba, en su carácter de Secretario de Estado, Edward Sttetinius.

Poco después de abandonar el cargo Mr. Sttetinius redactó unas memorias de aquel inmoral acontecimiento diplomático. El libro lo tituló *Roosevelt y los rusos*. En la página 135 se lee: “8 de febrero - “Roosevelt entonces le recuerda a Stalin que tres años antes el Departamento de Estado aconsejó a algunas repúblicas americanas que no era necesario declarasen la guerra a Alemania sino que bastaba con que rompiesen relaciones diplomáticas”. “Pero hablando francamente, agregó, nuestro consejo a las repúblicas hispanoamericanas fue un error”. “Hacía solamente un mes que habíamos estudiado toda esta cuestión y como resultado de la entrevista él [Roosevelt] había enviado cartas a los Presidentes de seis naciones hispanoamericanas urgiéndoles a declarar la guerra. Ecuador lo había hecho el día antes, 7 de febrero, y tenía razón para creer que las otras lo harían rápidamente”. En la página siguiente el autor nos revela fríamente y sin piedad lo que Herrera tuvo la virtud de intuir. Veamos lo que continúa escribiendo el protagonista Mr. Stettinius: Febrero 8…. “Roosevelt contestó que según su criterio solamente se debía invitar a la Conferencia de Paz a aquellas

Naciones Asociadas que habían declarado la guerra y sugirió que el límite máximo de tiempo para esta declaración fuese el 1° de marzo de 1945. La franca apelación al Premier inglés y al Mariscal Stalin para que ayudaran a salir de la difícil situación por el consejo del Departamento de Estado persuadió a los dos dirigentes a aceptar el 1° de marzo como última fecha para la declaración de guerra". "Aquella noche envié [dice Mr. Stettinius] un cablegrama a Grew con la orden de que el Secretario de Estado Adjunto Nelson Rockefeller conminara a aquellos países para dar los pasos necesarios para una inmediata declaración de guerra. Perú, Chile, Paraguay y Uruguay declararon la guerra antes del 23 de febrero".

El 20 de febrero la Cámara de Diputados, citada con urgencia, aprobó –con la oposición herrerista– la declaración de guerra; el 21 lo hizo el Senado –asimismo con la férrea negativa de los Blancos. Quedaba declarada la guerra. La orden impartida desde Yalta por intermedio de la estación inalámbrica del *U.S.S. Catoctin* estaba cumplida. No sabemos si otro cable habrá respondido desde Montevideo: "A la orden Catoctin". Ese día el Caudillo habló para la historia: "Hoy pues nuestra voz es además de Oriental, continental. La única que se levanta rompiendo el triste silencio [...] Humildes ciudadanos, es tan grande lo que en este momento sellamos, como americanos y criollos, que al salir de esta sala un cendal de gloria civil envuelve lo que acabamos de hacer y suscribir". "Sobre nuestros oscuros nombres nunca descenderá la gloria, pero tendremos el honor de haber sido los únicos que nos opusimos al entregamiento".

Fue lección imperecedera de Independencia que no se perdona. El Caudillo no lo ignoraba: "En las horas supremas flanqueadas por el infortunio se imponen los hombres vitales, de recia voluntad; y más de una vez los ideólogos quedan a la izquierda, para atrás, por ausencia o incapacidad ejecutiva… o mareo. Evidencias de fracaso y heridas de amor propio, que «los que saben», no olvidan ni perdonan".

A esta altura de la década había enviudado. Su cristiano hogar lo había formado en 1908 con Doña Margarita Uriarte, matrimonio del cual nació su única hija María Hortensia.

Desde junio de 1950 se desarrollaba la Guerra de Corea. Las operaciones militares, nada favorables a los EEUU, llevaron a gestiones del gobierno de Harry Truman para obtener el envío de tropas hispanoamericanas al lugar del conflicto. En marzo de 1951 se enfrentó al gobierno batllista presidido por Andrés Martinez Trueba, favorable a

ese planteo. A la presión se agregó el delegado norteamericano Mr. Edward Miller, el que junto al Embajador Christian Ravndal lo visitaron en su Quinta. Allí, el Caudillo les expuso su radical oposición a enviar soldados criollos a Corea reafirmando su conducta en materia internacional: "Comprendemos que su gigantesco poder y desarrollo llevan a EEUU a tener intereses y motivos de atención en todos los rincones, pero que no sea al extremo de atribuirle la capatacía universal en las cosas del mundo". Claramente marcó Herrera las líneas propias de nuestra fisonomía cívica como expresión de sustancial nativismo y anti-intervencionismo. Finalmente no hubo tropas uruguayas en Asia.

Sus últimas batallas fueron dadas desde el Consejo Nacional de Gobierno entre 1955 y 1959. Fue el Fiscal de la Nación en combate a los negociados y corruptelas. De esta manera se le conoció popularmente. Hacía honor a lo que dijera: "No pertenecemos a ningún consorcio comercial; no tenemos acciones en ninguna sociedad anónima o bancaria; no frecuentamos ninguna Legación, nunca nos hemos ofrecido, como cosas, al mercantilismo de los poderosos, no formamos ningún cortejo, ¡nadie nos ha cortado las alas, no somos hombres de jaula!". En esos años, su vitalidad parecía interminable. Se fue hacia Dios con los auxilios de nuestra Santa Iglesia Católica llevados por Fray Generoso Pérez, que fuera Capellán del Ejército Gaucho de Aparicio Saravia. El venerable anciano se acercó con la Extrema Unción hasta el lecho de su amigo y camarada en los lejanos días de 1904.

Mucho más tendríamos para decir, pues la figura del Caudillo está llena de facetas que es necesario estudiar. Su nombre, resumen de la Patria Grande, sigue siendo hoy, como ayer y anteayer, bandera de lucha y esperanzas que nos invita a estrechar y centuplicar energías, para afrontar victoriosamente las venideras contiendas por Dios y la Patria.

Leonardo Castellani, Chesterton argentino [*]

Juan Luis Gallardo

Jamás pensé que algún día estaría en la Universidad de Sevilla, hablando de Leonardo Castellani. Me felicito porque haya llegado ese día y agradezco a los organizadores de esta charla haberme dado la oportunidad de hacerlo.

Debo además agradecer a Juan Manuel de Prada haber revelado a los españoles la existencia del Padre Castellani pues, de no haber ocurrido eso, supongo que el tema que voy a tratar hubiera carecido totalmente de interés para ustedes y esta sala estaría ahora vacía.

Pero se suma aún otra circunstancia para otorgar un sabor muy especial a mi presencia aquí. Porque sucede que estamos en el mes de marzo del año 2011. Y sucede asimismo que Leonardo Castellani murió en marzo de 1981, hace exactamente treinta años. Coincidencia cronológica que permite conferirle a este encuentro el carácter de homenaje a la memoria de uno de los escritores argentinos más importantes del siglo XX.

Pero vayamos por partes.

Acabo de afirmar que Castellani es uno de los mayores escritores argentinos del siglo XX. Y no se me escapa que la afirmación resulta temeraria, desde el momento que han sido varios los literatos de mi tierra cuya fama podría tornar discutible esta opinión.

Sin embargo, consciente del riesgo que supone afirmarlo, tengo para mí que los tres escritores argentinos más importantes del siglo

* Conferencia pronunciada el 3 de marzo de 2011 en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla, España.

pasado fueron Jorge Luis Borges, Leonardo Castellani y Leopoldo Marechal. Nacidos, casualmente, a caballo entre el XIX y el XX. Borges en agosto de 1899, Castellani en noviembre de ese mismo año y Marechal en junio de 1900.

Cuando se estaba por pasar del siglo XX al XXI se suscitó una controversia respecto a la fecha en que, efectivamente, tendría lugar tal pasaje. Controversia que no entendí del todo pues, ignorante de mí, suponía que eso ocurriría en la medianoche del 31 de diciembre de 1999. Craso error. Pues, según parece, sucedió a fin del año siguiente.

De cualquier manera, no es mi intención reeditar la controversia apuntada. Ya que al decir que Borges, Castellani y Marechal, nacieron a caballo entre los siglos XIX y XX, hablo en términos amplios para expresar que llegaron al mundo más o menos durante dicha transición.

Y agrego finalmente que, al considerarlos como escritores del siglo XX, lo hago en atención a que produjeron toda su obra durante dicha centuria.

Pues bien, cuando elijo a los escritores argentinos citados sé muy bien que estoy dejando de lado a otros de la talla de Mujica Láinez o Cortázar pero, dado el margen de subjetividad que revisten los juicios de valor y las preferencias personales, mantengo mi opinión al respecto.

Aunque no haga al caso y con el sólo objeto de darles alguna otra pista sobre mis inclinaciones literarias, les diré que, en lo que se refiere al siglo XIX, creo que nuestros tres mejores escritores fueron José Hernández, autor del *Martín Fierro*; Domingo Faustino Sarmiento, autor de *Recuerdos de Provincia*; y Leopoldo Lugones, autor de *Poemas Solariegos* y *Romances del Río Seco*.

Concluida esta breve digresión, volvamos a lo nuestro. Y, ya con referencia a Castellani, me parece oportuno hacer una comparación entre él, Borges y Marechal.

Desde un punto de vista estilístico, Borges supera a Castellani. Pero Castellani supera a Borges en variedad y profundidad de saberes, especialmente desde el punto de vista teológico y filosófico, donde Borges improvisaba. Marechal es, entre los tres, el poeta por antonomasia, poseyendo sus obras, incluso aquellas escritas en prosa, una musicalidad poética insuperable. Castellani, que escribió bastante poesía, no tenía buen oído. Pero su estilo literario, aparentemente desprolijo comparado con el de Borges, resulta sin duda original y le fue sumamente útil como herramienta adecuada para sostener sus opiniones, casi siempre polémicas.

La referencia a Chesterton, contenida en el título de esta charla, se la he robado a Juan Manuel de Prada y obedece al propósito de vincular mi exposición con sus trabajos, ya que fue él quien ofició de introductor de Castellani en España, permitiéndome así referirme hoy a un personaje ya conocido por ustedes.

¿Cuánto tienen en común Chesterton y Castellani? Por lo pronto, empleando el título de una obra cumbre de aquél, diría que tienen en común la *ortodoxia* en materia religiosa. En materia religiosa católica, se entiende. Comparten además su amor a la paradoja, que Chesterton cultivara con maestría y que Castellani utilizara con eficacia. Agregaría a ello el enorme coraje intelectual de ambos, que los llevó a difundir sus ideas a despecho de las corrientes de pensamiento en boga por entonces.

No terminan aquí las semejanzas. Agregaremos otras: tanto uno como otro no fueron teóricos ni teorizadores. Formularon propuestas posibles, buscando con empeño el modo de llevarlas a la práctica. Además, fueron despiadadamente honestos en el planteo de sus convicciones. En tal sentido alguna vez señalé sobre Castellani que, invariablemente, en sus escritos recogió y analizó todas las objeciones que se pudieran oponer a lo que sostenía, asumiendo incluso el riesgo de que el lúcido planteo de esas objeciones, por su parte, pudiera ser más convincente que sus propuestas.

Debo consignar por último una virtud excelsa que ha caído en desuso y que ambos poseyeron en grado eminente: el patriotismo. Un excelente poeta argentino, Miguel Ángel Etcheverrigaray, dedicó una poesía a Chesterton que se llama *Parábola de un Cruzado.* Y alude al patriotismo del escritor diciendo:

Y, como era un niño bueno, amó a María y a la Iglesia,
pese a la amnesia protestante que es, sin duda, letal amnesia.

Ésta es la historia de un cruzado que se cruzó a Jerusalén
porque los hombres de su tierra morían mal y vivían bien.

Por este amor vivió sonriendo (Old Merry England de su amor).
Por este amor murió sonriendo, por ese amor ¡por ese Amor!

En cuanto al patriotismo de Castellani, ruego se me excuse por citarme, pero la cita viene a cuento. En un folleto sobre él escribí hace unos años:

> Leonardo Castellani fue un patriota a carta cabal. Fue un gran patriota pese a advertir las lacras que exhibe esta patria a la que amó. Porque, efectivamente, amó a la Argentina concreta, advirtiendo no obstante la gravedad de los males que la aquejan. Días atrás tuve que presentar la segunda edición de esa novela desgarradora de Castellani que es *Su Majestad Dulcinea*. Y en sus páginas está representado con dramática elocuencia plástica el patriotismo del autor. Porque en ella tuvo la genialidad de simbolizar la patria argentina mediante una mujer bellísima de lejos y repugnante de cerca, merecedora de ser amada hasta el sacrificio, fuerte y frágil a la vez, pero fiel al cumplimiento de su sino más allá de las tragedias de las que es protagonista [...] No se engañó respecto a la Argentina, cosa que se percibe en el acierto con que pintó a sus personajes, buenos y malos. A sus personajes y a su pueblo, al cual quería como Chesterton quería al pueblo inglés, por encima de circunstanciales evidencias adversas.

Sin perjuicio de todas las analogías señaladas, naturalmente existen notorias diferencias entre Chesterton y Castellani. De las cuales señalaré una sola, porque creo que tiene importancia. Y consiste en que, mientras el inglés se movió cómodamente en su país, contando siempre con medios donde expresarse y siendo no sólo bien considerado sino apreciado por sus adversarios, el argentino fue (en términos británicos) un *outsider*, un sujeto *políticamente incorrecto.* No digo yo que las ideas de Chesterton hayan sido aceptadas por el *establishment*, pero sí que se las tomó en cuenta, siendo él admitido como un digno integrante de la corporación intelectual. Cosa que no ocurrió con Castellani.

Buena parte de esta situación derivó del hecho de estar ubicado el cura dentro del *nacionalismo* argentino. Término éste que, al ser pronunciado en España, obliga a formular de inmediato varias aclaraciones ineludibles.

Porque hablar aquí de nacionalismo lleva a pensar en el separatismo vasco o catalán que así se denominan. En la Argentina, por el contrario, el pensamiento nacionalista implica exactamente lo contrario que en España. Supone poner por sobre todo y en primer lugar el concepto de *Nación,* a fin de neutralizar cualquier intento de división o secesión. Se aproxima así al pensamiento de José Antonio cuando, respecto a España, proponía que fuera *Una,* además de *Grande* y *Libre.*

La relación de Castellani con el nacionalismo argentino fue sin duda curiosa. Pues no admitía ser nacionalista, pese a ser tildado de tal por sus adversarios y pese a ser nacionalistas la gran mayoría de sus

amigos. Nunca se identificó como nacionalista. Aunque apreciaba al nacionalismo. Hasta el punto de haber aceptado ocupar el primer lugar en la lista de candidatos a diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista, en las elecciones de febrero de 1946 que consagraran presidente de la República a Juan Domingo Perón.

Allá por los años 60 mis amigos y yo tuvimos un periódico que se llamó *De Este Tiempo*, donde habitualmente escribía Castellani. Y, para publicitar al periódico, habíamos hecho imprimir un cartelito que se colgaba en los kioscos y que decía: "El Nacionalismo debe hacer verdad... Difundir esa verdad terrena y relativa que es la verdad política, que por el momento es la más urgente de todas. Leonardo Castellani".

Dada su condición de *políticamente incorrecto* Castellani jamás disfrutó de fama ni halagos literarios. No fue designado en ninguna Academia, casi no recibió distinciones ni su obra mereció comentarios elogiosos en los suplementos culturales de los grandes diarios. Solamente, ya viejo, la Secretaría de Cultura de la Nación le otorgó el premio "Consagración" como para reparar tanto olvido.

Y su caso constituye una clara demostración de que no siempre el calor oficial y el relumbrón periodístico son suficientes para cimentar el prestigio de un escritor. Pues Castellani, careciendo de ese tipo de sustentos, llegó a ser un autor leído por una legión de seguidores, que agotaban las ediciones de sus libros una tras otra.

* * *

A esta altura de la exposición, ha llegado el momento de presentar a ustedes una breve biografía de nuestro autor, que no cabe omitir en casos como éste.

Nació un 16 de noviembre de 1899, en la ciudad de Reconquista, al norte de nuestra provincia de Santa Fe. En pleno Chaco Santafecino, zona de frontera, de gente áspera, que inspirara varias de las obras de Castellani: *Camperas*, deliciosas fábulas; *Historias del Norte Bravo*, relatos y sucedidos; *Las Muertes del Padre Metri*, cuentos policiales que tienen por protagonista a un cura que recuerda mucho al Padre Brown de Chesterton.

El antiguo nombre de Reconquista era San Jerónimo del Rey y, en homenaje a sus pagos, Castellani empleó reiteradamente el seudónimo

Jerónimo del Rey, uno de los muchos a que echó mano, supongo que para soslayar la censura impuesta por los jesuitas a los miembros de su orden.

Su padre, Héctor Luis Castellani, era italiano del Friuli, llegado al país a los cinco años de edad. Periodista sin pelos en la pluma dirigía un diarito llamado *El Independiente.* Cuya independencia molestó a la situación política local, en especial a un comisario que lo hizo asesinar a balazos. El cual morirá luego de igual forma.

Su madre, argentina, fue Catalina Contepomi. Con frecuencia utilizaría Leonardo su apellido materno, firmando "Castellani Contepomi". A lo cual solía agregar las iniciales E.U. como hacen los ingleses para abreviar los títulos que añaden a sus firmas. Durante algún tiempo me intrigó el significado de esas iniciales, hasta que averigüé que correspondían a la siguiente autodefinición: *Ermitaño Urbano.*

Hizo sus primeros estudios en un colegio de Hermanas, desde donde transbordó a la escuela particular que, también en Reconquista, tenía un señor José Parodi, masón de tomo y lomo que enseñaba gramática a sus alumnos dictando capítulos de Samuel Smiles. Su mujer, en cambio, impartía clases de religión.

A los trece años pasa al colegio jesuita de la Inmaculada, en Santa Fe, donde pronto es el primero de su curso. Allí cambia a Smiles por Jovellanos, Donoso Cortés, Balmes, Menéndez y Pelayo, Pereda y Santa Teresa de Jesús.

Bachiller en 1917, ingresa a la Compañía de Jesús en 1918. Estudia Filosofía en Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, enseñando Castellano, Literatura e Historia. Inicia los cursos de Teología y, al advertir sus superiores las excepcionales aptitudes del alumno, lo envían a Roma para proseguir sus estudios en la Gregoriana. Se ordena sacerdotes en julio de 1930. Y se gradúa en Filosofía y Teología.

En 1932 viaja a Francia y es alumno regular de Psicología en la Sorbona. Vuelve a la Argentina en 1935, donde dicta cátedra en Lógica, Historia, Psicología e Historia de la Filosofía. Colabora en múltiples publicaciones. Desde su regreso hasta 1946 publica 14 libros, traduciendo y comentando cinco tomos de la Suma Teológica. A este respecto ha ido dejando de lado la versión tomista de Suárez para retornar a Santo Tomás sin intermediarios.

Y ese año 1946 resultará clave en la vida del Padre Castellani. Ocurrió en efecto que ya venía siendo protagonista de varios entredichos

con su orden. En los que incidieron varias cosas. Por un lado, las severas críticas que formulara respecto a cómo se impartía la enseñanza en el Seminario Diocesano de Villa Devoto, tarea a cargo de la Compañía de Jesús. Por otro, su cada vez más activo ejercicio del periodismo, para llevar a cabo el cual eludió, como dije, la autorización previa de los artículos que publicaba por parte de sus superiores. Y la situación hace crisis al aceptar Castellani su candidatura a diputado sin permiso expreso para hacerlo. En su descargo invocaría la existencia de una autorización tácita y de una obligación patriótica. A mi entender, a lo largo de todo el caso se mezclaron susceptibilidades, malentendidos e intemperancias por ambas partes, que tuvieron un triste desenlace.

Lo cierto es que, después de múltiples alternativas que incluyeron un pedido de audiencia al Papa y su reclusión y fuga de Manresa, con los nervios deshechos Castellani es expulsado de los jesuitas mediante un decreto que él considera nulo.

Por esa época recibe una carta plagada de seducciones que le escribe el intelectual comunista Leónidas Barletta, instándole a dejar la Iglesia y sumarse a quienes aprecian su talento. Castellani resiste el halago y se mantiene fiel a su vocación.

El obispo de Salta lo acoge en su diócesis, donde celebra misa y enseña en la Escuela Normal. La altura salteña perjudica su salud, se establece un año en Reconquista, vuelve a Salta, dicta cursos y conferencias en Buenos Aires, peregrina a Lourdes en 1952 y habita un departamento que le costean sus amigos en el barrio porteño de Constitución. Por fin, habiendo intervenido en el asunto Santiago de Estrada, embajador argentino ante la Santa Sede, el Nuncio Apostólico le restituye plenamente el ejercicio del ministerio sacerdotal, que tenía restringido.

En 1967 funda, dirige y escribe casi íntegramente la revista *Jauja*, de la cual aparecen 36 números en tres años. Invitado, viaja a Méjico y Chile.

Creo que por gestiones de monseñor Antonio Quarracino, admirador de Castellani que sería arzobispo de Buenos Aires, los jesuitas proponen a éste reingresar a la orden. Pero el cura se siente viejo y estima que le costará mucho reiniciar una vida de religioso, de modo que declina la oferta.

Pronto su salud empeora, lo operan de un cáncer y sus apariciones en público se van espaciando. Celebra y predica los domingos en la

iglesia del Tránsito, acudiendo incluso algún agnóstico a oír sus homilías, que graba. Y termina por transformarse así en un verdadero Ermitaño Urbano. Si uno iba a visitarlo a su departamento, era frecuente hallarlo paseándose por el *palier* y rezando el rosario. Repite que su principal ocupación es prepararse a bien morir.

Falleció en paz con Dios el 15 de marzo de 1981.

* * *

Al morir, Castellani había publicado más de 40 libros, que incluyen estudios sobre el Apocalipsis, sobre el Evangelio, sobre las Parábolas de Cristo, sobre Filosofía y Psicología, sobre Educación Pública, amén de extenderse sobre Crítica Literaria y escribir poesía, novelas, cuentos, fábulas. Y, así como el Cid ganó batallas después de muerto, siguieron apareciendo obras suyas después de dejar él este mundo. Adquiridos los derechos respectivos por una fundación, a la fecha se siguen editando sus homilías dominicales bajo el título de *Domingueras Prédicas.* Y las reediciones de sus escritos se suceden.

Con dificultades para conseguir editores en su momento, prolijamente ignorado por los voceros de la cultura oficial, silenciado por los medios de comunicación ¿a qué obedece esta pertinaz vigencia de la obra de Castellani?

Tengo para mí que ello deriva, fundamentalmente, del férreo compromiso con la verdad que preside su producción. Más allá de compartir o no sus posiciones, habitualmente polémicas, nadie puede dejar de advertir en el autor una insobornable pasión por buscar y proclamar la verdad en cada uno de sus párrafos.

Otro de los motivos de tal vigencia consiste, a mi entender, en la profundidad de su pensamiento, que invariablemente se afirma en lo religioso, más allá de desplantes y travesuras. Porque Castellani, amén de ser un literato, un filósofo, un publicista es, antes que nada, un hombre religioso. Y ocurre que, aun en épocas como las nuestras, en las que lo trascendente parece amputado de las problemáticas en boga, la religión sigue siendo el gran tema para los hombres y, por ende, las obras que se le refieren mantienen plena actualidad.

Y presumo por último que la obra de Castellani lo sobrevive por su sentido del humor, por su capacidad para decir como broma cosas tremendamente serias, huyendo siempre de un mal temible: la solemnidad.

A cuyo respecto escribió alguna vez: “en la Argentina, para llegar a personaje, no basta ser imbécil; además, hay que ser solemne”. Ustedes sabrán si la sentencia también es aplicable a España o no.

* * *

¿Cómo era Castellani? Una persona tímida, que perdía su timidez cuando hablaba en público. Como sucede con los tímidos, tenía a veces reacciones desmedidas. Recuerdo sobre el particular que cierta mañana llegó a mi estudio de abogado con el peor de sus atuendos. El aspecto habitual de Castellani era exactamente lo contrario del de un pastor protestante. Los pastores –y ahora también los sacerdotes católicos– se visten de civil con cuello de clérigo; Castellani, en cambio, se vestía de clérigo con cuello de civil. Ya que solía llevar sotana y corbata. Eso sí, añadiendo a ello un cinturón militar y la enorme boina de *crochet* que caracterizaba su estampa.

Pero esa mañana la facha de mi cliente era aún más estrafalaria. Como no tenía dinero para comprarse una sotana nueva, había salido a la calle con una *robe* de señora vieja que vaya uno a saber de dónde habría sacado. Y dicha *robe* tenía, sobre fondo negro, una serie de figuras vagamente chinescas, diseñadas en verde y dorado, que no pudieron menos que sobresaltarme.

Despachado el asunto que lo impulsara a verme, en forma casual y sin darle mayor importancia al suceso, nos contó, a mi socio y a mí, que un rato antes había comprado tabaco para la pipa en un kiosco próximo a su domicilio. Y que, al recibir el vuelto, se dio cuenta de que faltaba dinero. “Entonces –relató–, subí al departamento, busqué el revólver, le apunté al dueño del kiosco y le exigí que me devolviera lo que me había robado”. Cosa que hizo el hombre, imagino que demudado ante esta aparición extravagante que blandía un arma.

Tímido, explosivo y justiciero, además de robusto pues era de fuerte complexión, me contaron que en alguna oportunidad le pegó un castañazo a un alumno insolente.

Les he hecho una descripción somera del aspecto de Castellani. Sólo añadiré que eran definitorias sus cejas hirsutas, ya blancas a la época en que yo lo conocí, y que tenía un ojo de vidrio que nunca pude establecer cuál era.

* * *

Como cierre para esta charla, les relataré una anécdota referida al cura, de la cual no fui testigo presencial pero que me han dado como cierta y resulta decididamente reconfortante. El otro protagonista de la misma es el padre Guillermo Furlong, un gran historiador, jesuita como Castellani, teniendo el suceso por escenario el colegio Del Salvador, de Buenos Aires, donde vivían y daban clase ambos.

Parece ser que cierto día se cruzaron Castellani y Furlong en uno de los largos pasillos del colegio. Venía cada cual sumido en sus reflexiones y, al levantar la vista, prosiguiendo con su monólogo interior preguntó Furlong:

–Decime, Castellani, ¿vos creés que mucha gente se condena?

A lo que respondió el interrogado, de inmediato:

–Decime, Furlong, ¿vos creés que Dios hace las cosas tan mal?

Esto es todo, señores, muchas gracias por su atención.

A 29 años de la Gesta *

María Delicia Rearte de Giachino

A 29 años de aquel 2 de Abril de 1982, en que los argentinos despertamos con la realidad de algo que siempre pareció inalcanzable, que repetíamos en las clases de Historia más como una defensa inconsciente de la propia personalidad que de una posibilidad efectiva de realización: "Las Malvinas son argentinas", pero en esa madrugada "Las Malvinas *eran* argentinas".

Cerca ya de las tres décadas de aquel Día único y memorable, es necesario que hagamos un balance de aquellos 74 que invadieron de fervor, de dolor, de honor, de sacrificio, de héroes y traidores, de euforias y derrotas, de admiración y calumnias, y nos preguntemos: ¿Qué fue Malvinas ayer? ¿Qué es Malvinas hoy? ¿Qué será Malvinas mañana?

¿Qué fue Malvinas ayer?

Malvinas fue el hecho histórico y bélico más destacable, más inédito, más intrépido del siglo XX, no solo para la Argentina, sino para toda América y me atrevo a decir para todo el mundo occidental.

Malvinas fue la bandera usurpadora arriada con sangre de dueños, para dejar ese lugar propio a la celeste y blanca que desde la hazaña de Los Andes traían en sus manos briosas los herederos de la Libertad, saldando la deuda jurada ante Dios y la Patria.

* Conferencia pronunciada el 2 de abril de 2011 en la Plaza San Martín de la ciudad de Mendoza, Argentina.

Malvinas fue la revancha gloriosa de un pueblo incrédulo, que habiendo pasado por gobiernos inoperantes, habiendo sufrido una guerra fratricida, irrazonable y dolorosa, sabiendo que su Soberanía mancillada le impedía la verdadera dignidad, explotó desde el fondo de los tiempos, en un unánime grito de unión y esperanza.

Malvinas fue la certera cachetada asestada con estricta precisión en la mejilla del decrépito león, que irritado buscó borrar la ofensa afilando sus garras en la traición de los amigos, en la cobardía de los cipayos, en la magnitud poderosa de la fuerza, sin contar con que la *victoria* es de los justos y que esa aparente derrota del atrevido llevaba en su interior el verdadero triunfo de la *patria*, latiendo en aquellos 649 muertos, en aquellas heridas incurables de los VGM, en aquellos que buscaron el cielo, en aquellos que, desafiando la incomprensión y el olvido, saben que la *gloria* les pertenece.

Pero Malvinas fue también, desgraciadamente, el motivo para que despreciando su destino de grandeza, tapando vergonzante sus heridas, ocultando el heroísmo, despreciando la sangre de sus hijos, repudiando públicamente la Justicia de la Causa, estableciendo en la sociedad un proceso de desprestigio y humillación, que se acentuó en las sucesivas democracias, con dinero y poder, con los medios de comunicación a su servicio, con la incapacidad de unas cancillerías improvisadas, con políticos formados para las urnas, con Instituciones sumisas, con un pueblo indiferente al cual le robaron su Gesta, abriera –finalmente–, sus puertas a posiciones ideológicas totalmente ajenas al sentir nacional disfrazadas de pacifismo y DD.HH.

¿Qué es Malvinas hoy?

Malvinas, hoy, es un enclave colonialista en el corazón de la *patria*.

Malvinas hoy, es el reclamo repetitivo de presidentes y cancilleres, en los foros internacionales blandiendo la Soberanía como derecho inalienable de la Argentina, dicho al pasar y sin ninguna convicción, conociendo de antemano la mirada airada del usurpador. País ribereño, Territorio de ultramar, 350 millas, explotación petrolera como respuesta a la mansedumbre de los gobiernos democráticos que fueron capaces de elaborar tratados como los de Lisboa o Madrid que atentan abiertamente contra la Soberanía declamada.

Malvinas hoy transita el peor momento de estos 29 años.

En un año electoral, Malvinas no cosecha votos. Las disputas sectoriales ocupan la escena.

Malvinas es el mal recuerdo que se pretende confundir con situaciones absolutamente ajenas a ella, siempre mezclada con intereses bastardos de políticas antinacionales.

Malvinas es hoy, la triste confusión entre los propios hombres que la pelearon que, cansados de desprecios, de olvidos, de desprestigios, guardando en sus sueños el dolor y el honor de lo vivido, rebajados ante la opinión pública como "chicos de la guerra", tratados de cobardes "iluminados por el odio", destruyen, sin quererlo, esa unidad que en el campo de batalla los hizo hermanos.

Y así pierde fuerza ese sagrado y merecido anhelo del "reconocimiento histórico" por su entrega. Lo más preciado que un guerrero puede legar a sus hijos.

Pero Malvinas hoy, también es un misterioso sentimiento, que une a través del tiempo y el espacio a miles y miles de argentinos, con una misma mística, ignorados, silenciosos, sabedores de que en aquellas cruces lejanas, cuyas entrañas "solo Dios conoce", desafiando las tempestades del Cielo y de los hombres, la *patria* respira su aliento de Esperanza.

¿Qué será Malvinas mañana?

Malvinas mañana será una poderosísima base militar dueña del Atlántico Sur.

Malvinas será mañana, como lo es ya, el lugar donde se recibe per capita el segundo salario más importante del mundo, gracias a los fabulosos contratos de pesca con que opera.

Malvinas mañana será un valioso pozo petrolero exprimido por quienes no son sus dueños pero que cuentan con la pasividad culpable de los verdaderos dueños ocupados en los menesteres del poder, sin importarles que ese poder les fuera concedido por el sacrificio de sus hijos, cuya sangre escurrida en los confines de la tierra no se mezcla con la soberbia y el descaro de los que violan sus entrañas.

Será la escala turística de cruceros de lujo, ese lugar exótico y misterioso, por el cual dicen los kelpers viejos que una vez unos "argies" locos, dieron sus vidas.

Malvinas será mañana el origen de nuevas pretensiones, de nuevos atropellos, de nuevas ofensas, de nuevas traiciones, escala de aeropuertos clandestinos, permanente vigía de los movimientos argentinos, usurpador cauteloso, colonialista disimulado.

Pero Malvinas también *es*, como lo fue, lo *es* y lo será mañana, la única y auténtica *Causa Nacional*.

La que al lado de las heroicas *Guerras de la Independencia* –como sueño la *Libertad*, como premio la *Justicia*, como símbolo la *Verdad*, como amparo la *Santísima Virgen*, como meta la *Patria Soberana*–, que remueva las conciencias y las voluntades de las generaciones venideras para que recojan desde el cielo, el mar y la turba helada, el grito desgarrante y victorioso

¡¡¡ MALVINAS, VOLVEREMOS !!!

PORQUE COMO AYER, HOY Y MAÑANA

LAS MALVINAS, FUERON, SON Y SERÁN ARGENTINAS

Curita de verde olivo

A los capellanes de la Gesta de Malvinas

Curita de verde olivo,
Sin más armas que tu candor,
Intrépido y caritativo,
Paliaste mi ansia y temor.

Allí donde juega la muerte
Su aterrador dominó
Me hiciste cien veces más fuerte
Hablando de Quien la venció.

Y estando más cerca de Cristo,
Más lejos La Parca quedó.
Tu bondad, tu bondad,
Me brindó invulnerabilidad.

Lejos de los padres, tú eras mi padre,
Sembrabas consuelo y paz interior.
Aunque por doquier reinaba el desmadre,
Aunque en derredor todo era fragor.

Te vi fatigando trincheras
Con infatigable vigor.
Te vi bautizar a quienquiera
Ganándolo para el Señor.

Y cuando la bomba tronaba
La misa no interrumpías,
El pulso no te temblaba
Al consagrar la Eucaristía.

Con esa presencia tan brava
Respeto y arrobo imponías.
Tu piedad, tu piedad,
Me acercó a la inmortalidad.

Es que eras también un soldado
De las huestes de Cristo Rey,
En la turba ardiente jugado
Como un combatiente de ley.

Si hasta te vi malherido
Aquel primero de mayo,
Gritando: ¡De aquí no me he ido,
Yo sigo sin desmayo!

Y ya no es tan duro el combate
Si al lado tuyo me hallo.
Tu verdad, tu verdad,
Apuntaló mi fragilidad.

Nicolás Kasanzew



A la derecha, Fray Salvador Santore, folclorólogo, en la formación del 25 de mayo



Padre José Fernández, dando la Santa Eucaristía



El Padre José Fernandez entre gendarmes del Escuadrón Alacrán



El Padre Natalio Astolfo, rodeado por comandos

Hermandad Tradicionalista Carlos VII

San Isidro, de mayo de 2011

Señor
Dr. Marcelo Breide Obeid
Director de GLADIUS
Su Despacho

Estimado amigo

Sorprendido por el libelo de Enrique Díaz Araujo, titulado *Otra utopía: el seudo-carlismo americano,* que Gladius publicara en su número 79, le agradeceré –al menos– ejercer el derecho a réplica

En primer lugar, la *Hermandad Tradicionalista Carlos VII,* no es un grupo, y mucho menos "el grupo de Lozier Almazán", denominación con cierto tufillo peyorativo, que además incluye una gratuita adjudicación, que ya pone al descubierto la intencionalidad de su autoría y lo descalifica.

La *Hermandad Tradicionalista Carlos VII,* es una institución fundada, hace ya 15 años, el 25 de julio, día de Santiago Apóstol, del año de 1996, con la finalidad expresada en su Acta de Fundación de: "Estudiar y difundir el pensamiento Carlista; defender y difundir la Tradición Católica y Romana; investigar y estudiar en todos sus aspectos la historia del Carlismo, manteniéndose al margen de los conflictos dinásticos originados por los pretendientes al trono en disputa".

De tal manera *Custodia de la Tradición Hispánica* ganó el reconocimiento de destacadas personalidades o instituciones afectas al ideario tradicionalista, por el alto nivel intelectual de quienes nutrieron sus páginas.

Por aquello de *scripta manent,* conviene recordar –por su oportuna relevancia– que Gladius en su edición N° 72 (pág. 200), refiriéndose a

nuestra publicación sostenía que: “es necesaria, porque no podemos permitir que la tradición quede ahogada y sin voz, ante tanta publicación barata”. Más adelante reconoce que nuestro destacado Miembro Correspondiente, “Juan María Bordaberry en su artículo «El cura y el alcalde» avanza sobriamente sobre la cuestión de la imposibilidad de conciliar la democracia liberal modema con la iglesia y cómo la infiltración de esta herejía a pesar de las oposiciones de San Pío X y Pío XII dentro de la Iglesia, terminó creando la democracia cristiana de raíz maritainneana. Para Bordabeny el Carlismo no es un partido político sino “el defensor de la legitimidad católica” que enfrenta esta bobada intelectual hija del liberalismo”. Para concluir el florilegio ponderativo, Gladius reconoce, ¿o reconocía?, que “Custodia de la Tradición Hispánica viene al rescate de nuestro sentido común, de nuestro buen pensar y de actualizamos lo que nunca se debió olvidar”.

A guisa de conclusión, lo manifestado tan acertadamente por Gladius nos exime de abundar la réplica al lamentable artículo de marras.

Agradeciendo de antemano la publicación de esta respuesta en las páginas de su tan prestigiosa revista –de la que soy consecuente y fiel suscriptor– hago propicia la presente para saludado con mi más distinguida consideración y particular estima.

Bernardo Lozier Almazán

Director del Consejo de Redacción de
Custodia de la Tradición Hispánica

EL TESTIGO DEL TIEMPO
Bitácora

Francia no admite el "matrimonio" homosexual

El Consejo Constitucional francés, órgano que tutela la constitucionalidad de las leyes, decidió que la prohibición del matrimonio entre dos personas del mismo sexo no viola la Constitución del país, y sólo el parlamento puede producir un cambio en la legislación.

Los nueve integrantes que componen el Consejo recordaron que para la ley francesa (artículos 75 y 144 del Código Civil), el matrimonio es la unión de un hombre y de una mujer. Por otra parte señalaron que dichos artículos del Código Civil no obstaculizan la libertad de vivir en concubinato a las parejas homosexuales o beneficiarse del marco jurídico que ofrece el PACS*. Además, "el derecho a tener una vida familiar normal no implica un derecho a casarse para las parejas del mismo sexo".

Christine Boutin, del Partido Cristiano-Democrático, alabó la sentencia y habló de una "decisión que respeta nuestra tradición jurídico-política. Quienes pensaron obtener satisfacción a través de la multiplicación de pequeños procedimientos, encuentran esta respuesta: en Francia, el derecho no es el objeto de tal o cual lobby".

El "matrimonio" homosexual está permitido en Europa en Bélgica, Países Bajos, Noruega, Suecia y España. Es legal en Sudáfrica, Argentina, Canadá y algunos estados de los Estados Unidos.

AICA online, 4 Marzo 2011

\# # #

En Alemania continúan violando la patria potestad

Padres perseguidos por oponerse a la perversión sexual de sus hijos

Una madre, ruso-alemana, de doce hijos, de la ciudad alemana de Salzkotten en Paderborn, fue condenada a 43 días de cárcel por negarse a inscribir a sus hijos en el programa de educación sexual en una escuela primaria local, según

* Las siglas PACS corresponden en Francia a la institución llamada Pacto Civil de Solidaridad. El mismo define las condiciones de vida en común de dos personas no casadas –concubinos– o que no pueden casarse –homosexuales– (N.de la r.)

informaron las agencias Kath.net y Katoholishes.info.

Se trata de la madre de otra de las familias de religión bautista acosadas por el Estado por la misma causa: se oponen, por sus convicciones religiosas, al programa de educación sexual implementado por las escuelas alemanas. El matrimonio se amparó en la Convención Europea de Derechos Humanos, ratificada por Alemania. El artículo 2º del primer protocolo de la Convención dice que el Estado debe respetar el derecho de los padres a una enseñanza conforme a sus convicciones religiosas y filosóficas.

Las autoridades educativas y judiciales de Paderborn no están dispuestas a respetar este derecho. La encarcelada no es la primera madre de familia de la región que es condenada por oponerse a que sus hijos sean pervertidos por el Estado.

El gobierno alemán no desiste de la persecución a los padres que se oponen a la instrucción sexual que se imparte en las escuelas. Penados con multas y cárcel, perseguidos por los tribunales, algunos se han visto obligados a emigrar de su país hacia Austria, o a exiliarse en los Estados Unidos y Canadá. En muchas ocasiones estas familias han sido tratadas como criminales por la policía, que ha llegado a secuestrar a sus hijos menores de edad.

Noticias Globales nº 1091, 27 Febrero 2011

# # #

Obama impone la subversión del Orden Natural

El 22 de marzo, la Casa Blanca emitió un comunicado que dice: "El presidente Obama cree que la promoción de los derechos humanos de las minorías y los marginados es un valor fundamental de los Estados Unidos. El Presidente se complace en anunciar que durante su viaje a Brasil, él y la presidente Rousseff acordaron promover el respeto de los derechos humanos de lesbianas, gays, bisexuales y personas transgénero a través de la creación de un relator especial sobre asuntos LGBT en la Organización de Estados Americanos. Este relator especial será el primero de su tipo en el sistema internacional de derechos humanos.

"En los últimos meses nuestros diplomáticos han mantenido un diálogo franco, por momentos difícil, con los gobiernos de todo el mundo, sobre los derechos humanos de las personas LGBT. Esta mañana, en las Naciones Unidas, en el Consejo de Derechos Humanos, 85 países se unieron a Estados Unidos para reafirmar nuestro

compromiso conjunto de poner fin a los actos de violencia y abusos de derechos humanos sobre la base de la orientación sexual e identidad de género. El presidente se enorgullece del trabajo que hemos realizado para construir un consenso internacional sobre esta cuestión fundamental y se compromete a continuar nuestros esfuerzos decididos para promover los derechos humanos de todas las personas, independientemente de su orientación sexual o identidad de género".

Cabe recordar que el mismo 22 de marzo fue presentada en la ONU la Declaración contra la Discriminación por Orientación Sexual e identidad de Género. Esta Declaración refuerza las pretensiones del homosexualismo político para instalar en el lenguaje del sistema internacional de derechos humanos las categorías de "orientación sexual" e "identidad de género", que no encuentran un reconocimiento o una definición clara y acordada en el derecho internacional. Las pretensiones del lobby gay se vieron fortalecidas por la reinterpretación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que hizo el Secretario General de la ONU, Ban Ki-moon, afirmando que la "orientación sexual" y la "identidad de género" están implícitamente contenidas en esa Declaración Universal.

Por su parte el representante de la Santa Sede denunció que dicha Declaración alienta la persecución hacia quienes no aceptan el estilo de vida homosexual, y abre el camino para aplicarles los procedimientos internacionales que sancionan a quienes violan los derechos humanos. O sea que enseñar, predicar o transmitir la doctrina de la Sagrada Escritura o del Catecismo de la Iglesia Católica sobre la homosexualidad, podrá ser considerado un acto de homofobia, punible por las leyes nacionales o internacionales.

Perú fue el único país hispanoamericano que no adhirió a la Declaración.

Noticias Globales nº 974, 28 Marzo 2011

# # #

El Crucifijo no viola derechos

En una nueva sentencia el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, con asiento en Estrasburgo, reconoció que el crucifijo en las aulas no viola los derechos de los padres a la educación de sus hijos.

El Tribunal Europeo dio a conocer el 18 de marzo una nueva sentencia sobre la presencia de los crucifijos en las aulas escolares.

A raíz de una demanda contra Italia que fue presentada por Soile Lautsi, ciudadana de ese país de origen finlandés, el 3 de noviembre de 2009, dicho Tribunal se había expedido en contra de la presencia del crucifijo en las aulas de las escuelas gestionadas por el estado.

La sentencia referida fue apelada por el estado italiano, al que se unió un sorprendente elenco de 20 países europeos. El nuevo fallo del 18 de marzo, firme e inapelable, obtuvo 15 votos a favor y 2 en contra y señala que Italia no infringe la Convención Europea de Derechos Humanos al mantener los crucifijos en las escuelas públicas, y que ello no viola el derecho a la educación o a la libertad de conciencia y religión.

Noticias Globales nº 971, 19 Marzo 2011

PERSPECTIVA DE FAMILIA

En la línea ideológica del constructivismo ateo surgió, hace décadas, la destructiva "perspectiva de género" que reemplaza la realidad biológica del sexo por el "género" una construcción social histórica cambiante. Esa nueva mirada o "perspectiva" afecta de un modo particular la noción de persona, sexualidad y familia. En ella se fundan leyes como la que en nuestro país legalizó el seudo matrimonio homosexual.

Por eso, parlamentarios de distintos países reunidos en Acción Mundial de Parlamentarios y Gobernantes por la Vida y la Familia, entidad presidida durante sus primeros cuatro años de vida por la senadora argentina Liliana Negre de Alonso, desde ayer presidente honoraria de la entidad, se comprometieron, entre otras cosas, a abogar para que se instaure la "Perspectiva de Familia" en las políticas públicas y en la sociedad, y a denunciar las ayudas al desarrollo y la cooperación condicionadas a la imposición de la "ideología de género".

El grupo parlamentario que desde ayer preside el diputado español Miguel Ángel Pintado Barbanoj, realizó durante los días 3 y 4 de febrero su III Encuentro Internacional en el Senado argentino con la presencia, entre otros, de legisladores de Italia, Paraguay, España, Brasil, Portugal, El Salvador, Uruguay y México.

Al término del Encuentro los parlamentarios presentes aprobaron por unanimidad la "Declaración de Buenos Aires" que transcribimos completa a continuación:

Declaración de Buenos Aires

La Familia y la Vida en la ideología de género

La constatación de la imposición creciente de la ideología de género en la mayor parte del mundo y sus nocivos efectos en la integridad de la familia y el matrimonio natural; la multiplicación y exaltación del individualismo; la intromisión del Estado en la familia y en los ámbitos íntimos de la vida personal; la pérdida del sentido de lo natural; la injerencia en la soberanía de las naciones; y la separación entre ley y verdad, nos interpelan a:

DECLARAR el firme compromiso de Acción Mundial de Parlamentarios y Gobernantes por la Vida y la Familia, a fin de que:

- Se promueva el derecho a la vida humana desde su concepción, como fundamento esencial de la vida en democracia.

- Se adopte el Enfoque o Perspectiva de Familia como base del ordenamiento jurídico de los Estados.

- Se fomente la promoción y estabilidad del matrimonio, así como el derecho de la familia a ser protegida por la sociedad y el Estado, removiendo las trabas y obstáculos que a diario debe afrontar.

- Se proteja el derecho preferente de los padres a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos, como proclama la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

- Se facilite ejercer el derecho a la maternidad, muy especialmente en aquellos lugares donde las madres se encuentra con grandes obstáculos, así como en aquellas sociedades que poseen tasas de fecundidad por debajo de la indispensable reposición generacional.

- Se exija que las ayudas al desarrollo y la cooperación se produzcan con absoluto respeto a la soberanía de los países receptores.

- Se hará público cuando las ayudas al desarrollo y la cooperación se condicionen imponiendo políticas anti familia o ideología de género.

- Se dará conocimiento de las organizaciones y connacionales que reciban dinero foráneo para impulsar cambios en nuestras normas legales, fomentando acciones contra la vida y la familia.

En todo caso, abogamos porque se instaure el Enfoque o Perspectiva de Familia en las políticas públicas y en la sociedad.

Buenos Aires, 4 de Febrero de 2011

NOTIVIDA, Año XI, Nº 748
Ciudad de Buenos Aires, 5 de febrero de 2011
Editores: Lic. Mónica del Río y Pbro. Dr. Juan C. Sanahuja
http://www.notivida.org | notivida@notivida.com.ar

LIBROS RECIBIDOS

MATEOS, FLAVIO, *Cuentos Pequeños*, Dunken, Buenos Aires 2011, 158 pgs.

MIHURA SEEBER, FEDERICO, *De esto, de aquello y de lo de más allá*, Samizdat, Buenos Aires 2011, 140 pgs.

MONTEFIORE, MASSIMO, *Un ebreo Cristiano, sulle orme del Messia*, Viverein, Roma 2007, 225 pgs.

REVISTAS RECIBIDAS

AHORA, Información, Bimensual, Aptdo. Correos 31.001 (08080) Barcelona, España
N° 107, *El Valle, piedra de toque*, Nov-Dic 2010

CAHIERS, de la Facultà Libre de Philosophie Comparèe, 70, avenue Denfert-Rochereau, 75014 París
N° 70/71, *Le principe d'indentité chez saint Thomas*, Janvier 2009

DIDASCALIA, Revista de Catequesis, Pte. Roca 150 (2000) Rosario
Año LXV, N° 639, *Cuaresma, Verdadera reconciliación*, Marzo 2011

HUMANITAS, Rev. Antropología y Cultura Cristiana, Av. Libertador Bernando O'Higgins 390, Santiago, Chile:
Año XVI, N° 61, *El Papa realizó el sueño de Gaudí*, Verano 2011

INSTAURARE omnia in Christo, Periodico cattolico, culturale, religioso, civile, Casella postale n. 27 Udine Centro (Italia)
Anno XXXIX, N° 3, *Riflessioni, non celebrazioni*, Sett-Dic 2010

GLOSAS SILENSES, Rev. de la Abadía de Sto. Domingo de Silos, 09610 Santo Domingo de Silos, Burgos (España)
Año XXI, N° 3, *¿Olvido de Dios? No: mejor, olvido del hombre*, Sept-Dic 2010

PROYECCIÓN, Teología y mundo actual, Facultad de Teología. Apartado 2002. E-18080 Granada (España)
N° 239, *Benedictio XVI y la Biblia,* Oct-Dic 2010

SACERDOS, Revista de comunhao sacerdotal, Av. 9 de Julho 5400 CEP:01406-200, Jardim Paulista-SP (Brasil) csacerdotalbr@redemissao.org
Año XVIII, N° 91, *Viver o sacerdócio como diom*, Janeiro-Fevereiro 2011

SIEMPRE P'ALANTE, Quincenal Navarro Católico, Doctor Huarte, 6 1º izq., 31003, Pamplona (España)
Año XXX, Nº 645, *Muéstranos a Jesús,* 1º de Febrero 2011

STROMATA, Universidad del Salvador, Filosofía y Teología, San Miguel, Argentina
Año LXVI, Nº 1/2, *La Biblia en sus Tradiciones*, Enero-Junio 2010
Año LXVI, Nº 3/4, *Hacia una Iglesia Comunión de Comuniones*, Julio-Diciembre 2010

BIBLIOGRAFÍA

Mario Sacchi
El mesianismo ideológico
UCALP, La Plata (Buenos Aires) 2011

No sé bien qué debe hacer la persona que tiene la misión de presentar un libro.

En fin, presumo que lo menos que se le puede pedir es que convenza al público de que lo compre. Por de pronto habría de ser, entonces, un buen vendedor.

No creo tener esa virtud.

De hecho hace casi treinta días que estoy tratando de vender un auto nuevo que no me sirve para nada y he tenido una sola oferta.

Se me ocurre también que el presentador, dentro de lo posible, debe tener por lo menos un poquito más de envergadura que el autor. Si éste va a ser elogiado, pues que lo haga un sujeto con prestigio, importante.

Claramente, tampoco éste es el caso. Yo soy apenas un divulgador de ideas ajenas. Mientras que Mario Sacchi es una formidable usina que las genera.

De modo que ustedes se están haciendo la misma pregunta que yo me hago: *¿qué diablos estoy haciendo acá?*

Bien, déjenme imaginar que Mario es tan buen amigo, pero tan buen amigo, que escribió este libro nada más para que yo tuviera el orgullo y pudiera jactarme de haberlo presentado.

Sin embargo, estoy seguro de que hay dos cosas que el presentador nunca debe hacer.

La primera, no debe hacer una recensión del libro, porque eso sería como invitar a comer comida recalentada. Arruinaría el plato y hasta podría ser indigesto.

En segundo lugar, tampoco debe incurrir en *pavorrealismo*. En tal caso hará el ridículo y hará también evidente su torpe intento de opacar al autor con sus ocurrencias.

Para que esto sea posible el presentador debe hablar poco. Sin olvidar que el público vino por el autor y no por él.

Así que al grano.

Mario tituló su libro *El mesianismo ideológico* y lo estructuró en un Prólogo del mismo autor, cuatro capítulos (cada uno con su título, a saber: *La desnaturalización ideológica de la ciencia política* el primero, *La fabulación utópica* el segundo, *La maquinación ideológica* el tercero y *Las raíces pasionales de la ideología* el cuarto) y un Epílogo, también con título: *Una soteriología gnóstica*.

Todo esto en menos de 100 páginas.

Cosa muy engañosa, porque uno lo toma y se dice: *me lo despacharé en el día*. Para encontrarse a la noche que lo sigue subrayando y anotando, que vuelve una y

* Palabras de presentación del libro en la sede porteña de la UCALP, el viernes 15 de abril de 2011.

otra vez atrás, que la lectura del libro se termina, sí, pero que sin embargo el libro *en sí* no ha sido agotado.

Esto me pasó a mí. Y les pasará a ustedes. Porque el libro es un disparador de ideas, una incitación continua a la reflexión, que entre tantísimas cosas viene a demostrar que no hubo tal *crepúsculo de las ideologías*, como creyó columbrar un tipo tan inteligente como Gonzalo Fernández de la Mora, hace casi 50 años[1].

Es imposible (por lo menos lo es para mí) hacer una síntesis de todas las ideas, preguntas, dudas y cavilaciones que provoca su lectura. Así que intentaré cumplir con mi cometido exhibiendo los que se me presentan como los dos grandes temas que Mario enuncia ya desde el Prólogo, y de los que van a desprenderse a continuación infinidad de consideraciones, en las que aquellos temas volverán una y otra vez, al modo de *leit motiv* wagnerianos.

El primero de esos dos grandes temas es, en palabras del mismo Mario, "la matriz religiosa" de cualquier ideología; esto es, siendo imposible, por erróneo, considerar a la ideología desde la filosofía, porque "la ideología no es un pensamiento de naturaleza filosófica […] - la tarea ideológica debe abrevar en una concepción religiosa de estampa mitológica". Este tema recorre, como dije, todo el libro, pero será coronado en el Epílogo, que por eso se ha titulado "*Una soteriología gnóstica*". Pero me atrevo a decir que también ha inspirado el título de la obra: "*El mesianismo ideológico*".

Mesianismo, como saben, es una palabra que deriva de mesías, voz de origen arameo, adoptada del verbo '*masiah*', que significa ungido. Tiene su equivalente *Xristós* en griego y *Christus* en latín.

El término mesías tuvo, entre los judíos de la antigüedad, diversas aplicaciones. Se lo utilizó para designar alternativamente a los sacerdotes, al Sumo Sacerdote, al rey y hasta a algunos generales. Pero gradualmente lo fueron reservando, casi como un nombre propio, para designar al representante de Yahvé, al redentor, que los profetas describían como un gran rey, justo y misericordioso, que vendría a establecer el reino universal de la paz, la santidad y la grandeza.

Es posible que este modo de describir al mesías fuera conformando la creencia, incluso entre los piadosos israelitas, de que aquel sería un caudillo político, que los libertaría de la dominación romana y restablecería el reino de Israel en toda su grandeza. En los escritos rabínicos se encuentra que esa creencia era particularmente intensa en el partido de los celotes, que se proponían implantar el reino de Dios por medio de la lucha político-mesiánica, a fin de liberar al pueblo de enemigos y extranjeros. También los saduceos eran proclives a ella, como consecuencia de su doctrina que negaba la inmortalidad personal, la resurrección de los muertos, la retribución en la vida futura y la existencia de los ángeles. En el Nuevo Testamento, por lo demás, se incluyen varios pasajes que prueban la vigencia de ese mesianismo temporal entre los judíos y el rechazo explícito de Jesús a esa posición (Mt 4,8; Mc 10,42; Io 6,15; 8, 23; 10,1).

Las denominadas Teologías de la Liberación, ejemplo de "maquinación ideológica" (para servirme de palabras de Mario Sacchi), reprodujeron ese mesianismo temporal, ya que así como el judaísmo hizo del mesías un líder temporal, un caudillo victorioso cuya misión se agotaba en hacer de Israel una potencia terrena –aunque también buena y santa, porque esto no era excluyente–, aquellas se proponen conducir a los hombres hacia la felicidad mundana, mediante la modificación o cambio revolucionario de las estructuras sociales, económicas y políticas, que, en sí mismas, se consideran injustas.

Y éste es el rasgo común a todas las ideologías.

1 Gonzalo Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías*, Madrid, Espasa-Calpe (Col. Austral), 1986.

De ahí que el segundo gran tema (o *leit motiv* de la obra, si prefieren), es que nuestro amigo y autor, en sus palabras también desde el Prólogo, no va a ocuparse de "tal o cual ideología particular… sino de la ideología *ut sic*, de la ideología en cuanto tal, o, si se quiere, de la misma índole del pensamiento ideológico". Se trata pues de la ideología como inventiva, como pensamiento opuesto a lo real.

Mario nos enseña que si el hombre es social por naturaleza y la vida en sociedad requiere de un orden para no disolverse, parece evidente –en el sentido que casi no requiere demostración–, que el orden social (o político) debe estar fundado en los principios y la verdad que informan esa misma naturaleza.

Nosotros sabemos que el hombre, dotado de libre albedrío, tiene la posibilidad, aunque no el derecho (como erróneamente predican los que gustan llamarse progresistas), de obrar incluso contra su misma naturaleza. Sto. Tomás no dice que la razón humana se encuentra determinada a hacer el bien, sino tan sólo inclinada. Por esa misma razón, el mejor orden social (político), será el que traduzca en leyes positivas el derecho natural.

Para que ello sea posible en la práctica, los responsables del gobierno y conservación del orden social deben reunir por lo menos dos condiciones: la primera, un conocimiento profundo de las esencias y, en particular, del hombre; la segunda, tener doctrina, antes que programa. Pero además, como bien dice Sacchi, el orden político debe brotar de la realidad social, lo cual sencillamente quiere decir que un país debe ser gobernado de la manera que conviene a las características de los hombres que lo forman, y no como los ideólogos piensan que ha de gobernarse.

Ciertamente, aquello que conviene a los hombres es lo que resulta conforme a su naturaleza. Lo otro, lo que algunos doctrinarios puedan llegar a pensar, es lo que llamamos ideología. Porque los ideólogos, en efecto, no se interesan por las soluciones que mejor se adecuen al ser y el bien del hombre, sino por las que mejor encajan con las propias ideas que ellos se hayan formado acerca del hombre y su conveniencia. El punto de partida del ideólogo no es la realidad (o naturaleza) del hombre ni la realidad social, sino la idea que él, en una construcción puramente racional, se ha forjado acerca de lo que el hombre debe ser. El ideólogo, pues, convencido de lo maravilloso del esquema elaborado en el laboratorio calefaccionado de su mente, lo transformará en constituciones y leyes, aptas para los hombres y sociedades de cualquier época y condición. Y si los hombres y sociedades, en natural reacción, opusieran resistencia a esos desvaríos, el ideólogo no rectificará, sino que, aún más convencido, verá en esa resistencia un síntoma de imbecilidad o, cuanto menos, de incapacidad para entender la propia conveniencia, por lo que extremará el rigor, hasta conseguir someter la sociedad a los sueños de su razón, que, como en el aguafuerte de Goya, engendra solamente monstruos[2].

El orden social se corrompe, pues, cuando la sociedad deja de regirse por los principios que provee la naturaleza de los seres, y adopta otros fundados nada más que en las ocurrencias y caprichos de un pensamiento sin quicio alguno. Por eso acierta Sacchi cuando enseña que la ideologización del pensamiento conducirá al desconocimiento de las particularidades sociales, con lo que el orden social dejará de reflejar la peculiar realidad de cada pueblo, para convertirse en el engendro de una mentalidad abstracta y uniforme. No habrá pues doctrina al servicio del orden social, sino –insisto– ideología, que, como enseña Widow, en concordancia con Sacchi, "no es lo mismo que doctrina, o que un orden de principios de la conducta política, o que un determinado sistema de conocimientos que son objeto de un saber o una ciencia. Aunque toda ideo-

2 Hasta un liberal clásico como Revel lo ha comprendido así: "los intelectuales reescriben los hechos en función de sus ideas, y no a la inversa" dice, para agregar que en ello se advierte "una traición a la misión original del intelectual: comprender la realidad" (cf. *El conocimiento inútil*, Planeta, Buenos Aires, 1989, p. 303).

logía, estrictamente tal, reclama para sí todos los atributos de la sabiduría y de la certeza científica, y se proclama fuente única de doctrina verdadera, no pretende ser mera ciencia o doctrina. Es un sistema cerrado de ideas que se constituye, para el hombre que se identifica con él, en fuente de toda verdad, de toda rectitud práctica o moral. No es algo, por consiguiente, que pretenda tener vigencia en un plano puramente intelectual, objeto de la inteligencia especulativa, y que de este modo se resuelva en una enunciación más o menos compleja. Por el contrario, funde en una sola las funciones teórica y práctica de la inteligencia, para volcarla entera a una tarea que adora, taumatúrgica, que ha de realizarse sobre el hombre, para transformarlo radicalmente, y sobre la sociedad, a la cual se la ve como la única y definitiva dimensión real del hombre nuevo, debiendo por esto ser absolutamente cambiada para que sea expresión fiel y al mismo tiempo crisol del cambio del individuo"[3].

Esto explica por qué tantos intelectuales –o que presumen de serlo– nadan como peces en el agua de los regímenes totalitarios más brutales, como Voltaire en la corte de Federico de Prusia y García Márquez o Saramago en el feudo de Fidel Castro, al igual que una galería de periodistas y premios Nobel, devotamente listos para justificar o simplemente no ver los crímenes de aquellos, y denunciar sin matices la reacción defensiva de sus víctimas. Es que esos regímenes, precisamente por ahogar en sangre toda posibilidad de resistencia o alojar en manicomios a los disidentes, les dan la oportunidad de llevar a la práctica sus delirios. Ellos constituyen el "núcleo de pensamiento dominante", como certeramente los bautizara Molnar[4], que ha logrado intimidar y someter a la mediocre clase de los políticos, incluidos nuestros pequeños (*y pequeñas*) cromagnones criollos[5].

Mario Sacchi confirma que las ideologías son un fenómeno nuevo, una invención moderna. El triunfo de los ideólogos como hacedores del orden social, al cabo de un largo proceso iniciado en el siglo XVI, se produjo con el racionalismo, que dio vida al movimiento conocido como la Ilustración, artífice de este período histórico al que llamamos la "modernidad", del cual todavía no hemos salido. Como acertadamente lo pinta Danilo Castellano, el racionalismo "es la ilusión del hombre de poder 'construir' o 'crear' una realidad 'nueva', dejando de lado la verdadera. En efecto, el racionalismo no es otra cosa que el intento de plasmar la realidad según modelos convencionales, elaborados arbitrariamente y sin tener en cuenta la realidad, en general 'alternativos' respecto al orden de las cosas tal y como nos han sido 'dadas'. El racionalismo es, en última instancia, un desafío a Dios: al mundo 'imperfecto' que Dios ha creado, el hombre opone un mundo 'perfecto' construido por él mismo; se sustituye el orden 'natural' por un orden 'racional'; se prefiere la racionalidad como capacidad manipuladora y calculadora a la racionalidad como capacidad de aferrar el *Logos*"[6].

3 Juan Antonio Widow, *El hombre, animal político*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2002, p. 225-226.

4 Thomas Molnar, *La Contrarrevolución*, Madrid, Unión Editorial, S.A., 1975.

5 Paul Johnson relata que en 1919, el periodista norteamericano Lincoln Steffens había acompañado a una misión oficial norteamericana enviada por el presidente Wilson a Rusia para comprobar qué sucedía en ese país. Al regreso, Bernard Baruch le preguntó cómo era la Rusia de Lenin, y Steffens contestó: "Estuve asomándome al futuro, ¡y funciona!". Johnson agrega que éste fue uno de los primeros comentarios de un liberal occidental acerca del nuevo tipo de totalitarismo, y fijó la pauta de muchas observaciones formuladas más tarde. Además suministra algunos datos útiles para medir el "funcionamiento de ese futuro": hacia 1918, las huídas en masa habían hecho que la población de San Petersburgo descendiera de 2,4 millones a 1,5 millones y que en 1920 la perdiese en un 71,5%; Moscú había perdido el 44,5%. En 1919, año de la visita de Steffens, la fuerza de trabajo de la industria rusa había descendido al 76% de su total de 1917. La producción total de bienes manufacturados era hacia 1920 equivalente al 12,9% del nivel anterior a la primera guerra mundial. (cfr. Paul Johnson, *Tiempos modernos*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1989).

6 Danilo Castellano, *Racionalismo y Derechos Humanos (Sobre la anti-filosofía político-jurídica de la "modernidad")*, Madrid, Marcial Pons, Colecc. Prudentia Iuris, 2004, p. 23.

En definitiva Mario viene a reiterar aquel principio de naturaleza filosófica, según el cual *todo desorden en el plano de la acción, comienza por ser un desorden en el plano de la inteligencia*. En sintonía con ello, el Cardenal Pie ha dicho que "las acciones del hombre son hijas de su pensamiento", añadiendo que "todos los bienes igual que todos los males de una sociedad son el fruto de las máximas buenas o malas que ella profesa"; por lo que concluye: "no hay ninguna herida, ninguna lesión en el orden intelectual que no tenga consecuencias funestas en el orden moral e incluso en el orden material"[7].

Esto significa que el amotinamiento de las gentes, la convulsión que pueda sufrir un orden social, no se explican en y por sí mismos, sino que generalmente están precedidos por la difusión en las inteligencias de nuevos principios, nuevos sistemas de valores, a la luz de los cuales se presentan como caducos e ilegítimos los que fundaban el antiguo orden. Así, nunca habría habido Revolución Francesa sin las ideas de la Ilustración, ni Revolución Rusa sin la contribución de Marx. *Las mudanzas históricas son movimientos de ideas*.

Algo de esto parece haber inspirado al novelista Milan Kundera, cuando escribió que "Para liquidar a las naciones, lo primero que se hace es quitarles la memoria. Se destruyen sus libros, su cultura, su historia. Y luego viene alguien y les escribe otros libros, les da otra cultura y les inventa otra historia. Entonces la nación comienza lentamente a olvidar lo que es y lo que ha sido"[8].

Con razón sostiene Mario que el objeto principal, tal vez único, de lo que llama "la maquinación ideológica", es la vida política, esto es el gobierno de la *polis*. Esto posiblemente obedezca, como apunta Dalmacio Negro, al "hecho de que el Estado, la forma moderna y contemporánea de lo Político, está en todas partes y, por tanto, parece que todo es político, que todo deba ser objeto de la acción política"[9].

La conclusión de Mario Sacchi –cuidadosa por cierto, tal vez incluso un poco escéptica, porque el hombre de la modernidad no da para grandes ilusiones– es que para salvar a las naciones de dicha maquinación debemos afirmarnos en "los principios esenciales que rigen la vida de las comunidades civiles", para lo cual debe partirse de la definición esencial de hombre: el hombre es el animal racional. Mario enuncia entonces que "la racionalidad humana es el fundamento de la esperanza política", de modo tal que "la custodia de la esperanza política concierne a la filosofía". Coincide también en ello con Dalmacio Negro, para quien "La política como forma de acción es el gran abarcador empírico del mundo humano, por lo que "la política, a fin de captarla como una ciencia, requiere una actitud filosófica". El saber político es un saber total, totalizante; un saber de lo que es común y diverso entre los hombres, por lo que, como saber riguroso conforme al principio de función exigida formulado por Eugenio d'Ors, exige como condición la filosofía política, que pertenece al campo del pensamiento. A la filosofía política le corresponde pensar la mejor figura posible de lo político, los mejores o el mejor modo posible de organizar la vida política, la convivencia humana según la naturaleza humana" [10].

Para Mario, "La esencia permanente de la ciudad incita a la razón filosofante a señalar sin desmayos los principios que los hombres deben respetar a pie juntillas si quieren conservar y perfeccionar su hogar civil, la casa común donde no pueden dejar de convivir porque es la morada asignada al animal racional para el despliegue imprescindible y conveniente de su naturaleza de animal político de la estirpe de Adán".

7 Sermón predicado en Chartres, 1841, en *Suplemento Iesus Christus* Nº 32.

8 Milan Kundera, *El libro de la risa y del olvido*, Barcelona (impreso en Lanús, Argentina), Seix Barral, 1987, pp. 227-228.

9 Dalmacio Negro Pavón, *Sobre el saber político*, en *Revista de la Hermandad del Valle de los Caídos*, Nº 137, septiembre/octubre 2010.

10 Dalmacio Negro Pavón, *op.cit.*

Racionalidad entonces para volver a los principios –en rigor pocos, advierte Mario Sacchi– que rigen el orden social; racionalidad para buscar la verdad de la vida política, no sólo para conocerla, sino también para hacerla.

Pero, en fin, no olvidemos la advertencia de Étienne Gilson: "Hay un problema ético en la raíz de nuestras dificultades filosóficas: los hombres somos muy aficionados a buscar la verdad, pero muy reacios a aceptarla".

GERARDO PALACIOS HARDY

Brunero Gherardini
Concilio Ecuménico Vaticano II: un discorso da fare
Casa Mariana Editrice, Frigento 2009

El nudo de la cuestión ha sido y es si el Concilio ha interrumpido los lazos con el pasado y de hecho con "la Fe de siempre", pues si bien el Convenio Internacional para la actuación del Concilio Ecuménico Vaticano II celebrado en el Vaticano a principios del año 2000 desecó aquella idea, no pasó sólo de producir tan sólo una declamación teórica sin denunciar una "Vulgata" interpretativa que a menudo se presenta con la apariencia de la elaboración crítica.

La versión vulgar, ya se sabe, es la de un "Concilio-Evento", como superación de un conflicto entre la Iglesia preconciliar y la modernidad, habida cuenta de que ahora la cultura moderna tiene acceso a la Iglesia a partir del inicio de Vaticano II.

Se ha argüido, entre tras cosas, que este Concilio no es comparable con ningún otro anterior, comenzando por el elevado número de padres conciliares (2540), como si ello fuera desde ya un criterio de legitimidad mayor. A partir de allí, dice Gherardini, comienza la "incensación" que va a condicionar la necesidad de una reflexión histórico-crítica.

Sin embargo, nadie puede haber olvidado que en 1972, apenas diez años después de la iniciación del Concilio, Paulo VI denunció la presencia viciosa del "humo de Satanás" en varios ángulos de la Iglesia. Y todavía en 2005, el entonces Cardenal Ratzinger hablara de la "inmundicia dentro de la Iglesia". O que su antecesor en el Pontificado "no obstante todo su optimismo típicamente conciliar debiera constatar que el catolicismo europeo se hallase en un estado de 'apostasía silenciosa'".

Mientras tanto, en lugar de erigir el muro rompeolas de la certeza de la verdad revelada se abrió el cauce de la verdad discutible encarnado por Schillebeckx, Küng, Segundo, Boff y unos pocos más.

Nuestro autor ha encontrado la expresión para calificar la tendencia a oscurecer lo sacro hablando de "el irenismo falso y peligroso", el "buenismo" que coloca la libertad por encima de todo. Un optimismo superficial ligero, no advertido, que sobrevoló el Concilio explotando la buena fe subjetiva cuando no se trató de pura negligencia y falta de vigilancia.

Una estrategia anticurial y de algún modo antipapal desarrolló lo que en su momento se llamó la "política del alcaucil", que consistía en obtener logros graduales que no delataran la intención final de minar la autoridad del Papa y ganar terreno hacia un gobierno colegiado. Ensalzando el pluralismo se pretendió resolver todos los problemas agregando otro.

Por otra parte, el Concilio al autocalificarse de "pastoral" excluyó cualquier intento definitorio teológicamente como si fuera sinónimo de dogmatismo. Todo contribuye, dice Gherardini, para que sea necesario hacer un análisis crítico de los documentos conciliares de lo que sacarían ventaja la ciencia sagrada, la tradición pastoral y la Iglesia misma.

Humilde, pero intensamente, pido e imploro –dice nuestro autor– un documento papal que pueda colocar todo en sus justas dimensiones para encuadrar la recta interpretación de la hermenéutica de la "continuidad" a la que se refiriera el Papa el 22 de diciembre de 2005 en un discurso que revela la existencia del problema para romper los puentes del silencio

y sobre todo la "incensación" a todo trapo que impide el debido análisis crítico.

La crítica no debe ser nunca preconcebida , ni predeterminada y las conclusiones deben nacer no de entrada sino al término de la investigación y la reflexión. Monseñor Gherardini se reconoce incapaz de abordar solo esa empresa. Se contenta con señalar la necesidad de una renovación sin ruptura, habida cuenta de que en cuestiones como la "libertad religiosa" o "la colegialidad", el Concilio ultrapasó la frontera de lo contingente. Razón por la cual insiste en el valor de la "continuidad" (sin ruptura) sobre la base de la Tradición.

Capítulo I : "Una ráfaga de aire fresco"

La frase fue original de Juan XXIII antes de empezar a sesionar el Concilio, como una expresión de deseo. ¿Por qué elegiría esa metáfora? ¿Acaso porque el aire que circulaba hasta entonces en la Iglesia estaba un tanto viciado? En efecto la "incensación" comenzó antes con otras frases como "un Pentecostés renovado", una obra de renovación y *aggiornamento*, etc.

Como dice Gherardini, la incensación continuó con Paulo VI.

Fueron muchos los que pensaron que Vaticano II iba a emancipar ala Iglesia de una inveterada posición defensiva frente a la cultura vigente del Iluminismo en adelante y la iba a desafiar sin necesidad de acantonarse entre las arenas movedizas del inmanentismo, del subjetivismo, del positivismo, del racionalismo, del liberalismo. Con Vaticano II la Iglesia habría aceptado a cara descubierta el riesgo de la confrontación.

La apertura era un riesgo que valía la pena correr pero que terminó siendo disponibilidad, amigamiento, atenuación, concesiones, aflojamiento, deformaciones. El *aggiornamiento*, palabra, si no nueva, que se afirmó sorprendentemente en el aula conciliar encontrando luego su hábitat fuera de ella. La otra palabra de moda especialmente en política era entonces "modernización". Vaticano II respondió con aggiornamiento y se puso así "*a la page*".

El aggiornamiento se interpretó en dos sentidos: en el sentido de una mayor libertad e independencia de Roma y como una renovación litúrgica, teológica y formativa. Si el Concilio se hubiera limitado a reformas superficiales hubiera dejado a la Iglesia en condiciones preconciliares. Por eso es que se habló, sin más, de "reconciliación de Iglesia y mundo". También se habló de aggiornamiento en profundidad mediante documentos como *Gaudium et Spes* y Dignitatis Humanae.

El espíritu del aggiornamiento de hecho fue polémico desde el momento mismo que condenó el pasado reciente y el remoto. Entre otras cosas no soportaba el juramento antimodernista de San Pío X o la codificación del Derecho Canónico de 1918 como el emblema de una Iglesia congelada en su estructura jerárquica, sorda a las solicitaciones que venían de afuera. Con este motivo se llegó a hablar de "papolatría" en cuanto el *Codex Juris Canonici* habría consolidado la estructura verticalista de la Iglesia.

Era fatal también que se adjudicara a Pío IX y al *Syllabus* la responsabilidad de haber condenado a la Iglesia a forzar un retroceso y una tonta guerra a la civilización que avanzaba. Fuera del aula conciliar y luego durante el postconcilio la condena fue todavía más decidida. De allí que el preconizado aggiornamiento no se contentó con unos retoques exteriores. Se llegó a pensar que se asistía a una crisis de crecimiento cuando se comprobaba el descenso alarmante de las vocaciones para justificar cambios radicales.

Capítulo 2: "Valores y límites de Vaticano II"

Para diferenciar Vaticano II de otros concilios y en particular del Tridentino y Vaticano I se dijo que se trataba de un concilio no vinculante dogmáticamente sino pastoral.

Qué cosa es un concilio pastoral y en qué se diferencia de los demás es un asunto muy serio y que nunca hasta hoy haya sido precisado más allá de un "fraseo de oficio" para evitarlo.

Los valores y límites de Vaticano II no se perciben realmente salvo a contraluz, analizando la obra de R. Aubert *La theologie catholique au milieu du XX*

(Tournai 1954) que iba a ser puntualmente ratificada por el Concilio en materia bíblica, litúrgica, patrística y como apertura al mundo, al "ecumenismo" y al existencialismo. Todo lo cual se pretendió legitimar con la definición de Concilio Ecuménico, definición genérica no especificada.

La ausencia de intentos definitorios parece contradicha con el adjetivo "dogmático" con que Vaticano II califica a las dos más importantes declaraciones: *Lumen Gentium* y *Dei Verbum*. ¿Por qué se habla entonces de "constituciones dogmáticas" si no recuren a los consabidos cánones de condena renunciando así a calificar dogmáticamente las respectivas doctrinas? Se trata, según Monseñor Gherardini, de la respuesta de los Padres Conciliares a las Instrucciones recibidas de Juan XXIII en ocasión de la ceremonia inaugural del 11 de octubre de 1962: "El Concilio ha sido convocado no para condenar errores y formular nuevos dogmas sino para manifestar la verdad de Cristo al mundo contemporáneo, a su mentalidad y a su cultura [...] a la esposa de Cristo le agrada más administrar la medicina de la misericordia que empuñar las armas de la severidad [...] proveer a las necesidades de hoy más que la condena".

Vaticano II no puede definirse en estricto sentido como "dogmático" y su doctrina no es ni infalible, ni irreformable, ni siquiera vinculante, declara nuestro autor, y agrega que "quien lo negare sería formalmente herético. Quien quisiera imponerlo como infalible e irreformable iría en contra del mismo Concilio."

En cuanto al respeto por la Tradición, *Lumen Gentium* declara: "Este sacrosanto Concilio propone nuevamente los decretos de los sagrados concilios de Nicea II, Florentino y Tridentino"(*LG*51).

También estipula: "Reglar la Liturgia compete únicamente a la autoridad de la Iglesia que reside en la Sede Apostólica y por norma del derecho, en el obispo [...] Ningún otro –aunque sea sacerdote– debe osar por iniciativa propia agregar o cambiar algo en materia litúrgica" (*Sacrosantum Concilium* 22).

Como puede apreciarse, este libro no se limita a analizar documentos conciliares que se prestan a diversas interpretaciones –especialmente aquellas partes equívocas que han tenido efectos indeseables– sino que brinda atención a puntos claramente definidos pero que han sido vulnerados en los hechos del postconcilio, como por ejemplo el referido a las innovaciones clandestinas y sobre las que no se ha actuado con suficiente rigor para evitar que se diseminen. Lo que ha sido posible bajo el paraguas cómodo e impreciso del lema "pastoral" que justifica cualquier iniciativa, el pretexto de la actividad apostólica más eficaz ha permitido elegir "nuevos métodos".

Monseñor Gherardini dice que él ha buscado la enseñanza conciliar sobre aquella "pluralidad" que que debe constituir el "*proprium*" del apostolado conciliar pero ha hallado poca claridad y, agrega: "Pastoral es así un adjetivo con el cual se puede decir poco de todo y todo lo contrario".

Prosigue nuestro autor diciendo que desde el punto de vista práctico sobresale de la historia de los concilios ecuménicos no por su incidencia doctrinal –y todavía menos dogmática– sino por la actitud novedosa, sin un evidente y necesario nexo con la verdad. Lo que no importa, no obstante el embravecido intento pastoral, los Padres conciliares debieran haber intentado asegurarlo sobre un consistente fundamento escriturístico, histórico, teológico. Vaticano II, en suma, afirma la voluntad de ser un concilio pastoral. Y solamente pastoral.

Capítulo III: Por una hermenéutica de Vaticano II

Se trata del arte de la interpretación originalmente sólo de los textos sagrados, hoy ampliada a cualquier documento escrito. No consiste en una mera función terminológica sino en distinguir para poner en evidencia la pura objetividad. Ejemplo: "El Verbo de hizo carne y habitó con nosotros"(Juan 1.14)

Según nuestro autor el mismo Vaticano II, más por una tendencia a la simpatía que a negar los valores metafísicos, en *Gaudium et Spes* exhibe una adhesión excesiva a los valores históricos. Esto ha llevado a que algunos vieran en este documento así como en *Dignitatis Humanae* un "antisyllabus", o cuando menos una

rectificación de la encíclica del Papa Mastai Ferretti. Repetidas referencias al progreso de las instituciones, al maravilloso desarrollo de la investigación científica y al progreso técnico o a una "economía en desarrollo" demuestran según Gherardini cierta idolatría de las cosas temporales al punto de valorar la "conquista" del espacio ultraterrestre en el contexto de "favorecer el progreso técnico o el espíritu de innovación", alabados "in toto" sin la menor reserva crítica, que cincuenta años después del Concilio ya ha entrado al nivel de lo discutible.

El postconcilio, como podría haberse adivinado a tiempo, ha hecho hincapié en el concepto de "desarrollo humano" mencionado en *Inter Mirifica* 2 , *Gravissimum Edulationis* 10 y en varios pasajes de *Gaudium et Spes*, dando lugar a un optimismo secular, a una verdadero irenismo, no detectable en ningún concilio previo.

La revolución llegó adonde debía llegar: a la anulación formal del distingo entre sacerdocio ministerial y sacerdocio de los fieles; a la promoción de la teología de la liberación sobre bases y criterios exclusivamente marxistas; a la fantasiosa y banal invención de la así llamada "teología del genitivo"; a la maduración de una conciencia autónoma liberada en parte de la tutela de Roma y de su Curia; a la reformulación de la Fe según la elaboración del conspicuo Catecismo Holandés ; al redimensionamiento de la función petrina sosteniendo la ausencia de los verdaderos fundamentos neotestamentarios; a una intepretación de las Sagradas Escrituras siguiendo la metodología liberal cada vez más independiente del Magisterio y de la Hemenéutica católica; a una concepción misional de la Iglesia sin ninguna formal tentación de hacer proselitismo; a una ecumenismo verdaderamente salvaje, abierto a todas las religiones (no necesariamente cristianas e incluyendo hasta las animistas) según en "espíritu de Asís". Hay que reconocer que todo esto no emana directamente de Vaticano II pero sí de una interpretación y quizá hasta de una consagración del Concilio. Y, además, como una invitación a dialogar y a colaborar con todos por un mundo más a la medida del hombre. Una apertura al mundo moderno con contraste con la "cerrazón" del antiguo dominado por el *Syllabus* del beato Pío IX y de la *Pascendi* antimodernista de San Pío X.

El "espíritu conciliar" se puede interpretar como una premisa nacida del revanchismo contra la pesada mano del Santo Oficio e "in genere" de la Curia romana, lo que los mismos padres conciliares no habrían osado decir.

El propio Maritain, en *Le paysan de la Garonne* definió como "cronolatría" una especie de religión que promueve la innovación por la innovación, que no se sabe mover en el denso dédalo de las antinomias conciliares, y sobre todo postconciliares. Un nuevo modernismo se escondía así en la hermenéutica de Vaticano II.

El nuevo rito de la Santa Misa ponía sordina a la naturaleza sacrificial, la hacía funcional a la reunión del pueblo de Dios en Asamblea y reducía al celebrante a la función de presidente de dicha asamblea: un simple encuentro convivial.

A la par se hicieron concesiones aberrantes en materia de costumbres, de integración afectiva, de experiencias sexuales, y así no faltaron confesores que a cualquier penitente le dijera: "¡pero eso ya no es más pecado!"

Monseñor Gherardini agrega en algunos pasajes de su obra ciertas anécdotas personales que confirman la simpatía de Padres conciliares con escritos e ideas del modernismo, así como rechazo del antimodernismo del "Sodalitium Pianum" de Pío X hasta el punto que, relata, "un eminentísimo personaje postconciliar llegó a sentenciar textualmente: "Ese nombre (se refería a Pío X) de ahora en más debería de ser vedado" a causa de la actitud "triunfalista y apologética" de la Iglesia preconciliar.

Entretanto los innovadores de Vaticano II tuvieron a buen resguardo avanzar con la hermenéutica de la ruptura, temeroso de que "sedevacantistas" y otros pusieran en duda la autenticidad del Concilio y por tanto la falta de autoridad eclesial.

Nuestro autor sostiene que la hermenéutica de la historia de la Iglesia que se arroga el Concilio sin más es una hermenéutica teológica lo cual plantea esta pregunta: ¿Vaticano II se inscribe o no en la Tradición ininterrumpida de la Iglesia, desde sus inicios a hoy?

Habida cuenta de que una y otra vez se declara el valor de la Tradición, sin embargo debe hablarse de una hermenéutica de la continuidad, pues proliferan diversas interpretaciones de la Tradición llegando a la ruptura

Quien con toda lucidez entrevió el peligro de la ruptura fue el entonces Cardenal Ratzinger, ya en 1985 en ocasión de su primer libro de conversaciones con Peter Seewald. Y poco después, en 1988 durante una visita a Chile en que hablando a los obispos del lugar llamó una actitud de visión estrecha "aquella que aisla a Vaticano II del contexto eclesial".

Asimismo lamentó que no se reconociera el valor de los concilios precedentes o que solo se lo hiciera a la luz de Vaticano II no considerado como parte de la totalidad de la Tradición viva sino como el final de la misma y, por lo tanto "un recomenzar enteramente desde cero".

Llegado al pontificado, Benedicto XVI hablando explícitamente a la Curia el 22 de diciembre de 2005 sostuvo que para Vaticano II hay una única hermenéutica que adoptar: no la de la ruptura sino la de la continuidad.

Que el postconcilio haya andado por senda a "rueda libre" parece un hecho incontestable, afirma Gherardini, y agrega que se podrá variar el juicio sobre el grado pero no sobre el hecho de la prevaricación, refiriéndose a la ruptura del dique de la Tradición.

Gherardini recuerda a San Vicente de Lerins: "*eodem sensu eademque sentencia*" y señala que a las innovaciones postconciliares casi siempre les faltaba el enganche a "este mismo pensar, a este mismo sentir", reflejarse en la identidad tradicional de la Fe.

Los innovadores daban siempre la impresión de querer borrar a su manera aquel "sensus" y aquella "sententia". Shillebeckx, Küng, Rahner, Schoonenberg, Boff, Segundo, acertaban en dar en el blanco: cortar los puentes con el pasado e instalarse audazmente en el límite. El límite fue superado en nombre de la originalidad creativa en materia litúrgica, en la explicación de la Fe, en el ejercicio del sacro ministerio, en la observancia de la vida religiosa, en las relaciones así llamadas "ecuménicas" hasta lo increíble.

La tiranía de lo relativo, aclara nuestro autor, que usa "relativo" como adjetivo sustantivado para referirse al fenómeno del "pensamiento débil" en el que nada es absoluto. Lo que ha permitido compatibilizar todas las teologías y que una religión valga igual que otra y por tanto igual que todas las demás; todas igualmente salvíficas, sin que nadie sepa de qué salvación se trate. Todo lo cual ha provocado la desintegración de la identidad cristiano-católica.

¿Hechos que confirmen todo esto?: catedrales católicas habilitadas para el culto islámico, la banalización del cuerpo y de la sangre del Señor mediante la comunión en la mano, o desvinculados del sacramento de la Penitencia, absorción reciproca entre cristianismo y hebraísmo como dos religiones que hacen una sola (Cardenal Lustiger en *France Soir* 3-II l981)

No de todas las calamidades es responsable el Concilio, pero no hay dudas de la responsabilidad de quienes se sirven de él para arribar a extremos inconcebibles. Responsable es quien sacrifica lo genuino y la integridad de la Fe en el altar del diálogo; quien predica un Credo diverso del apostólico, quien reconoce como único y mismo Dios al unitrino revelado en Cristo y al mismo tiempo homologa cualquier credo y cualquier doctrina moral; quien justifica las aberraciones sexuales, quien absuelve la desobediencia en nombre de la libertad; quien como sacerdote desdeña el púlpito y prefiere el proscenio televisivo en situaciones equívocas, abierto conciliador permisivo sino insinuante y provocador.

El signo de lo parcial y lo experimental. Para el relativismo, la única certeza es la de no tener ninguna. Todo se hace a título de experimental y provisorio; incluso la Revelación Divina. De allí que el criterio prevalente del Concilio fue "el principio de la consonancia con las grandes líneas de la cultura contemporánea". Y el que más se distingue en el reflejo de esta consonancia es Karl Rahner.

El fue numen tutelar de la innovación. En vano contra él lanzó una crítica cerrada Cornelio Fabro (*La vuelta antropológica de Karl Rahner* y *La aventura de la teología progresista*). Porque Rahner redujo la

teología una antropología: "absolutamente toda la teología es la afirmación de aquello de que el hombre es *Sacramentum mundi*" (1975), una losa sepulcral sobre la metafísica y la formulación de una "sobrenaturaleza existencial" que abrió el camino a su teoría de los "cristianos anónimos".

Esa posición, dice Gherardini, "tenía resonancias del positivismo racionalista de Kant , del historicismo hegeliano y del existencialismo heideggeriano".

Rahner reconoció únicamente "la teología abierta a toda interpretación profana que el hombre posee en una determinada época". En esto no estaba solo: J. Marechal, J. B. Metz, H. de Lubac, D. Chenu, H. Küng, E. Schillebeeckx…

El uso corriente de la palabra "sobrenatural" en el núcleo del pensamiento rahneriano consistía en un proceso de desobrenaturalización, reduciendo lo sobrenatural al "momento interno y esencial de lo natural".

Para Rahner la cuestión de la verdad absoluta, inmóvil, ha dado una vuelta copernicana y así ha quedado liquidada. El dogma es un fierro viejo y el Credo unívoco una blasfemia.

Cierto es que el anciano Rahner ha perdido fuerza. Su autoridad no entusiasma ya a la nueva generación como encantaba a la precedente. Pero, advierte Gherardini, "que nadie se ilusione, el mal es ya metástasis", con obispos rahnerianos y no pocas cátedras de teología asentadas en esas ideas. Hans Küng ha sido un digno émulo y continuador de Rahner.

¿Ecumenismo? La inspiración hegeliana y existencialista no ha sido el único factor contaminante. La contaminación mayor viene de un ecumenismo sin reglas o con reglas falsas, inspirado en la búsqueda de lo que une y no a la solución que divida. Se baila una especie de minuet: un paso adelante y otro atrás para quedar siempre en el punto de partida. Vale decir: "cada uno con su verdad".

No se puede afirmar que ello se deba a Vaticano II, aunque indirectamente en el debate teológico del postconcilio se dejó la tradición atrás.

Es evidente que un ecumenismo de esa ralea no tiene nada en común con lo que en otras ocasiones se ha tenido por constitutivo de la Iglesia Católica, la *Ecumene*, la Casa Común Universal hoy y siempre.

El concepto de unidad ha sido declarado enfáticamente pero sin haberlo definido exhaustivamente. Así se ha dicho: "Nosotros todos unidos en un solo cuerpo constituimos la Iglesia [...] por nuestra misión al servicio de todos". Estas palabras han sido oficiales, procedentes del mensaje pascual de 2004; un mensaje común para todas las denominaciones cristianas.

Al respecto Monseñor Gherardini acota: "*Risum teneatis amici*" (Horacio, *Ars poetica* 5) o sea "¿Podríais contener la risa? (de cosas tan ridículas) y agrega: "me pregunto también cual podría ser el significado que Juan Pablo II (*Ut unum sint*, 25 de mayo de 1995) daba a su solemne proclamación sobre el ingreso irreversible de la Iglesia Católica en el diálogo ecuménico").

Nuestro autor aprovecha la ocasión para recordar al antiguo secretario del Consejo Mundial de Iglesias que en 1948 llegó a afirmar que "el sincretismo es el peligro mortal del Cristianismo". O a Renzo Bertalot, otro conspicuo protestante que en 1982 declaró: "Es necesario volver a reflexionar sobre el Papa, el sacrificio de la misa, los sacramentos y María", concluyendo: "¡Qué ducha fría para los ciegos y los sordos del postconcilio!"

La Tradición en Vaticano II

Luego corresponde interrogarse qué cosa entendía Vaticano II cuando invocaba la Tradición. En latín "*traditio*" o "*transmissio*" expresa tanto el hecho de transmitir como su contenido. Y en el concepto de Tradición por tanto entra la verdad divinamente revelada.

A la unidad entre Sagrada Escritura y Tradición viene agregado un tercer elemento que es el Magisterio de la Iglesia. Encima Vaticano II añade que "esta Tradición de origen apostólico progresa [...] un progreso extrínseco [...] no de cosas nuevas sino de un modo nuevo de exponerlas y de entenderlas." *Non nova sed noviter*.

Ese progreso auténtico debería ser relativo a la formulación, no a la sustancia. En cuanto a los tres coeficientes vitales de la Iglesia: Escritura, Tradición y Magisterio, exige hacer una distinción real. La Escritura, sagrada y venerable, no tiene la eficacia saludable de otros instrumentos de salvación (por ejemplo: los sacramentos). La Tradición, según Monseñor Gherardini, es un tanto azaroso decir que transmite "integralmente la Palabra de Dios", como hace la constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Revelación. Y en cuanto al Magisterio por su función propia no debe crear sino confirmar *hic et nunc* lo que es o no es la Palabra de Dios. El no haber hecho la correspondiente distinción no aumenta la eficacia de su función, ni contribuye a la claridad de la doctrina.

La Tradición ¿fue autoridad dogmático-normativa de Vaticano II? El Concilio invoca a la Tradición y la propone para toda la Iglesia como "la autoridad de referencia y la base indiscutible" en apoyo de las posiciones más innovativas. En *Dei Verbum* declara que "la Escritura Sagrada junto con la Tradición es la regla suprema de la Fe."

Sin embargo, en su "Vulgata" interpretativa, la Tradición transmite solamente lo que contiene la Escritura aplicando el contenido escrito "a la exigencia de los tiempos", lo cual ya la coloca fuera de la noción clásica de Tradición. Como dice Gherardini: "Queda aún por entender si el contenido de la revelación escrita debe ser uniformado a las exigencias de los tiempos –o, como parece obvio y debido–, los tiempos a la exigencia de la Revelación".

La Escritura está divinamente inspirada, la Tradición divinamente asistida y ambas transmiten la buena nueva del misterio salvífico; una con la palabra divina, la otra con palabra humana.

El Concilio habla de "la Tradición viva de la Iglesia". Nuestro autor señala que se trata de una expresión aparentemente imprescindible pero que en realidad es ambigua. Imprescindible porque la Iglesia es una realidad viva y la Tradición es la vida misma. Pero ambigua porque se presta a introducir en la Iglesia cualquier novedad, aun la más contraindicada como expresión de su vida. Cuando lo nuevo se presenta con el rostro de la cultura inmanentista y fundamentalmente atea de nuestro tiempo, la doctrina de siempre se convierte en una ilusión. Por ejemplo: el "trascendental" de Rahner no podrá jamás ser declarado elemento de la Tradición viva, más bien en la tumba.

Vaticano II y la Liturgia

Nuestro autor adelanta que se limitará brevemente a considerar la reforma litúrgica frente al "*input*"(*sic*) impreso por la constitución *Sacrosantum Concilium* –dedicada a la Liturgia– al así llamado aggiornamiento conciliar de la Iglesia. Dicha constitución establece la revisión del año litúrgico según las condiciones del tiempo presente. Desgraciadamente dicho documento no fue el único principio que no advierte una reforma hábilmente maniobrada. Así pues pone énfasis en "el incremento de la Liturgia" a efectos de lograr "una participación activa de todo el pueblo de Dios" de la cual no salió una liturgia enriquecida sino todo lo contrario.

La Iglesia decide no imponer una rígida uniformidad; al contrario, introduce un número indefinido y descontrolado de variedades hoy verificable en los hechos.

En cuanto a la lengua establece que sea conservada en los ritos latinos. Se procurará que "los fieles sepan recitar y cantar juntos también en latín las partes del ordinario de la misa". Como excepción estipula que "el Ordinario (se refiere al ordinario de lugar, el obispo) podrá conceder el uso de versiones en lengua vulgar a los clérigos que tengan impedimento en recitar el oficio debidamente". Se concede a la lengua vulgar un espacio propio "especialmente en las lecturas y en las admoniciones [...] según las normas fijadas para el caso singular".

La posibilidad de la concelebración se reserva para determinados casos: para demostrar la unidad del sacerdocio, el Jueves Santo, en las misas de los concilios, en reuniones de obispos y sínodos, en la misa para la bendición de un abad, en la misa conventual, dejando al Ordinario que juzgue cada oportunidad.

Dice Gherardini: "basta saber leer para entender [...] la acción nefasta de estas

excepciones" que en los hechos se traducen en una anarquía litúrgica que llega a la manumisión de textos, y a la sustitución de los mismos no solo en la parte didáctica de la misa sino también en el Canon y hasta en la Consagración eucarística, introducción de danzas y explosión de cantos caracterizados por palabras extrañas o en oposición a las disposiciones de la misma constitución. Así pues se utiliza música sincopada, exenta del sentido de lo sacro; comunión en la mano, etc: una anarquía inexplicable. ¿De veras inexplicable? Ciertamente San Pío X en 1903 promovió la labor de dos centros musicales de excelencia: Solesmes y Maredsous y luego otros que hicieron una obra valiosa para la revaloración del canto litúrgico y la participación de los fieles en ello.

Desgraciadamente hoy asistimos a una tendencia que ha invertido la marcha de aquel movimiento litúrgico centrándolo en el hombre, en su psicología, en lugar de su relación con lo sagrado. Poco a poco elementos heterogéneos se han sobrepuesto a la "parte inmutable" de la Liturgia.

Aquí pues, el Concilio directa o indirectamente más que haber abierto una ventana abrió las puertas de par en par. Las innovaciones entraron por la puerta ancha sin que jamás se definiera la esencia del rito romano y por tanto quedaran fuera fantasías sin ningún fundamento.

Monseñor Domenico Bartelucci entonces Maestro de la prestigiosa Capilla Sixtina, después de observar la nueva liturgia concebida y puesta en acción con justificativos prácticos afirmó: "ha nacido sin la música, diría que con aversión a ella, entregada al diletantismo de mal gusto, a la facilonería, al punto de que a esta liturgia le va bien esta música".

La reforma litúrgica. Monseñor Gherardini dice que "continúa creyendo en la buena fe de los padres conciliares, al menos en su mayoría, y por ello en la responsabilidad material, no formal. Pero de responsabilidad se debe hablar. La reforma no fue obra del Concilio pero fue perfeccionada a la luz de criterios conciliares; de ese aperturismo fogoneado deliberadamente".

Si de responsabilidad se trata Monseñor no se calla. Recuerda a la obra del Padre Anibal Bugnini, especialmente *La Reforma Litúrgica. 1948-1975*, editada en Roma en 1997, donde intenta librarse de la acusación de "progresista" con el argumento falso de que siempre hubo un motor de ininterrumpida actividad reformadora. También el Cardenal Antonelli observó que el postconcilio viene poco a poco realizando lo que el Concilio no terminó: la reforma litúrgica.

El Concilio no terminó aquel 29 de febrero de 1964, pues la misma Secretaría de Estado dispuso la aplicación de la reforma litúrgica consistente en "aplicar la Constitución en la letra y el espíritu del Concilio". El reconocimiento de un "espíritu" del Concilio permite entonces pensar que Vaticano II no nació por generación espontánea y gratuitamente. Nuestro autor indaga y descubre que en el discurso inaugural Juan XXIII dijo que la Iglesia no deberá jamás renunciara conservar el patrimonio de la verdad pero que debe considerar atentamente el tiempo actual valiéndose de "las maravillosas invenciones del intelecto humano". Pero como agrega Monseñor Gherardini, para expresar eso no hubiera sido necesario convocara un Concilio Ecuménico.

He aquí una pista del "espíritu" del Concilio. La novedad que este propone a la atención fue el hombre, su dignidad, la unidad del género humano. Esta novedad era el fin del famoso *aggiornamento*. Monseñor Gherardini deduce, en base a textos de Juan XXIII, que "privilegia el pensamiento moderno para revestir a nuevo la verdad revelada", aunque "también para eso una sola verdad absoluta es inconcebible", la metafísica está fuera de la historia y el Cristianismo o es sociológicamente ético o no tiene títulos para ser reconocido por la cultura e inscripto en la civilidad.

Las enseñanzas de Paulo VI y de sus colaboradores se revelaron consecuentes respecto de dicho "espíritu" y la reforma litúrgica no podría haberse inspirado en otro. El *"Novus Ordo Missae"* del suave Juan XXIII es la prueba.

Nuestro autor indaga en los textos conciliares y en sus traducciones con suma erudición y comprueba que traicionan el reclamado sentido del original latino. Y pone varios ejemplos que sería largo citar en una recensión. En todo caso está claro

que la sustitución del latín por la lengua vulgar privilegia al hombre elevándolo a los niveles de lo divino sino abajando el rito a los niveles humanos.

La del latín fue una gran pérdida y sin duda mucha influencia tuvo el libro de Bugnini, que llegó a escribir que "ninguna parte de la acción sacra se justifica en una lengua no comprendida por el pueblo".

El avance de los textos en lenguas vulgares experimentó una verdadera escalada. El primer paso se dio el 21 de abril de 1964 con la excepción del Prefacio y del Canon; el segundo el 27 de abril de 1965 dando a las conferencias episcopales autorización para los cambios y finalmente el tercero el 10 de agosto de 1967 traduciendo directamente el Canon a lengua vulgar.

Gherardini recuerda el "Breve examen crítico a la nueva misa" de los cardenales Ottaviani y Bacci que le fuera presentado a Paulo VI en 1969. Allí lamentaron la supresión del latín pero sobre todo la nueva filosofía de la Santa Misa.

No es que no fueran escuchados, pero el dictamen careció de efectos prácticos y como resume nuestro autor: "siguió impertérrita la aventura litúrgica, se abajó lo sacro del rito, se abrió a la improvisación la plegaria de los fieles mediante un descontrolado "horizontalismo"; se redujo drásticamente el Ofertorio por no anticipar la parte sacrificial del rito; se multiplicaron los cánones –algunos de baja resonancia lingüística, teológicamente hablando.

Todo ello en medio de la libertad desenfrenada de los obispos, sacerdotes y religiosos como si la Liturgia les perteneciera en propiedad, sumado todo a la complacencia de la autoridad competente central.

Ya en 1985 el entonces Cardenal Ratzinger lamentó "una Liturgia fabricada", salida de las manos de profesores y no de confesores.

A esta revolución Gherardini la llama "teatralidad colectiva", refiriéndose en particular a la comunión en la mano, a la cantilena desabrida semiherética, al ostracismo con que se castigó la posición "*versus Domino*", a la devaluación del concepto litúrgico del altar, a la desaparición práctica del gregoriano sin sustituto válido, al hacer incompatible el arrodillarse con el altanero quedarse de pie – a la par frente al Señor. Y, además, con un signo de paz convertido en una señal de atención y simpatía al otro y a todos los demás.

Finamente la expresión "celebrar vuelto al pueblo" despojado de toda significación teológica, como ya lo explicara K. Gamber en su libro *Zum Herren hin!*, traducido al español no hace mucho.

El gran problema de la libertad religiosa. La declaración conciliar *Dignitatis Humanae* tuvo como punto de partida el esquema de una subcomisión conocido como "Documento de Friburgo" (27 de diciembre de 1960) concentrado en la idea de una tolerancia fundada en el amor. De la tolerancia se pasó luego en junio de 1962 a la libertad religiosa con un documento fundado teológicamente.

La citada declaración gira en torno al principio de la dignidad de la persona humana la cual exige, por un lado, la libertad de pensar y obrar conforme a las convicciones personales y, por el otro, la libertad de practicar pública y privadamente la propia fe.

El fundamento de la libertad religiosa estaría en la naturaleza humana, teniendo en cuenta el pluralismo existente en la sociedad moderna. O sea, llevando la libertad religiosa al nivel de las demás libertades civiles, sin ninguna obligación moral de indagar entre todas las religiones aquella que *es* la verdadera.

Monseñor Gherardini se pregunta, siendo la "libertad religiosa" meramente funcional: ¿no será quizá la declaración conciliar exaltada de *Dignitatis Humanae* la primera causa –ciertamente no querida– del consabido relativismo? Y subsecuentemente se explaya sobre autores y obras que en resumen sostienen que todas las religiones son equivalentes, que la Iglesia no es independiente de Estado, que cada uno es libre de pensar como más le guste en esta materia, que el sacerdote es el hombre de a pie no del altar, etc.

Esta malentendida libertad se vincula hasta hoy con un pedido reciente a Benedicto XVI para que reniegue de un "Iglesia moralista y sexófoba", dando espacio con igual dignidad a todas las relaciones afectivas, al amor plural que incluya homosexuales, transexuales, divorciados y separados (a propósito de lo cual cita la obra de C. Cannavo: *Pretacci: storia di uomini*

che portano il Vangelo sul marciapede, Rizzoli, Milano 2008) .

Respecto de la libertad de conciencia en el documento, nuestro autor recuerda que Gregorio XVI y Pío IX calificaron de delirantes a quienes la sustraen del primado de Dios y sus leyes.

¿Y ahora?, se pregunta Monseñor Gherardini, ¿qué hacer? Si a Vaticano II se le pudiera reconocer el valor absoluto de otros concilios ecumémicos y, a la vez, ¿qué valor darle a declaración conciliar *Dignitatis Humanae*?

La libertad religiosa se define como inmunidad de toda coerción, a la vez que asegure que la elección religiosa sea libre y responsable. Pero resulta que la libertad en este plano asume las connotaciones de las tres acepciones clásicas: de ejercicio (querer o no querer), de especificación (elegir una cosa antes que otra y otras) y de contrariedad (posibilidad de elegir el bien tanto como el mal) (Sto. Tomás, *De Ver* xxii, 6).

La declaración conciliar, dice Gherardini, debió poner un poco de más atención en esta premisa y también sobre el concepto de tolerancia. En cual tiene como punto de referencia el mal (del bien no puede hablarse de tolerarlo) soportado por motivos naturales o sobrenaturales; por ejemplo, para evitar un mal mayor.

También la declaración sostiene que la libertad es una doctrina que tiene sus raíces en la revelación divina, en un delicadísimo equilibrio entre el derecho natural y la revelación bíblica.Y agrega nuestro autor: "si digo equilibrio es evidente que no digo supresión del deber creer en la Palabra de Dios abrazando la única religión por Él revelada".

La libertad en el decreto *Dignitatis Humanae* tiene poco en común con la de la *Mirari Vos* de Gregorio XVI, la *Quanta Cura* y el *Syllabus* del beato Pío IX, con la *Inmortale Dei* de León XIII (sobre todo en lo atingente a las relaciones entre autoridad civil y gobierno de la Iglesia), el decreto *Lamentabili* del Santo Oficio y con la *Humani Generis* de Pío XII. Y no es que se trate de cuestiones de lenguaje sino que la diversidad es sustancial. Entonces ¿es que tenemos dos magisterios? La pregunta es improcedente porque el Magisterio Eclesiástico es, por naturaleza, uno e indivisible.

¿Ecumenismo o sincretismo? En el postconcilio la renuncia a la misión evangélica activa, a la conversión, ha tenido consecuencias. La visión romántica del Papa Roncalli entró de pronto en el aula conciliar. Y los Padres entraron en el Concilio en buena parte sin una idea bien clara relativa al diálogo ecuménico, escribe Gherardini.

Hubo observadores no-católicos que auspiciaban la visión ecuménica del Concilio, aunque otros (como K. Barth, R. Mehl, M. Crespy) excluyeron la posibilidad de una colaboración con el catolicismo romano .

La cuestión también dividió aguas entre los Padres conciliares. Para algunos la reintegración sólo consistía en encauzar un diálogo sobre la Fe, la Sagrada Escritura, los sacramentos y la vida cristiana. Para otros había, a priori, vallas insalvables sobre los sacramentos donde el disenso es casi total porque la divergencia se hallaba en la noción misma de sacramento. Por lo cual, según Gherardini, un diálogo –en gran parte de sordos (*sic*)– era dudoso que tuviera alguna eficacia.

Claro es que para muchos la coincidencia sobre las miserias sociales de nuestro tiempo podrían servir para ordenar acciones prácticas, colaboración entre iglesias, pero no sería correcto confundir esto con la idea de ecumenismo.

Otra confusión se suscita entre la recomendación a los fieles de tratar con gran cortesía y caridad a los hermanos separados por un lado y la complacencia en un diálogo con el mundo moderno conjuntamente con un elogio a la cultura humana y también al avance de la ciencia, incluidas "las ciencias sagradas que progresan a un ritmo antes desconocido".

En el documento *Ad gentes* se refuerza esta tesitura y se traduce en colaboración –ya no meramente práctica– con los hermanos separados según las normas del "ecumenismo".

En suma, un ecumenismo vulgar importa: la supresión de al menos cinco sacramentos, reducción de la Eucaristía a la celebración del testamento de Cristo, culto de la Sagrada Escritura recortada caprichosamente, ausencia de un verda-

dero culto a la Virgen y, entre otras cosas más: negación del oficio papal.

El problema, prosigue Gherardini, no era "si la Iglesia Católica abraza (a los hermanos separados) con respeto fraterno y amor" sino si las divergencias existentes en el campo doctrinal se cancelarían con un simple golpe de borrador. Cuando el discurso se refiere a una acción comunitaria se reconoce más una reforma que una conversión, una conversión interior, del corazón, de la vida (una metanoia) y así se entra en el ámbito de la Iglesia "*semper reformanda*", inficionada del cambio por el cambio.

Ocurre que las divergencias no son solo de índole histórica, sociológica, psicológica y cultural sino que sobre todo son de interpretación de la verdad revelada. Ya el célebre Cardenal Mercier en tiempos del encuentro de Malinas (1921-26) acuñó la fórmula "Iglesia unida, no absorbida", como expresión del ideal ecuménico.

Según Oscar Cullmann, citado como "coloso" por Gherardini, nadie debe esperar la invitación al "*sacrificium fidei*": "Los protestantes deben quedar protestantes; los católicos, católicos; los ortodoxos, ortodoxos. No por decisión propia sino por la "*koinonia*" de todos los cristianos, querida por Cristo.

Por lo demás, la expresión "hermanos separados" evidentemente referida a los protestantes de nuestro tiempo ignora del todo la evolución histórica del protestantismo. Y, en todo caso, aun cuando Lutero en 1573 habría estado dispuesto a hacer concesiones una cosa jamás hubiera sido puesta en discusión: la doctrina de "la justificación por la sola fe". Y en cuanto al anglicanismo su "acercamiento" con ordenaciones hasta episcopales de mujeres y ambigüedad sobre moral sexual, divorcio y aborto, no es hacia el Papa, ni a la Iglesia, son una aproximación al cristianismo aggiornado.

La iglesia de *Lumen Gentium*. Dice Monseñor Gherardini al encabezar este capítulo final del libro que estuvo tentado de escribir: "Luces y sombras de la constitución dogmática *Dei Verbum*", habida cuenta de la confusión exegético-teológica actual.Y a continuación hace un análisis pormenorizado del documento. Finalmente se recuerda que *Lumen Gentium* fue aprobado por 2.151 votos a favor y 5 en contra el 21 de diciembre de 1964. Y ha quedado como la manifestación más significativa de lo que se propuso Vaticano II... y lo consiguió.

Nuestro autor no cree que sea la mejor expresión teológica de la Iglesia. Encuentra que sobran repeticiones y su doctrina se presta a interpretaciones discutibles e incoherentes.

Hay que reconocer que ningún concilio anterior prestó tanta atención como este a la Virgen María. Al mismo tiempo llama la atención el énfasis puesto en la transformación de la Iglesia, en la institucionalización del cambio que lleva a hablar de "una nueva imagen de la Iglesia" que será siempre nueva en razón de esas transformaciones.

La gran novedad quizá fuera el tratamiento de la Iglesia como sociedad, bien que "sociedad perfecta" de naturaleza no terrenal sino celeste, una especie de sacramento. Bien que fundada por Cristo el texto se preocupa de no herir a los hermanos separados aclarando que esta Iglesia "subsiste" (*sic*) en la Iglesia Católica.

Respecto de la cuestión de la colegialidad, impropiamente llamada "colegio de los obispos", dice Gherardini que hubiera sido mejor llamarlo "*corpus*" o sino "*ordo*", puesto que en nada modifica la tradición de que el Papa es el obispo de Roma y no un miembro más de un ente colectivo. Y que el papa tiene la potestad de ejercer su función de dos modos sin por eso perder su autoridad única.

Termina el libro con un Epílogo después de pasar revista a 16 documentos de Vaticano II y deteniéndose una y otra vez para considerar los efectos en el embrollado (*sic*) post concilio.

Para el autor el problema de fondo es si hay continuidad o discontinuidad entre Vaticano II y los 20 concilios ecuménicos precedentes. Y además si el postconcilio ha podido o no alejar Vaticano II de la Tradición eclesiástica fijando un nuevo punto de partida.

Por todo ello Monseñor Gherardini propone la relectura crítica de Vaticano II para superar la sofocante "Vulgata" según la cual el Concilio habría dicho todo y todo bien.Y además que la inquietante manifestación sobre el "humo de Satanás"

sería infundada. No obstante Juan Pablo II en 1972 afirmó: “se creía que después del Concilio habría venido una jornal de sol para la historia de la Iglesia. Y ha venido, en cambio, una jornada de nubes y tempestad, de oscuridad”. O aquel pasaje del *Informe sobre la Fe* de 1988 que dice: “es incontestable que los últimos veinte años han sido decididamente desfavorables para la Iglesia Católica”.

A continuación Gherardini confirma este diagnóstico con varias pruebas producto de la “mentalidad secularizada y la imperante cultura postcristiana”.

En una síntesis brillante que sería imprudente querer resumir, el libro se cierra con un juicio lapidario no sobre el Concilio pero sí sobre el espíritu que alentaron algunos textos equívocos o no debidamente profundizados. Por lo que su lectura es altamente recomendable.

No en vano el Papa actual ha llamado la atención sobre el relativismo, pensando sin duda en ciertas interpretaciones del Concilio –en la Vulgata– y aconseja la hermenéutica de la continuidad frente a la de la ruptura. Vaticano II a este respecto da la impresión de haber eludido esta exigencia quedándose al nivel de la declamación; declamación que no deja otra posibilidad de aproximación, haciendo callar a las raras voces un poco más exigentes

El libro se cierra con una “Súplica al Santo Padre” pidiendo un examen del Concilio que trascienda la posibilidad operativa de una sola persona como el autor quien entre muchas otras preguntas interroga: “¿Cuál es la verdadera naturaleza de Vaticano II? ¿Cuál es la noción precisa de la pastoralidad? ¿Es posible definir como dogmático a Vaticano II? ¿Ha sido un evento que rompe lazos con el pasado e instaura una nueva era bajo todos los aspectos?

Con el debido respeto pide al Santo Padre una definición que obligue al postconcilio a interpretarse en la línea de una indiscutible continuidad.

Informaciones oficiosas dicen que el Papa tiene un ejemplar de este libro en su mesa de luz. Nadie puede comprobarlo, pero lo que sí se puede saber es que su contenido –semejante en mucho a *Iota Unum* de Romano Amerio– coincide con el pensamiento de Benedicto XVI y que sin duda su lenguaje claro y contundente despejará muchas nubes que oscurecen a la Iglesia de hoy.

Patricio H. Randle

Ismail Kadare
The Siege
Edimburgh 2008

Curioso libro de un escritor albanés poco conocido hasta que obtuvo el premio “*Man Broker International*” en 2005. En esta recensión seguimos la edición inglesa traducida del francés que a su vez lo fue del texto original en albanés datado en Tirana en 1970.

Como puede advertirse por el título se trata del sitio sufrido por una fortaleza en Albania a manos de invasores otomanos al promediar el siglo XV poco antes de la caída de Constantinopla.

Como se sabe, Albania sufrió durante casi toda la mitad del siglo XX el yugo de un régimen comunista cruel como pocos, primero de obediencia soviética y pronto sometida a la férrea tiranía de Enver Hoxha que sobrevivió al desinterés de aliados y de stalinistas recibiendo apoyo del régimen comunista chino de Mao Tse Tung. Libre de contrapesos extranjeros, Hoxha se caracterizó por el terror aplicado especialmente contra el clero y fieles católicos sobrevivientes de la dominación otomana ejercida durante cinco siglos que conservaron milagrosamente la fe viviendo en reductos, uno de los cuales fue el hogar donde nació y se crió la Madre Teresa de Calcuta.

En 1443 George Castrioti –nombre con resonancias venecianas– y con el apelativo Skanderbeg unificó a los albaneses y proclamó la guerra santa contra los otomanos cuando los príncipes albaneses habían sido forzados a capitular y a pagar el tributo al Sultán.

En esas circunstancias se desarrolla el relato de *The Siege* que es una página heroica de la historia poco difundida de Albania, por la resistencia que opuso al ejército otomano que inicialmente les salvó la vida por necesitar unirse al resto de la

tropas que finalmente capturaron Constantinopla y la bautizaron Estambul.

Skanderbeg, héroe nacional, tiene una historia curiosa pues inicialmente combatió al Otomano y siendo vencido optó por pasarse al bando contrario. Fue allí que reveló sus dotes militares a la par que debió renegar de su cristianismo obligado por el entorno islámico al que se sometió durante años antes de regresar a su patria y a su religión original.

Previamente al sitio, dirigido por el poderoso príncipe otomano de la época, Murad Han, había enviado una delegación pidiendo la rendición de los albaneses ofreciéndoles a cambio no hacerles ningún daño. Aparentemente buscaban reemplazar la bandera con el águila negra que ondeaba en el bastión por la de la media luna, pues supuestamente aquella otra "ofendía el firmamento", sin duda porque la identificaban con el Cristianismo. Aunque su verdadero fin era la conquista del poder, los otomanos pretendían perseguir un símbolo de los "infieles".

El autor Ismail Kadare ha preferido situar el relato en un plano ideológicamente neutro, sin nombres históricos, ni fechas, a pesar de lo cual parecería que el Sitio se refiere al de Kruje, que en 1466 aguantó victoriosamente el sitio del Sultán Mohammed II que debió abandonar el lugar. Ello no obstante, en 1478, doce años más tarde, Kruje cayó en manos de los turcos y en 1501, con la evacuación de Durazzo por parte de los venecianos, toda Albania cayó bajo el dominio islámico.

Durante los cuatro siglos de dominación turca en Albania pudieron sobrevivir católicos romanos y ortodoxos griegos en un país devastado por la conquista turca que destruyó todos los monumentos de origen cristiano y latino.

Qué motivos tuvo el autor para no reivindicar explícitamente el mérito de la fe cristiana no se saben. Sin embargo hay que tener presente que durante el régimen de Hoxha no ha de haber sido fácil ejercer libremente el oficio de escritor, sólo revelado tras el derrocamiento del tirano y su régimen de total aislamiento internacional en que vivió.

Los otomanos, por otra parte, habían incorporado gradualmente aliados persas, caucásicos, tártaros y otros pueblos sojuzgados previamente al asalto final a Constantinopla en 1453.

No se busque una defensa argumental contra el poder musulmán, pues el libro está concebido más bien como un tributo al valor de una minoría necesariamente cristiana. Por otra parte tiene el interés de introducir al lector en un capítulo histórico poco conocido en Occidente como fueron los móviles de la resistencia albanesa que defendía su pellejo mientras los otomanos estaban animados por una mezcla –todavía perceptible entre los musulmanes– de un fanatismo religioso con un deseo insaciable de dominación secular.

La figura de Skanderbeg no aparece con total nitidez ni es exaltada como la de un héroe, como si el lector albanés, para el cual fue seguramente escrito el libro, lo descontara. Tampoco hay mención del apoyo que recibieron las víctimas del sitio por parte del Estado Pontificio, ni de la ayuda indirecta que recibieron de Venecia, como si los protagonistas de libro hubieran tenido que mantenerse librados a sus propias fuerzas y mérito.

Se trata, en suma, de una obra novelada, de una historia diferente a la que suele presentar la caída del Imperio Bizantino como un triunfo fácil de lograr por parte de los otomanos.

Patricio H. Randle

Mons. Cirilo
Libertad y responsabilidad: en búsqueda de la armonía. Derechos humanos y dignidad de la persona,
Moscú 2009, 224 pgs.

El autor de este libro es el Patriarca de Moscú y toda Rusia, teólogo y conferencista de nota. La presente obra incluye diversas actuaciones y artículos suyos de estos últimos años, focalizados en el tema de los derechos humanos. Polemiza el Patriarca con diversos defensores de tendencias neoliberales, que a su juicio se han propuesto excluir los valores cristianos en la sociedad contemporánea. Es cierto

que hay que escuchar la exhortación del mártir San Ignacio Teóforo: “Comprende las características de la época”, pero ello no obsta a que nos neguemos a hacer propios todos sus propósitos. Se hace preciso establecer un balance entre el respeto a los Derechos humanos, bien entendidos, y la conservación de la identidad nacional y religiosa.

Señala monseñor Cirilo que fue en el siglo XVIII, época de la Ilustración, cuando nació en Europa la doctrina liberal, que se ratificó y reforzó en el siglo siguiente. El hombre, autoentendiéndose como valor absoluto y final, debía desligarse del orden sobrenatural, considerado como un yugo opresor, en pro de su naturaleza poco menos que endiosada. No deja de ser sintomático que en los años del poder soviético, los estandartes de la lucha contra la religión incluían una altiva expresión que Máximo Gorki había puesto en boca de uno de sus personajes: “La palabra “hombre” suena orgullosa”. Ya Diderot y otros autores de la Revolución francesa habían conjugado con insistencia el humanismo con el naturalismo y el ateísmo materialista. Así el hombre, medida de todas las cosas, se iría convirtiendo en el epicentro de un universo severamente anclado en un orden puramente natural.

En varios lugares vuelve el Patriarca a esta idea, central en su libro. El gran intento de la modernidad es la gestación de un cosmos antropocéntrico. Pero este hombre, en torno al cual en adelante todo giraba “no era solamente el hombre en sí, sino precisamente un hombre caído, pecador” (p.12). Porque, como bien señaló San Basilio, “el hombre, es cierto, fue hecho a imagen y semejanza de Dios, pero el pecado tergiversó la belleza de la imagen”. La noción de una naturaleza maleada del hombre, señala el A. con acierto, no tiene cabida en la ideología liberal. En ésta han revivido viejas ideas de origen pagano, que empezaron a consolidarse en Europa durante el Renacimiento, señalando un movimiento de involución histórica. Luego vino la Reforma, con su exaltación de la libertad del hombre, el libre examen, lo que contribuyó a consolidar las ideas del Renacimiento. “El protestantismo es en esencia la versión liberal del cristianismo”, señala el A. (p.29). Dicho movimiento cristalizó en el siglo XVIII, donde la Revolución francesa agregó su condimento. No en vano Rousseau, al tratar de la educación de la juventud, propiciaría el desarrollo natural sin influencia alguna de nada exterior. Era una consecuencia trágica de su teoría del hombre naturalmente bueno: si el hombre nace sin pecado lo único adecuado es darle una libertad completa para que descubra y actúe su potencial. Dichas ideas cristalizaron en la “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano”, el gran dogma de fe del mundo liberal, ratificada en el siglo XX por la “Declaración Universal de los Derechos Humanos”. El comunismo fue, en cierta manera, el colofón de aquel proceso de endiosamiento del hombre. Renacimiento, protestantismo, revolución francesa y comunista: tales fueron los eslabones de la cadena. Como se ve, el patriarca las tiene claras. Tras la caída del aparato Soviético dos son las posiciones que hoy se enfrentan: la secular-humanística y la religioso-tradicionalista (cf. p.69).

El valor supremo pasó a ser *la libertad*. Y ésta, casi sin límites. Es la “libertad liberal”, que se ha querido transportar del Occidente apóstata al mundo ruso e imponerla por la fuerza en el pueblo. Para ello no se necesitan ya medios de coerción y de terror, como en los tiempos del comunismo; bastan las medios de comunicación masiva, el influjo de la propaganda, la educación pública. El sobreentendido fundamental es que han muerto las tradiciones rusas y ahora sólo restan los llamados “valores humanos universales”. Hay que cambiar el derecho a profesar la religión natal por el “plato de lentejas” de la nueva civilización imperante (cf. p.35). Por lo demás, la libertad que propicia el liberalismo ha dejado de ser una mera idea de gabinete, de índole individualista, para invadir todas las esferas de la vida del hombre, la economía, la política, el derecho, la religión, etc. De allí brotan las libertades civiles, las instituciones democráticas, la economía de mercado, la libertad de culto... Es la “civilización moderna” (cf.p.32).

Nosotros, los cristianos, no podemos hacer nuestro el aserto tan reiterado: “La Iglesia nada tiene que ver con la política”,

dejando que aquella corriente siga su paso. También esa es una idea del liberalismo, que la religión constituye algo del todo personal. ¿Acaso la Iglesia no tiene ninguna posición que tomar ante los asuntos políticos, nada que decir a los políticos? (cf. p.43). El Patriarca trae aquí el recuerdo de un excelente sacerdote de San Petersburgo, el padre Mijaíl Cheltsov, fusilado por los comunistas, quien diez años antes de la revolución de Octubre escribía: "Lo más importante es que el cristianismo se manifieste en la vida con la fuerza que lo caracteriza, refleje en la unidad de la existencia la fe y la vida, y proporcione una gobernabilidad, una sociedad, una economía, una cultura y una ciencia cristianas, en otras palabras, que cristianice la vida en todas sus expresiones" (cit. en p.47). Por lo que monseñor Cirilo señala: "No es posible seguir siendo cristiano detrás de las puertas de nuestra propia casa, en el círculo familiar o en la soledad de nuestra celda, y dejar de serlo cuando vamos a la cátedra de profesor, cuando nos sentamos frente a las cámaras de televisión, cuando votamos en el parlamento o incluso cuando nos disponemos a hacer un experimento científico. La motivación cristiana debe estar presente en todos los aspectos de la esfera de los intereses vitales de una persona creyente" (p.24). Y cita una frase de S.L. Frank, inspirada en Gogol y Dostoievski: "El camino que conduce a los resultados más efectivos y sólidos es el sendero que va de adentro hacia afuera, de la vida privada a la vida pública" (cit. en p.60).

En los últimos tiempos, tanto en Europa como en la ex Unión Soviética, se ha exaltado con predilección el valor del progreso científico. ¿Quién podría negarlo? Sin embargo, en última instancia, el progreso de la técnica no deja de ser algo neutro: posibilita al hombre hacer el bien o el mal, y ello en proporciones colosales. Pero el bien y el mal son categorías morales. La falta del resorte moral nos puede poner al borde del cataclismo. Por lo demás, el culto de la ciencia ha ido inclinando al hombre cada vez más al confort y el consumismo "Esta ascensión por la espiral del poder material se ve acompañada por cambios alarmantes en el ámbito de los valores éticos" (p.56). Las comodidades materiales van sustituyendo paulatinamente los valores morales. El hombre moderno, coherente con los principios que lo rigen, sólo parece buscar la felicidad en la tierra. En Rusia, recuerda el A., durante setenta años el poder soviético nos pidió que nos sacrificáramos y renunciáramos a todo en aras de la felicidad futura, del paraíso en la tierra. El comunismo en Rusia ha caído, es cierto, pero aun tras su derrumbe, la gente, influida por aquella exhortación marxista y el consumismo occidental, no piensa en otra cosa que en esa misma felicidad, mayores comodidades y bienestar siempre acrecentado. Sobre la base de la trágica experiencia histórica que hemos vivido, agrega, estamos en condiciones de dirigirnos al mundo y asegurarle que la mera prosperidad nunca otorgará la felicidad si se realiza fuera del contexto de las necesidades espirituales de la persona.

Lo más grave es que cada vez menos gente se interesa por la verdad. Su lugar se ve ocupado por "el pluralismo de opiniones". Todas las cosmovisiones son iguales, y por eso tienen igual derecho a existir (cf. p.98). Preñada de desgracias se encuentra esta libertad, que es la propia del liberalismo. Porque la libertad, tal como la entendemos los cristianos, es otra cosa. Cuando Dios creó al hombre, haciéndolo a su imagen, le dio la voluntad para que eligiera el bien, no el pecado, o cualquier opinión. Para San Pablo el hombre debe ser libre en Cristo, es decir, libre de las cadenas del pecado. "El hombre adquiere la verdadera libertad a medida que se libera del pecado", afirma el (p.31). Dios le dio la libertad para que pudiera conformarla con la de Dios. La idea liberal no nos llama a liberarnos del pecado, pues en el liberalismo no existe siquiera el concepto de pecado. El hombre puede pecar con tal que no vaya contra la ley. Basta que las leyes lo permitan para que todo sea lícito, el divorcio, la homosexualidad, el aborto y tantas otras aberraciones, "y por cuanto el pecado es atractivo, rápidamente infectaría amplias capas de la sociedad. Y con mayor razón si en esa propaganda se invierten grandes cantidades de dinero y se utilizan medios modernos de influencia sobre la conciencia humana" (p.115). Al excluir el concepto de pecado y de responsabilidad individual, las presuntas libertades, ordenadas

al fortalecimiento del “yo” pecador, no son capaces de detener la degradación de la sociedad, pues sustentan objetivamente la libertad de un hombre caído. “Tal libertad se convierte en libertinaje” (p.74).

Por tanto, reitera el Patriarca, sólo podremos aceptar los llamados *derechos humanos* si ellos son compatibles con los valores culturales, nacionales y religiosos del país. El argumento central de la concepción moderna de los derechos humanos, agrega, es la idea de la *dignidad del hombre*. Los diversos derechos y libertades se formulan precisamente para defender la dignidad humana. Así lo afirman. De ahí la necesidad de dejar bien en claro lo que es realmente la dignidad humana. El hombre la recibió cuando tras ser por Dios creado a su imagen fue puesto como rey de la creación. Ni siquiera la ulterior caída del pecado aniquiló esa dignidad, si bien ésta quedó disminuida. El hecho es que Dios no destruyó al hombre que se apartó de Él. Al contrario, para que saliera de su abismo, el Verbo se hizo carne; así se liberaría del pecado, y volvería a resplandecer su dignidad. La Encarnación testifica el altísimo valor de la naturaleza humana, mucho mayor, agreguemos nosotros, que el que le atribuyen sus presuntos exaltadores liberales. El hombre debe pasar de ser imagen a volverse semejanza, es decir, vivir en gracia, y parecerse cada vez más a su Creador por la práctica de las virtudes. La caída del pecado no canceló dicha tarea, si bien se hubiera vuelto inejecutable sin la ayuda de Dios. Sólo en el cristianismo, o mejor, en Cristo y en la moral por Él enseñada, el hombre vuelve a encontrar toda la riqueza de su dignidad. Cuando los derechos humanos se divorcian de la moral se profanan “pues no existe una dignidad inmoral” (p.189). Más aún, la idea de la dignidad del hombre y, por tanto, de sus derechos, fue introducida en la cultura europea precisamente por el cristianismo, que destacó el valor inefable de cada persona. Esto será preciso afirmarlo claramente en la ONU, ante la comunidad mundial. Aquellos derechos, habrá que reiterarlo, sólo serán aceptables cuando se conjuguen con la idea de hombre como imagen de Dios. “Pero si separamos el respeto y la defensa de los derechos humanos de la responsabilidad moral del hombre ante Dios y la gente, condenaremos a la humanidad a sucumbir ante las pasiones, a tal explosión de instintos que fácilmente transformará la sociedad en una manada de lobos” (p. 97). El A. trae aquí a colación la conocida afirmación de Dostoievski, si bien con algún retoque: cuando una persona no ve que comete pecado, piensa que todo le está permitido (cf. p.113). Los derechos humanos, tal como hoy se los entiende, defienden sólo el libre albedrío, pero nada dicen sobre las responsabilidades de la persona.

El Patriarca recuerda una de las decisiones que se tomaron en el X Concilio Universal Ruso, que se celebró el año 2006 en Moscú, donde se procuró otorgar a la concepción de los derechos humanos una base teológica, tratando de unir aquella concepción con el punto de vista cristiano tradicional, o, en otras palabras, mostrando las raíces cristianas de los derechos humanos (cf. p.138). Aceptar lo contrario sería un atentado contra la religión y contra la patria.

Monseñor Cirilo termina pidiéndole a sus fieles que no se plieguen a la ideología del Iluminismo predominante en Occidente. Porque “Europa está perdiendo su alma. Durante siglos el alma cristiana de Europa le daba vida; le hacía extremadamente atractiva [...], daba a su cultura un carácter universal. Actualmente los valores europeos se vuelven cada vez más seculares” (p.136). No es lícito alejarse de la enseñanza tradicional que amamanta a la Iglesia, proveniente de los Apóstoles, si no se quiere dejar de ser lo que se es. La experiencia rusa servirá al Occidente para que se aparte de su camino extraviado.

Nos reconfortan las palabras del Patriarca de Moscú y toda Rusia. No las solemos escuchar entre nosotros. ¿No podrían constituir un punto de encuentro entre la Iglesia Ortodoxa y la Católica? Así parece insinuarlo el A. “El hombre a quien el papa Benedicto XVI dio una audiencia personal al día siguiente de su coronación fue vuestro humilde servidor. Y nosotros hablamos de esto. Las Iglesias Católica y Ortodoxa en el mundo actual son aliados naturales y únicos en la dura lucha que se libra entre los representantes

del liberalismo secular y los portadores de las tradiciones cristianas. Nosotros podemos conjuntamente con los católicos defender los valores cristianos. Y existe cierta experiencia de tal trabajo. Así, en el proceso de preparación de la Constitución Europea nosotros mantuvimos un diálogo muy activo con la Iglesia Católica y llegamos a una comprensión mutua" (p.103).

P. ALFREDO SÁENZ

Rafael Gambra
El Exilio y el Reino. La comunidad de los hombres y sus enemigos
Ed. Scire, Barcelona
2008, 94 pgs.

En esta meritoria colección "De Regno", que dirige Miguel Ayuso, se ha incluido el presente libro donde se reproducen cinco ensayos de Rafael Gambra, previamente publicados en las páginas de la revista *Verbo* entre los años setenta y ochenta. Todos ellos giran en torno a un tema común: la sociedad humana vista como comunidad de hombres. La idea tradicional encontró una encarnación concreta en España, "en la admirable unidad católica que presidió su andadura histórica, y a la que se opone la pura coexistencia que postula y activa la democracia moderna. Esto es, del «Reino» en lucha con el «exilio»" (p.12). El título de la obra reitera el que encabeza un libro de Camus, llamado justamente "El Exilio y el Reino".

Porque la *Cristiandad* tiene su historia. En alguna manera se podría decir que encontró sus prolegómenos en Platón, quien había concebido la Ciudad como un punto de encuentro de tres estamentos sociales: pueblo, guerreros y sabios. Dichos estamentos responden a los tres bienes que la naturaleza humana requiere de la comunidad y que sólo en ella logrará encontrar: los bienes materiales necesarios a la vida –labor del pueblo–, la defensa y la paz –misión del guerrero–, y la preservación de la *pietas*, cometido del sabio. La Cristiandad prolongó dicha enseñanza construyendo una sociedad también con tres estamentos: los que oran, los que combaten y los que trabajan. Las tres clases se interayudaban: los que oraban, rogando por los que combatían y trabajaban, los que combatían defendiendo a los que oraban y a los que trabajaban, y los que trabajaban manteniendo a los otros dos grupos. La justa correlación de los tres estamentos no podía sino engendrar la justicia, virtud clave de toda sociedad bien constituida.

Acertadamente advierte Gambra: "La Ciudad es como el navío de los hombres, a bordo del cual se enfrentan éstos a la furia de los elementos y alcanzan su término y destino. Pero en el que pueden también naufragar. Cuando un barco está bien piloteado y reina a bordo el orden y la jerarquía, todo en él, incluso los defectos de la tripulación, aprovechan para el bien. (Pensemos en la rudeza de la marinería, que puede ser necesaria en los momentos de peligro). Cuando, en cambio, la dirección es débil y vacilante, cuando se duda en el navío de la ruta emprendida o surge el temor del motín interno, todo en él conspira hacia el mal, incluyo las virtudes de los buenos a quienes el mismo pánico en la defensa de los suyos convierte en fieras" (p.17).

La Cristiandad fue, tiempo atrás, este navío en proa a la eternidad. Sus integrantes entendían que el fin último o bien supremo del hombre era, según lo había enseñado Santo Tomás, la bienaventuranza, objeto único que puede colmar nuestras apetencias más profundas. Para alcanzarlo el hombre tendría que llevar una vida virtuosa. Se entendía que en orden a dicho logro necesitaba de una sociedad que mediante la práctica de la justicia hiciera posible aquel estilo de vida. Se entendía, asimismo, que si al hombre le hubiese sido dado alcanzar la vida sobrenatural con las solas fuerzas naturales, le habría bastado el Estado como rector de la vida en sociedad, pero dado que para tal fin era necesaria la gracia, el mismo Cristo había instituido otra sociedad, la Iglesia, encargada de comunicarla sobre todo por medio de los sacramentos. "La sociedad humana incluye, pues, esas dos sociedades con fines diversos (uno temporal y otro eterno) que forman una diarquía complementaria y armonizable" (cf. pp.24-25).

Es cierto que ya no estamos en tiempos de Cristiandad. De ahí la nostalgia con la que quienes queremos permanecer católicos contra viento y marea miramos esa época, no exenta de defectos, por cierto, como todo lo humano, pero que en lo esencial había acertado, usando los bienes naturales pero sin perder de vista los eternos. *Uti et frui*, decía San Agustín, usar y gozar, usar de lo temporal mas sólo poner el gozo en lo eterno. Como bien escribía Gustave Thibon, explicando por qué él se consideraba tradicionalista y no arqueólogo: "¿No veis que cuando lloro sobre la ruptura de una tradición es sobre todo en el porvenir en lo que pienso?, ¿que cuando veo pudrirse una raíz si siento piedad es por las flores que mañana se secarán faltas de vida?" (cit. en p.20).

Advino la *Modernidad*. Con ella la humanidad abandonó el Reino para ingresar en el Exilio. En vez de la vieja cultura, que era una cultura de fines, se quiso implantar una civilización polarizada en los medios. Dicha civilización, afirma el mismo Thibon, "ha dotado al hombre de todos los medios de vida a la vez que le ha quitado las razones para vivir" (cit. en p.26). El "hombre moderno" sólo busca ser "auténtico", desligado o desvinculado de todas las religaciones en las que no ve sino su sujeción y esclavitud. Pero, paradójicamente, como escribe Gambra, "no es liberando de trabas y de lazos como se llega al hombre mismo y a su libertad, sino que es ese sistema de lazos creados y de entregas afectivas lo que constituye la personalidad y hace posible el ejercicio de la libertad" (p.24).

Son dos concepciones totalmente heterogéneas de la sociedad, señala el A. Fuimos Cristiandad hasta bien entrada la Edad Moderna. En los templos y hogares se oraba por los reyes y príncipes cristianos, una cruz remataba las torres de los castillos; había, al decir de Jean Daniélou, "pueblo cristiano". Hoy lo que tenemos es una "sociedad pluralista laica". Tal el proyecto de las Naciones Unidas y de la Unesco, así como la "ortodoxia pública" de casi todos los Estados llamados occidentales.

Gambra nos ofrece un análisis espléndido de lo que llama "la democracia como religión". Trae ante todo el recuerdo de aquello que decía Huxley en *Un mundo feliz*, refiriéndose a la posibilidad actual de crear "opinión pública". Lo que llamamos axioma, afirmaba el novelista, o sea, una proposición que nos parece irrebatible, se puede crear para un individuo y para una sociedad determinada, repitiendo millones de veces una misma afirmación. Sería factible lograrlo mejor, agregaba, recurriendo, durante el sueño, a un mecanismo repetitivo que hablase sin interrupción a nuestro subconsciente. ¿No ha sido ello alcanzado hoy por los *mass-media*, que han logrado el establecimiento a escala universal del dogma-axioma de la democracia? Tal es la "ortodoxia pública" de nuestro tiempo, de la que nadie puede salirse. Cualquier gobierno que no haya subido el poder por elecciones o sufragio universal recibirá el ineludible calificativo de "dictadura" y ha que luchar contra él, considerado violador de los "derechos humanos". Cualquiera que se oponga a la democracia entendida como única forma legítima de gobierno, no sólo es un rebelde, es un "hereje". Por desgracia, acota Gambra, ello ha sido admitido casi generalmente en la Iglesia. Cuando en nuestros países un grupo teatral representa espectáculos blasfemos, los prelados, en su mayoría, nada dicen, porque su intervención podría interpretarse como "una coacción a la libertad de expresión". Y aun quienes protestan, no lo hacen a veces para vindicar el honor de Dios, sino porque "tales espectáculos ofenden a una *mayoría* católica del pueblo. Es decir, concluye, protestan en nombre de la Democracia y para su defensa" (p.61). Declararse no partidario de la democracia suena hoy como en otro tiempo la apostasía o la blasfemia. Ello no carece de gravedad. Si se admite de manera irrestricta la "voluntad general" queda abierto el camino para todas las leyes inicuas imaginables, entre las cuales el divorcio, el aborto y la eutanasia. Si las vota la mayoría... Ya no es la verdad sino el número lo que cuenta y lo que vale.

La democracia moderna, que es liberal, señala el A., se opone al primero y principal mandamiento "Amarás al Señor tu Dios por sobre todas las cosas". La transgresión de los otros mandamientos puede, en ciertos casos, ser pecados de debilidad; sólo la transgresión del primero

de ellos es pecado de apostasía (cf. p.63). Los cristianos de los primeros siglos, en la época de las persecuciones, preferían las fieras del circo antes que incensar al emperador divinizado en lugar del único Dios. "Hoy no hay que reconocer como dios al emperador, sino a la Constitución" (p.64). Dentro de poco ya no se va a rezar: "Venga a nosotros tu Reino", sino "Venga a nosotros el reino del Hombre", de la opinión prevaleciente, de las mayorías. Los creyentes "sólo pedirán unos escaños en el seno del pluralismo laicista para vivir tranquilamente su fe sobre una apostasía inmanente" (p.65). Pero no olvidemos que la negación de Dios acarrea, en última instancia, la abolición del hombre.

"La democracia liberal –concluye Gambra– viene a ser, en fin, la consagración oficial del *exilio* como forma permanente de gobierno e ideal humano: la negación de un cimiento estable para la sociedad, la extirpación de las raíces, la supresión de los objetivos finales y de la trascendencia, la negación *a priori* de la sociedad como comunión en una fe y una esperanza, la eliminación de todo punto de referencia en la vida de los hombres" (p.91).

Mientras íbamos escribiendo este comentario nos venía a la mente una y otra vez la figura venerable y afectuosa de Rafael Gambra, a quien tuvimos el honor y el agrado de visitar en repetidas ocasiones. No podemos dejar de hacer nuestro lo que dice Miguel Ayuso el cierre de su presentación: "Hay unos versos de Lope que siempre he visto encarnados en la estampa del querido e inolvidable maestro: *Que es la caballería / dulce cansancio envuelto en cortesía*" (p.13).

P. Alfredo Sáenz

Alessandro Gnocchi - Mario Palmaro, *Contro il logorio del laicismo moderno* Piemme, 3ª ed., Milano 2006, 206 pgs.

Sumamente ocurrente este manual que nos han dejado dos caritativos escritores, al que han subtitulado "Manual de supervivencia para católicos". En la primera solapa queda al descubierto su propósito: "¿Llevas un crucifijo sin ocultarlo? ¿Dices que el aborto es un homicidio? ¿Defiendes el magisterio de la Iglesia y la autoridad del Papa? Si la respuesta a estas preguntas es *sí*, te considerarán un apestado. Por cierto que tus colegas y los más conocidos te seguirán hablando. Pero sólo de fútbol, de mujeres y de motores, porque en lo demás eres un asqueroso. ¿Como se hace para ser todavía católico viejo en el tercer milenio? Resulta cansador encontrar siempre de nuevo energía para explicar que hay un solo modo de ser católico, establecido de una vez por todas y para siempre hace dos mil años por Cristo. Cansador, decimos, porque tus argumentos corren siempre el peligro de acabar en una máquina de moler donde todo se vuelve igual: el mismo grano y la misma masa que va de la *new age* al budismo. Pues bien, es preciso devolver golpe tras golpe, sin complejos de inferioridad y seguros de tener que decir algo más grande que lo que dicen juntos todos los otros medios: la verdad. Pues bien, este manual ha sido escrito para todos aquellos que no quieren aflojar, para todos aquellos que santifican cada día la fatiga de volver a poner a Cristo allí donde los demás lo quitan, para todos los que no se avergüenzan de la verdad, y, justamente por ello, son invariablemente acusados de intolerancia. Y a menudo no sólo por los laicistas, sino también por todos aquellos católicos con hedor bajo la nariz a quienes les gusta definirse adultos".

¿Qué significa el título de la presente obra: *Contro il logorio del laicismo moderno*? La expresión proviene de una famosa publicidad del Cynar: en un viejo spot, Ernesto Calindri aparecía sentado tranquilo y feliz junto a una mesita en el centro de una plaza invadida por el tráfico. ¿Qué se lo permitía? Evidentemente el Cynar, ese amargo de alcachofa que prometía maravillas "contra el logorio de la vida moderna". Y bien, nosotros, los católicos, asediados por el *logorio* o el bullicio del laicismo moderno nos sentimos un poco como Calindri.

¿Quiénes son los autores de este libro tan ocurrente? Ante todo Alessandro Gnocchi, el mayor experto de la obra de Gua-

reschi que ha querido hacerse feligrés de don Camilo. Al igual que éste, es poco conciliar y poco conciliador, como lo demuestran sus otros libros. Católico, apostólico y romano, del rito bergamasco, gusta de usar para sus polémicas de un método infalible, el garrote. Refractario al macaneo de quien pretende ser católico adulto y teológicamente correcto, desde hace tiempo no es invitado a ninguna reunión pastoral. Mario Palmaro, por su parte, ha estipulado desde años con Alessandro Gnocchi un PACS (*Pacto católico de supervivencia*). Tiene tres grandes pasiones: su familia (su mujer y sus cuatro hijos); la doctrina de la ley natural, que enseña a sus alumnos en el Ateneo Regina Apostolorum y la Universidad Europea de Roma; y la revista de apologética católica el *Timone*, de la que es redactor.

Para que el lector se haga una idea más particularizada de este libro que se caracteriza por un humor tan excelente de raigambre teológica, bastará con transcribir los epígrafes de los capítulos y algo de su contenido. La parte primera se llama *Veinticuatro horas en la trinchera*: Me levanto a la mañana y ya me quedo sin aliento. Entro en la oficina y soy invitado a dejar mi fe en el guardarropa. Compro una agenda y encuentro que ya no están más los santos. Soy casado y fiel y me debería sentir incómodo. Papá, ¿el cardenal Ruini es el jefe de un lobby? Soy feliz pero los demás no entienden por qué. Enciendo el televisor y descubro que soy un residuo medieval.

La segunda parte se titula: *No, yo no reniego de nada*: La Iglesia no debe meterse en los asuntos civiles. Si un católico habla es ingerencia, si habla un teo-progresista es profecía. Debes terminarla de mostrar crucifijos e imágenes. La Iglesia odia a las mujeres, todos lo saben. ¿Cuándo dejarás de discriminar a los gay? La católica es una opinión como todas las demás (hoy todo es medido por el democratómetro).

En la parte tercera denominada: *Vade retro, Tafazzi*, encontramos: Una mañana en la escuela materna parroquial. Yendo el domingo a la misa. Todos al Consejo Pastoral, el lugar de la democracia. Ya no doy más, también esta tarde una reunión. ¿Faltan vocaciones?, hagamos un buen congreso. El Crucifijo está bien entre la estrella de David y el Corán...

La cuarta parte tiene por título: *La nacional de los laicistas*, que incluye: Comisario técnico: José Luis Rodríguez Zapatero. Titulares: Umberto Eco y diez más. Reservas: Gianfranco Fini, Darío Fo, y otros.

Fácil nos va resultando esta nota bibliográfica. Nos bastó con recurrir el índice y a las solapas. Por cierto que hemos leído el libro por entero y nos hemos reído con ganas. Que el lector se anime a hacer otro tanto. La obra se cierra con un examen, en forma de test, para discernir *si eres un católico capaz de sobrevivir en este mundo*. Dieciséis son las cuestiones, entre las cuales las siguientes:

- Son las siete de la mañana y me pongo a leer un artículo de Giovanni Sartori en el *Corriere della Sera* donde dice que el Papa no entiende nada, que la eutanasia y el aborto son la panacea de todos los males. Tres son las posibles respuestas que allí se proponen entre las cuales habrá que elegir, tanto en esta como en las otras cuestiones.

- El colegio católico de tu hijo te he mandado a casa saludos de Navidad donde hay un arco iris rodeado de la palabra "paz" en doce lenguas diversas. ¿Qué te parece?

- La maestra de la escuela estatal ha explicado a tu hijo de ocho años que el universo es todo casual, que la Biblia es un libro de fábulas y que la Iglesia está contra la ciencia y la razón.

- Tu jefe de oficina dice que para hacer bien tu trabajo hay que tener un equilibrio espiritual que solamente el budismo es capaz de darte. Participas en la Confirmación del hijo de un querido amigo tuyo. Estás rodeado por mujeres con ropa sucinta, descotadas, con minifaldas, chicas que mastican lentamente un chicle, parientes que toman por asalto el altar para sacar fotos. Con sorpresa notas que alguno está rezando.

- La maestra de la escuela estatal le ha explicado a tu hijo que el matrimonio puede ser entre un hombre y una mujer, entre un hombre y un hombre y entre una mujer y una mujer. En cambio la poligamia está equivocada porque ofende a la mujer. Agregó que así como la norma-

lidad es un prejuicio, nada tiene de extraño que dos personas del mismo sexo se quieran bien.

- Un obispo retirado ha ofrecido una entrevista donde dijo que la Iglesia debe evitar juicios apodícticos, que en la moral existen tantas zonas grises que lo importante es hallar un punto de encuentro, y que la contracepción, el aborto y los experimentos con embriones no son algo lindo, por cierto, pero lo importante es reglamentarlos, para evitar la clandestinidad. El director del personal te convoca amigablemente en su oficina y te hace entender que para no turbar la sensibilidad de los colegas –"laicos, musulmanes y de otras religiones", precisa– desde mañana será mejor que evites hacer la señal de la cruz antes de comer.

- Tu amigo librero ha puesto en la vidriera un libro con viñetas sacrílegas que ultrajan de manera pesada al catolicismo.

- Entre estos tres libros, ¿cuál has preferido?

Como dijimos, cada tema tiene tres respuestas posibles: a, b y c, que allí se determinan, cada una con su propio puntaje: 1 punto por la primera respuesta, 3 puntos por la segunda, y 5 por la tercera.

Resultado del examen: De 66 a 75 puntos: católico refractario. Felicitaciones. Has conseguido la Patente de Supravivencia católica. No temas las adversidades, los debates con los radicales, los "laicos en búsqueda" o cualquier categoría "en búsqueda". Puedes también decir que el laicismo te galvaniza, y saca afuera lo mejor de tu fe y de tu amor por Cristo y la Iglesia.

De 45 a 67 puntos: católico integral. Bravo. Podrás sobrevivir en la sociedad secularizada. Por tu firmeza frente al relativismo te llamarán integrista, pero sabes que eres católico sin más. De 36 a 44 puntos eres un católico desteñido. No has pasado el examen. Pero puedes formarte mejor y aprender a discernir.

Este libro, advierten sus autores, es una medicina. Usar con cautela.

Composición: Principio activo: doctrina católica 100%. Ingredientes: ironía, humorismo, reflexión, análisis, alguna rabieta pero sólo lo suficiente.

Forma farmacéutica: Píldoras. Tratamiento de mal de hígado, mal de estómago, palpitaciones, vértigos, vómito debido a laicidades y teoprogresisticidades. Acción antibactérica contra infecciones de relativismo, laicismo, nihilismo, indiferentismo, comunismo de vuelta, teoprogresismo, catocomunismo...

Contraindicaciones: hipersensibilidad a la doctrina católica, exaltación laicista, insuficiencia catequética grave, rechazo de la Tradición, frecuentes ataques de diálogo acompañados de repugnancias por el proselitismo, turbaciones mentales de católico adulto.

Efectos indeseados: Los productores no han tenido noticia de efectos indeseables. No existe peligro de sobredosis. Los mismos productores lo usan todos los días y no tienen problemas. Más aún, son felices.

P. Alfredo Sáenz

Junta de Historia Eclesiástica Argentina, *Furlong*
Buenos Aires 2009, 124 pgs.

El padre Guillermo Furlong es uno de los jesuitas argentinos que más he apreciado. Soy su discípulo y su amigo. Me atrevo a llamarlo "amigo" porque, en medio de las convulsiones de las últimas décadas, al ver cómo mis esfuerzos se dirigían en la misma dirección que los de él, si bien en ámbitos diversos, me llamó así, "amigo", lo que en su momento me honró sobremanera. Además me hizo confidentes de varios asuntos personales suyos. Y me animó, sobre todo durante mi ministerio en el Seminario de Paraná, proyecto con el cual se sentía identificado, como no dejó de señalármelo con la franqueza que lo caracterizaba. Por eso es para mí un gusto dedicarle estas líneas.

Trabajador incansable, Furlong debía morir en el combate intelectual. Un día lo encontraron en el vagón de un subterráneo. Volvía de hacer algunas investigaciones en archivos históricos. Resulta pues oportuno que la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, de la que fue uno de sus fundadores, haya dedicado esta obra

al rescate de su memoria, a poco más de cuatro décadas transcurridas desde su deceso.

Guillermo Furlong nació en 1899 en Arroyo Seco, un lugar del sur santafesino. Sus padres eran irlandeses, que habían llegado el país en 1885. Aunque el pueblo donde nació se encontraba en las cercanías de Rosario, su familia frecuentaba Villa Constitución, en cuya iglesia parroquial, dedicada a San Pablo, fue bautizado. Recuerdo con cuánto cariño y admiración el inolvidable padre Samuel Martino, que fue durante décadas párroco de dicha iglesia, recordaba su estampa. Cuando Guillermo –Willie– tenía seis años, sus padres se trasladaron a Rosario. Estudió allí en dos colegios donde se enseñaba en inglés; por cierto que oyó hablar mucho de Inglaterra, pero no tanto de la Argentina. Por el momento sólo chapuceaba nuestra lengua, que después tanto amaría, sin perder nunca el original dejo irlandés. En 1902 inició sus estudios en el Colegio y Seminario Diocesano de Santa Fe. Allí conoció el padre Julián Huxley, un sacerdote excepcional, que entonces lo fue todo para Furlong. Pronto éste quiso ser jesuita como aquel joven y simpático sacerdote. Uno de sus compañeros en el Seminario fue Antonio Caggiano, futuro arzobispo de buenos Aires y cardenal. En 1903 Furlong ingresó en el Noviciado de la Compañía de Jesús, sito en la actual Residencia de Córdoba. Dos años después lo enviaron a Gandía, España, donde proseguiría sus estudios. Y luego el antiguo monasterio de Veruela.

Durante esos años europeos entró en contacto con los grandes pensadores de nuestra cultura. "Con qué entusiasmo estudiábamos a Homero y a Sófocles, a Píndaro y a Jenofonte, a Virgilio, Cicerón y César; nos complacía abrir el poema latino o la tragedia griega, y recrearnos con su lectura siempre sabrosa y sabia. Hablábamos de la conspiración de Catilina como si hubiera tenido lugar en aquellos días [...] Y después de los clásicos griegos y latinos, los grandes autores modernos. Allí en plena tranquilidad de espíritu, cómo gozábamos leyendo *El Paraíso Perdido*, *La Divina Comedia*, *La Jerusalén Liberada*, o *Las Luisiadas* de Camoens". Era la vieja formación clásica y humanista.

Tras concluir dichos estudios sus superiores lo enviaron a los Estados Unidos; allí hizo el ciclo filosófico, obteniendo el Doctorado en Filosofía. Vuelto a la Argentina, en 1913 fue destinado al Seminario Metropolitano de Buenos Aires, en Villa Devoto, por aquellos años a cargo de los jesuitas, donde cumplió el tiempo llamado de "magisterio". Luego cursó los cuatro años de teología a cuyo término recibió la ordenación sacerdotal, siendo enviado al colegio del Salvador, donde pasaría prácticamente el resto de su vida. Su habitación era, como las de los demás, muy amplia. Él la mantendría casi desnuda, despojada; sólo contaba con el escritorio, siempre lleno de papeles, la biblioteca, y unos cajones de fruta donde iría colocando los documentos que iba encontrando. Pronto comenzó a publicar sus primeros artículos en la revista *Estudios*, hoy desaparecida.

Uno de los propósitos que el padre Furlong había hecho antes de recibir las sagradas órdenes fue el de consagrarse al *apostolado con los varones*, en especial adolescentes y jóvenes. Así lo cumplió puntualmente a lo largo de su vida, suscitando innúmeras vocaciones al sacerdocio. Me acuerdo que en aquellos tiempos, cuando un joven entraba en la Compañía, se decía: "¿Empresa Furlong?". Pero en modo alguno trataba de imponer la vocación, si el joven no estaba seguro de ella. Yo he tenido el gusto y el honor de haber tratado con él mi propia vocación. Era adolescente, pero quería ser como el padre Furlong. Se ha dicho que no menos de 300 jóvenes orientaron con él su llamado al sacerdocio. Durante más de cuarenta años el padre predicó los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. ¡Había que ver con cuánto fervor hablaba de Dios, de Cristo, de la Iglesia!

Diversas expresiones del *apostolado laico* lo atrajeron particularmente. Así estuvo en los comienzos del Consorcio de Médicos Católicos, así como del Ateneo de la Juventud, donde se promovía la formación física y espiritual de los niños y jóvenes. Pero sobre todo dejó una huella impar en la llamada JAC, Juventud de la Acción Católica, de la que fue asesor nacional primero, y luego viceasesor, recorriendo de manera incansable todo el país.

Fue una época de gloria para dicha asociación. Era una Acción Católica ardiente, que militaba sin tapujos en favor de la Realeza social de Jesucristo. "¡Viva Cristo Rey!", era por aquel entonces nuestro grito de combate.

Furlong se caracterizó, asimismo, por ser un verdadero *estudioso*, logrando en su vida un concierto enriquecedor entre la acción y el estudio. En especial predileccionó la *historia*, sobre todo de nuestra Patria, tanto en la época del señorío español como en la posterior a mayo. En los libros que sobre ello fue publicando se advierte su intención de reafirmar los valores tradicionales heredados y de refutar las nuevas ideas del Iluminismo. Particularmente se preocupó por estudiar las reducciones jesuíticas, obra maestra de la Compañía de Jesús con el apoyo de la Corona de los Habsburgos. Fruto de tales desvelos fue su magnífico libro *Misiones y sus pueblos de guaraníes*. Nos informa el padre que lo comenzó a pergeñar a pedido de Leopoldo Lugones. Así lo consigna en la dedicatoria de dicho libro: "A Leopoldo Lugones –amigo otrora–, quien nos estimuló a escribir este libro en oposición al que «en la época más frívola de mi vida e instigado por pasiones propias y ajenas, escribí sin ciencia y sin conciencia, *El Imperio Jesuítico*»". Con Ricardo Rojas mantuvo frecuentes polémicas, sobre todo porque divergía con él en lo que atañe a la valoración de la cultura argentina durante la época colonial. Ello no obstó a que lo atendiera espiritualmente en sus últimos momentos. Pronto Furlong fue elegido para integrar la Academia Nacional de Historia; ya antes había fundado la Academia Nacional de Geografía, de la que fue el primer presidente. Con todo nunca dejó de ser la historia lo que polarizaría su actividad intelectual. Especial inspiración encontró para ello en el jesuita español Pedro de Leturia y sus investigaciones acerca de la Santa Sede y la emancipación hispanoamericana.

Nuevas controversias lo esperaban, en especial por su propósito de ir refutando la versión liberal de la historia, entonces ampliamente prevalente en nuestras aulas. Cuando su gran amigo Gustavo Martínez Zuviría publicó el libro *Año X*, de clara tesitura revolucionista, en la Asamblea Nacional de la Historia uno de sus miembros propuso que dicha institución diera un voto de repudio al considerarla como ofensiva a la gestión de Mariano Moreno. Furlong dijo entonces que si la Academia se atrevía a censurar en cualquier forma aquel tan espléndido como valiente libro, ahí mismo presentaba su renuncia al sillón que ocupaba en el seno de la misma; más aún, se adelantó poniendo su renuncia, que ya llevaba escrita, sobre la mesa. El proyecto fue retirado. El tema de Mayo nunca dejaría de interesarlo especialmente. Cuando en 1960 se celebró el sesquicentenario de dicha revolución, Furlong afirmó, contra la opinión prevaleciente, que la Revolución francesa no había influido en el proceso independentista, que Monteagudo desnaturalizó el proceso revolucionario, y que Saavedra fue el jefe indiscutido de Mayo. Su afán por establecer la verdad histórica lo llevó a sucesivas discusiones, a veces en tono áspero y bravío, con pensadores liberales, algunos incluso amigos de él, como por ejemplo Enrique de Gandía.

A juicio de Furlong nada era más destructivo que las "mentiras históricas" en la educación de la juventud. Hacía suyo lo de su hermano en religión, el padre Francisco Javier Clavijero: "Dos santas leyes tiene la historia: no atreverse a decir lo falso, ni tener miedo a decir lo verdadero", coincidiendo plenamente con lo que Cervantes dejara escrito en su obra inmortal: "Los historiadores que de mentiras se valen, habían de ser quemados como los que hacen moneda falsa".

En los últimos años de su vida el gobierno español lo honró con el collar de Isabel la Católica, decisión que le comunicó el embajador de España en Argentina. "Señor embajador –respondió el padre–, sumamente agradezco esta distinción y deseo así lo manifieste usted al general Franco, pero nada de solemnidades. Ahora mismo me lo entrega y todo termina aquí entre los dos".

Para dar término a esta nota quisiera recordar, como se lo hace en este libro, la cercanía que tuvo el padre Furlong con el padre Castellani. Varias veces éste me habló con especial afecto del padre Furlong.

P. Alfredo Sáenz

Jurij Brodskij, *Solovki. Le isole del martirio. Da monasterio a primo lager sovietico*
La Casa di Matriona, 1998, 205 pgs.

Con admiración creciente no exenta de emoción hemos ido recorriendo las páginas de este espléndido libro-testimonio de lo acontecido en uno de los campos de concentración soviéticos, donde el espíritu martirial pareció “concentrarse”, las islas Solovki. Nuestra conmoción espiritual no carece de paralelo con la que nos sacudió cuando leímos aquel otro formidable libro de Alexandr Solzhenitsyn sobre “el Archipiélago Gulag”, aquel conjunto de “islas” donde los reclusos, sobre todo los cristianos allí detenidos, dieron lo mejor de sí. De ese “archipiélago” tremendo, las “islas Solovki” fueron uno de sus lugares fuertes, símbolo preclaro de la Rusia cristiana y libre caída en un cautiverio tan impío como sanguinario.

Cuantas veces leemos libros de este tipo nos preguntamos cómo ha sido posible una acumulación tan grande de maldad y de sadismo. Encuéntranse las islas Solovki en el Mar Blanco, a unos 160 km. del Círculo Polar Ártico, es decir, en el extremo norte de Rusia, donde las condiciones son ya de por sí naturalmente duras. Fue allí donde a comienzos del siglo XV surgió un monasterio ortodoxo. Según la tradición, el primer monje, Savvatij, llegó hacia el 1435; a él se le unió el *staretz* Germán, y juntos establecieron la primera fundación a orillas del Lago Blanco. Tras la muerte de Savvatij, se allegó a aquel lugar otro eremita, Zósima, en torno del cual se formó la primera comunidad, cuyos integrantes levantaron pronto una hermosa catedral; la de la Transfiguración. El monasterio conoció otro gran monje, Filipp Kolcev, quien fue superior por varios años; habiéndose atrevido a condenar los crímenes de Iván el Terrible, murió mártir. Durante su gobierno sobre la comunidad, San Filipp desarrolló una intensa actividad edilicia, que incluyó el complejo arquitectónico central: la iglesia en piedra de la Dormición, así como el inmenso refectorio, con el campanario y el economato.

Pronto las islas Solovki se convirtieron en el baluarte de la vida espiritual de la Rusia septentrional y meta de peregrinación para todos los fieles del país. Gracias al espíritu de iniciativa de San Filipp, a través de los cenagales se trazaron caminos, los lagos adyacentes se intercomunicaron por medio de canales y las islas por puentes. Para la protección del monasterio, fue preciso crear un ejército, promulgar leyes y erigir tribunales. En el siglo XVII las islas debieron sufrir durante ocho años un prolongado asedio de las tropas moscovitas enviadas para consolidar el poder del Zar y las reformas religiosas introducidas por el patriarca Nikon, en defensa de los llamados “viejos creyentes”, que encontraron en el monasterio uno de sus baluartes preferidos. Ello le confirió un aura de heroísmo por haber defendido “la fe antigua” en la Rusia septentrional. Mientras tanto, miles de peregrinos afluían cada año a las islas.

A comienzos del siglo XX aconteció un hecho muy extraño. Un grupo de soldados rusos que en 1904 volvían de ser derrotados por los japoneses en Port Arthur, pidieron ser aceptados en la comunidad, arguyendo que habían hecho el voto de ingresar allí en caso de sobrevivir. Con cierta ingenuidad, sin duda, por parte de los superiores, se les concedió la profesión monástica en masa, confiriéndoles enseguida las órdenes sagradas. Pronto, con el pretexto de luchar contra los “privilegios”, trataron de tomar el poder en el floreciente monasterio, llegando a deponer al superior. Imitaban así, aunque en pequeño, el reciente golpe de Kerenski en la revolución de febrero. Tales monjes, singulares por cierto, interpretaron la llegada de los bolcheviques al poder como una señal de “la divina Providencia”, y se mostraron dispuestos a “ayudar al poder soviético” para organizar “con equidad” la vida monástica, creyendo seguir así las huellas de San Filipp, en quien creían ver “un combatiente en favor de los oprimidos”. Así el espíritu soviético se infiltró en la comunidad, convirtiendo a varios de sus miembros en colaboradores de los “ocupantes ateos”.

De hecho la toma del poder por parte de los bolcheviques en Rusia significó para las Solovki el fin de su forma de vida.

Zorin, miembro de la Cheka, izó la bandera roja sobre el edificio principal del monasterio. Este fue rebautizado Kramlin, el Lago Blanco pasó a ser el Lago Rojo. En 1920 los comunistas transformaron el monasterio en un campo de concentración para prisioneros de la guerra civil, y luego se convirtió en "*lager* para destinos especiales", como se lo denominó. Allí fueron encarcelando a todos los que podían representar una amenaza para el sistema soviético, así como cuantos tenían una formación ajena al comunismo, especialmente la *intelligentzia* cristiana, la flor de la nación. Se decía que el trabajo forzado tenía una función "educativa", de lavado de cerebro. Muchos de ellos fueron fusilados, no menos de 2000 en 1927. Los que salvaron sus vidas tenían que trabajar a destajo, cortando troncos en los bosques contiguos hasta caer exhaustos, no sin antes verse obligados a saludar con agradecimiento a las autoridades benefactoras soviéticas. Este período concluyó provisoriamente en 1929 con motivo del estallido de una epidemia de tifus. Luego nuevas oleadas de detenidos acrecentaron considerablemente el contingente penal, convirtiendo a las islas en una gigantesca prisión, lo que permitió a las autoridades del presidio llevar adelante una obra gigantesca, la construcción del canal Mar Blanco-Mar Báltico. Cuando comenzó la segunda guerra mundial los presos fueron transferidos a otros campos, quedando las islas convertidas en una base de la marina militar.

El libro que nos ocupa describe de manera atrapante cómo era la vida en los tiempos del *lager*. El terror fue lo que dominaba, una especie de continuación del Terror jacobino, pero más refinado al tiempo que brutal, en coherencia con lo que sucedía afuera, en el ámbito de la política, porque desde Lenin hasta Stalin se empleó el terror, con sólo cambios de detalles. Es cierto que Lenin veía con malos ojos lo que llamaba "el terrorismo individual", no el organizado y de masa. De allí su afirmación: "La garantía del éxito está en la consecución de un único fin común: la depuración de la tierra rusa de toda suerte de insectos nocivos: de aquellas pulgas que son los bribones, de aquellos cínicos que son los ricos, etc.". Había que desinfectar, aprisionar y fusilar. Con Stalin el propósito se mantuvo.

El libro muestra hasta dónde llegó la degradación de los perseguidores y el heroísmo de numerosas víctimas. Había allí no pocos sacerdotes, ortodoxos y católicos, entre los cuales no podemos dejar de evocar la figura del padre Florenaki, uno de los más grandes iconógrafos rusos, que en dicha prisión fue asesinado, así como numerosos dirigentes cristianos, sobre todo del glorioso ejército blanco. En dicho archipiélago también recluyeron a buena parte de los representantes de la cultura tradicional rusa. No podemos sino quedar maravillados ante la gran entereza que mostraron tantos prisioneros. Ello ha dejado en claro que, en última instancia, se trató de una guerra teológica, cuyos contrincantes fueron los integrantes de la Ciudad de Dios y los de la Ciudad del Hombre prometeico, en aquella nueva Babel del "seréis como dioses". Se eriza la piel al ver tanto sadismo, hasta en detalles: por ejemplo, sólo se permitía ir al baño dos veces por día; los pobres cautivos, sobre todo ancianos, se veían obligados a hacer sus necesidades en las medias, porque si llegaban a ensuciar el piso eran enviados a prisiones internas de reglas severísimas, totalmente desnudos por días y días; en ese clima gélido muchos morían. Una experiencia única e inédita, ya antes de la segunda guerra mundial. Más de un millón de detenidos dejó la vida o parte de ella en las islas Solovki, o en la construcción del canal Mar Blanco-Mar Báltico. No resulta, pues, extraño que después de la caída del comunismo, se haya puesto en la plaza de la Lubianka, sita en Moscú, donde se encontraba el cuartel general de la KGB, una "Piedra evocativa de las Solovki", un bloque de granito allí traído de la ex-capital del sistema concentracionario.

A lo largo de este tomo lacerante se transcriben numerosos testimonios de ex-detenidos, juntamente con textos de los documentos oficiales y declaraciones de la prensa soviética de la época donde se elogia el valor "educativo" del *lager*, como modelo para el mundo. Los testimonios de los prisioneros, entre los que se encuentran cartas, poesías y canciones, provienen en buena parte de testigos sobrevivientes.

Los sucesivos capítulos, que se leen con avidez, hacen referencia a la estructura del *lager*, el comportamiento de los encargados de la vigilancia, las condiciones de vida de los detenidos, las estructuras del trabajo coactivo, la situación especial de diversos grupos de reclusos, en particular de las mujeres, los sacerdotes y los extranjeros.

Un elemento que distingue a este volumen de todos los demás que hemos leído sobre temas semejantes es el riquísimo aparato fotográfico, que comprende más de 100 ilustraciones en colores y 300 en blanco y negro. El fotógrafo, Jurij Brodskij, profesional ruso de 48 años, es autor de numerosas muestras fotográficas en los Estados Unidos y Europa. Durante veinte años concentró su atención de investigador y artista en el monasterio de Solovki. Según se dice en una nota del editor: "Las imágenes corren como un registro que desarrolla, en paralelo al texto literario y entrecruzándose con él, un discurso lírico-poético jugando sobre la subjetividad de los espléndidos paisajes naturales y artísticos vistos con los ojos de los ex-detenidos" (p.18).

P. Alfredo Sáenz

EDITORIAL VÓRTICE
Hipólito Yrigoyen 1970 (C1089AAL) Buenos Aires
República Argentina / Teléfono [54-11] 4952-8383
ventas@vorticelibros.com.ar | vorticelibros@gmail.com
Horario de atención: lunes a viernes 13 a 19 hs.

Camperas
Leonardo Castellani 52

Castellani 1899-1949
Sebastián Randle .... agot

Catecismo Tomista
Santo Tomás de Aquino .... agot

Cien años después
Gilbert K. Chesterton 56

Comunión en la mano
Mons. Juan R. Laise 45

Cosas y más cosas
Juan Luis Gallardo 34

Cristo ¿vuelve o no vuelve?
Leonardo Castellani 68

Crónica de cinco siglos –3ª ed.–
Juan Luis Gallardo 80

Cuatro sermones sobre el Anticristo –2ª ed.–
John H. Newman 32

De los vicios a las virtudes
Miguel Cruz 34

De todo un poco
Gilbert K. Chesterton .... agot

El Apokalypsis de San Juan
Leonardo Castellani 72

El campo de batalla
Hilaire Belloc 62

El desarrollo sustentable.
La nueva ética internacional –3ª ed.–
Juan Claudio Sanahuja 66

El orden natural
Carlos Sacheri 52

El Maestro
San Agustín - Santo Tomás 40

Estación del Sud y otros cuentos
Juan Luis Gallardo 46

Fortín Mari Lauquen
Juan Luis Gallardo 46

Género y derechos humanos
Jorge Scala 45

Hilaire Belloc. Una memoria
J. B. Morton 55

Historia Argentina para chicos argentinos
Juan Luis Gallardo .... agot

Historia de las Malvinas para chicos argentinos
Juan Luis Gallardo 40

Historia Sagrada para chicos argentinos –2ª ed.–
Juan Luis Gallardo 64

La gran conversación. Newman-Castellani
Sebastián Randle .... agot

La reforma de la enseñanza
Leonardo Castellani 44

La Tierra de los Colores
Gilbert K. Chesterton 68

La voluntad del fin en Tomás de Aquino
Beatriz Reyes Oribe 44

Los fieles y la tradición
John H. Newman 32

Malvinas, conflicto vigente
Carlos A. C. Büsser 54

Meditaciones ociosas
Alonso de Escobar 34

Omega 666. El planeta gris
Juan Luis Gallardo 52

Poder global y religión universal
Juan Claudio Sanahuja 48

Primaveras de plomo
Miguel Cruz 28

Que sean uno
Alonso de Escobar 34

Sacheri. Predicar y morir por la Argentina
Héctor H. Hernández 140

Sobrevivientes y recién llegados
Hilaire Belloc 40

Tobías. Una historia de amor con ángeles
Miguel Cruz 23

Una Biblia para mis ahijados
Miguel Cruz 68

Viajes, viajeros y lugares
Juan Luis Gallardo 48



GLADIUS

¡EL MEJOR REGALO ES UN LIBRO!

Pedido de Publicaciones

Nombre y Apellido: ....

Domicilio:...

.... CP: ....

Localidad: .... Prov.: ....

Teléfono: .... E-mail: ....

Formas de pago

1) Depositar la suma que corresponda en cualquier sucursal del Banco HSBC, cuenta corriente 617-3203059, a nombre de FUNDACIÓN GLADIUS. Enviar luego la fotocopia de la boleta de depósito junto con el pedido, a FUNDACIÓN GLADIUS, C. C. 376 Correo Central (C1000WAD) Buenos Aires

2) Enviar cheque o giro postal o bancario contra plaza Buenos Aires, a la orden de FUNDACIÓN GLADIUS, C. C. 376 Correo Central (C1000WAD) Buenos Aires

Remito la suma de $ .... Depósito .00 Cheque .00 Giro .00
en concepto de la/s publicaciones señaladas

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO GLADIUS

Suscripción Gladius	Ordinaria	Estudiante	Extranjera y Apoyo
.00 Año 2011: Volúmenes 79-80-81	$ 100	$ 80	U$S 100

.00 Volúmenes sueltos (1-2-3-4 agotados) c/u $ 36
Indique los números solicitados:

Los libros de Gladius se encuentran disponibles
en las Librerías LEONARDO CASTELLANI

Buenos Aires
Bartolomé Mitre 2162 (e/Junín y Uriburu)
(C1039AAH) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4136 2555 - Lunes a Viernes de 10 a 20

Bernal
25 de Mayo nº 51 (1876) Bernal, Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4251 7691

La Plata
Calle 57 nº 936 e/13 y 14 (1900) La Plata, Buenos Aires
Tel/Fax: 0221 422 2802

Marque con una ⚭ el/los libro/s elegido/s: **$**

.00 AA.VV., **Palabra y Vida. Homilías dominicales y festivas Ciclos A-B-C,** c/u 36
.00 AA.VV., **Palabra y Vida** –los 3 volúmenes– 84
.00 ANÓNIMO, **Libro acerca de la Natividad de María** 12
.00 BALLESTEROS, Juan C. P., **La filosofía del Padre Castellani** 24
.00 BELLOC, Hilaire, **Así ocurrió la Reforma** 24
.00 BERTHE, **García Moreno** 36
.00 BOJORGE, Horacio, **¿Entiendes lo que lees? La interpretación bíblica en crisis** 36
.00 BOJORGE, Horacio, **Éstas son aquellas palabras mías** 36
.00 BREIDE OBEID, Marcelo, **Vocación del militar cristiano** .... ag
.00 BREIDE OBEID, Rafael L., **Imagen y Palabra** 36
.00 BREIDE OBEID, Rafael L.y o., **Legislación fundamental sobre recursos naturales y ambiente humano sustentable** .... ep
.00 BREIDE OBEID, Rafael L., **Los Ángeles y las Naciones** 12
.00 BREIDE OBEID, Rafael L., **Política y sentido de la historia** 36
.00 BREIDE OBEID, Rafael L., **Teología política según Gueydan de Roussel** 60
.00 CALDERÓN BOUCHET, Rubén, **Apogeo de la ciudad cristiana** 36
.00 CALDERÓN BOUCHET, Rubén, **Formación de la ciudad cristiana** 36
.00 CASTELLANI, Leonardo, **Las canciones de Militis** 36
.00 CASTELLANI, Leonardo, **Las ideas de mi tío el Cura** 36
.00 CASTELLANI, Leonardo, **Los papeles de Benjamín Benavides** 42
.00 CASTELLANI, Leonardo, **Seis ensayos y tres cartas** 36
.00 CATURELLI, Alberto, **Dos, una sola carne. Metafísica, teología y mística del matrimonio y la familia** 48
.00 CATURELLI, Alberto, **El abismo del mal** 36
.00 CATURELLI, Alberto, **Examen crítico del liberalismo como concepción del mundo** ... 30
.00 CATURELLI, Alberto, **La historia interior** 36
.00 CATURELLI, Alberto, **La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy** 42
.00 CATURELLI, Alberto, **La metafísica cristiana en el pensamiento occidental** 18
.00 CATURELLI, Alberto, **La Patria y el orden temporal. El simbolismo de las Malvinas** 42
.00 CATURELLI, Alberto, **Orden natural y orden moral** 90
.00 CAVIGLIA CÁMPORA-VAN RIXTEL, **Tercer Milenio. El misterio del Apocalipsis** 72
.00 CREUZET, M., **La Enseñanza** 14
.00 CREUZET, M., **Los cuerpos intermedios** 14
.00 DE ESTRADA, Santiago, **Santos y misterios** 18
.00 DE MAEZTU, Ramiro, **Defensa de la Hispanidad** 24
.00 DE OLIVERO, Marta, **Cómo conocerse y confesarse bien** 36
.00 DELHEZ, Víctor, **49 grabados sobre el Apocalipsis** 72
.00 DERISI, O.N., **Esbozo de una epistemología tomista** 18
.00 DIEZ, Marcelo, **Luces y sombras de la educación argentina** 36
.00 EDDÉ, Emilio, **El Líbano en la historia** - tomo I 36
.00 EDERLE, R. - SÁENZ, A., **Las Parábolas de Jesús, ayer, hoy y siempre** .... ag
.00 GOROSTIAGA, Roberto, **Cristianismo o revolución** 18

.00 GOYENECHE, Juan Carlos, **La continuidad en el Magisterio de la Iglesia** 12
.00 GUEYDAN DE ROUSSEL, Guillermo, **El Verbo y el Anticristo** 36
.00 HOFFNER, Cnal J., **Doctrina Social de la Iglesia o Teología de la Liberación** 12
.00 LASA, Carlos D., **Tomás Darío Casares** 36
.00 LE PLAY, F., **La reforma de la sociedad. El trabajo** 12
.00 LEDESMA DE CASARES, M. Dolores, **Las Nobles Pobres. Historia de las Capuchinas en Buenos Aires** 36
.00 LEFEBVRE, J., **Introducción a las ciencias biológicas** 6
.00 LEFEBVRE, J., **La nueva ciudad de Cristo** 12
.00 LOMBARDI, E., **La música sagrada** 12
.00 LOMBARDI, E., **Los fieles cantan** 12
.00 MEDRANO, S., **Construcción de la Cristiandad en la Argentina** 12
.00 MIHURA SEEBER, F., **De Prophetia y otros temas de actualidad** 32
.00 MOLNAR, Thomas, **La Iglesia peregrina de los siglos** 36
.00 MONTEJANO, Bernardino, **Familia y Nación histórica** 18
.00 MUCCHELLI, R., **La subversión** 12
.00 OUSSET, Jean, **Introducción a la política** 18
.00 PADRE EMMANUEL: **El cristiano del día** 12
.00 PADRE EMMANUEL: **El naturalismo** 12
.00 PAGANO (h), José León**, El testigo romano** 36
.00 PEREA de MARTÍNEZ, María E., **Conocer nuestro tiempo** 35
.00 PEREA de MARTÍNEZ, María E., **El poder oculto. Sociedad y medios ....** 35
.00 PEREA de MARTÍNEZ, María E., **La cara oculta del sexo** 12
.00 REGO, Francisco, **La materia prima: una confrontación crítica** 42
.00 REGO, Francisco, **La nueva teología de Nicolás de Cusa. La descalificación del saber racional** 36
.00 REGO, Francisco, **La polémica de los universales: sus autores y sus textos** 36
.00 REGO, Francisco, **La relación del alma con el cuerpo** 48
.00 SÁENZ, Alfredo, **Antonio Gramsci y la revolución cultural** 12
.00 SÁENZ, Alfredo, **Cristo y las figuras bíblicas** 100
.00 SÁENZ, Alfredo, **El Cardenal Pie** 48
.00 SÁENZ, Alfredo, **El fin de los tiempos y siete autores modernos** 72
.00 SÁENZ, Alfredo, **El hombre moderno. Descripción fenomenológica** 29
.00 SÁENZ, Alfredo, **El Icono, esplendor de lo sagrado** 72
.00 SÁENZ, Alfredo, **El pendón y la aureola** 46
.00 SÁENZ, Alfredo, **El santo sacrificio de la Misa** 34
SÁENZ, Alfredo, **Héroes y Santos**
.00 1: *San Pablo* 19
.00 2: *San Bernardo* 19
.00 3: *San Fernando* 19
.00 4: *Isabel la Católica* 19
.00 SÁENZ, Alfredo, **In Persona Christi** 58
.00 SÁENZ, Alfredo, **José Canovai** 36
.00 SÁENZ, Alfredo, **La Ascensión y la Marcha** 30
.00 SÁENZ, Alfredo, **La Caballería** 38

.00 SÁENZ, Alfredo, **La Catedral y el Alcázar** 36

.00 SÁENZ, Alfredo, **La celebración de los misterios en San Máximo de Turín** 24

.00 SÁENZ, Alfredo, **La Cristiandad y su cosmovisión** 72

SÁENZ, Alfredo, **La Nave y las Tempestades**

.00 Tomo 1: *La Sinagoga y la Iglesia primitiva. Las persecuciones del Imperio Romano. El arrianismo* 42

.00 Tomo 2: *Las invasiones de los bárbaros* 42

.00 Tomo 3: *La embestida del Islam* .... ag

.00 Tomo 4: *La querella de las investiduras. La herejía de los cátaros* .... ag

.00 Tomo 5: *El Renacimiento* .... ag

.00 Tomo 6: *La Reforma Protestante* .... ag

.00 Tomo 7: *La Revolución francesa I. La revolución cultural* 42

.00 Tomo 8: *La Revolución francesa II. La revolución desatada* 42

.00 Tomo 9: *La Revolución francesa III. Cuatro pensadores contrarrevolucionarios* 48

.00 Tomo 10: *La Revolución francesa IV. La epopeya de la Vendée* 48

SÁENZ, Alfredo, **Las Parábolas del Evangelio según los Padres de la Iglesia**

.00 Tomo 1: *La misericordia de Dios* 60

.00 Tomo 2: *La misericordia con el prójimo* 45

.00 Tomo 3: *La figura señorial de Cristo* 60

.00 Tomo 4: *El misterio de Israel y de las naciones* 36

.00 Tomo 5: *El misterio de la Iglesia* 36

.00 Tomo 6: *La siembra divina y la fecundidad apostólica* 36

.00 Tomo 7: *El seguimiento de Cristo* 45

.00 Tomo 8: *La expectación de la Parusía* 50

.00 SÁENZ, Alfredo, **Rusia y su misión universal, t. 1** .... ep

.00 SÁENZ, Alfredo, **Rusia y su misión universal, t. 2** .... ep

.00 SÁENZ, Alfredo, **Siete virtudes olvidadas** 46

.00 SÁENZ, Ramiro, **Sólo Dios basta: Devocionario de la familia** 36

.00 SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO: **La vocación religiosa** 24

.00 SAN CIPRIANO, **La unidad de la Iglesia Católica** 12

.00 SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Historia sintética de España** 36

.00 SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Isabel la Católica. Cronología de su reinado** .... ag

.00 SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Occidente y Cristiandad** 36

.00 SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Catecismo Tomista** .... ag

.00 SANTO TOMÁS DE AQUINO, **De las razones de la Fe** 24

.00 SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Las creaturas espirituales** 48

.00 SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Los Mandamientos comentados** .... ag

.00 SIEBERT, M., **La transformación educativa argentina** 12

.00 TOTH, Tihamer, **El joven y Cristo** 24

.00 TOTH, Tihamer, **Pureza y juventud** 24

.00 TRIVIÑO, Julio, **El cura Brochero** 12

.00 TRIVIÑO, Julio, **El Ser –poema filosófico literario–** 12

.00 VAISSIERE, J.M., **Fundamentos de la política** 12

.00 VIZCARRA, Zacarías de, **La vocación de América** 30

(ep: en preparación; ag: agotado)

GLADIUS

Los libros de Gladius se encuentran disponibles en las Librerías
LEONARDO CASTELLANI

Buenos Aires
Bartolomé Mitre 2162 (e/Junín y Uriburu)
(C1039AAH) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4136 2555
Lunes a Viernes de 10 a 20

Bernal
25 de Mayo nº 51
(1876) Bernal, Buenos Aires
Tel/Fax: 011 4251 7691

La Plata
Calle 57 nº 936 e/13 y 14
(1900) La Plata, Buenos Aires
Tel/Fax: 0221 422 2802